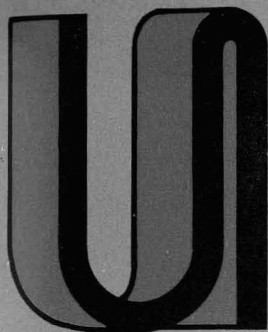
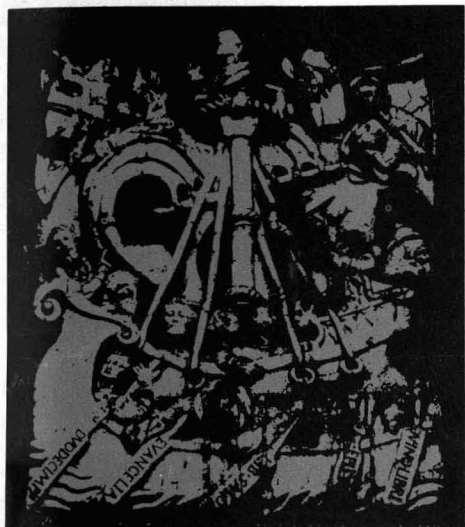


REVISTA DE LA
UNIVERSIDAD DE MEXICO



PABLO DE ROKHA:
CANTO DEL MACHO ANCIANO
H. LAVIN CERDA:
LA EPOPEYA DE ROKHA
PSICOANALISIS Y CLINICA
S. GENOVES: ¿POR QUE ACALI?



LA CATEDRAL
METROPOLITANA
LA FILOSOFIA
EN JOSE GAOS
E.M. CIORAN
E. MARTINEZ
FEDRO GUILLEN:
VASCONCELOS
DANTE: EL SUEÑO



SUMARIO

Volumen XXVIII, número 7 / marzo de 1974

La Catedral Metropolitana; Cédulas y fachada, 1

Roberto Castro

Psicoanálisis y clínica, 7

E. M. Cioran

Del inconveniente de haber nacido, 12
(Traducción de Esther Seligson)

Hernán Lavín Cerda

Pablo de Rokha o la epopeya del roto chileno, 17

I Canto del macho anciano, por Pablo de Rokha

Fedro Guillén

Vasconcelos, 25

Luis Barjau

El baile, 29

Santiago Genovés

¿Por qué Acali? 30

Eduardo Martínez

Fernanda, 37

Humberto Martínez

José Gaos y el significado de la Filosofía, 43

Dante, *El Sueño* — 3a. de forros

(Traducción de Carlos Montemayor)

COLABORADORES

Luis Barjau ■ (Tabasco, México 1943)

Poeta. Tiene en preparación un libro de poemas. Se dedica a la investigación en antropología.

Roberto Castro ■ (El Salvador) Médico y

psiquiatra. Radica en México. Colabora por vez primera en la *Revista de la Universidad*. Dedicado al ejercicio particular.

E. M. Cioran ■ (Rumania 1911)

Ha escrito *Syllogismes de l'Amertume* (1952), *Précis de décomposition* traducido al español, bajo el título de *Breviario de Podredumbre* (1972, Ed. Taurus), al igual que *La tentación de existir* (1973). Su último libro *De l'inconvénient d'être né* (Editions Gallimard, 1973)

Pablo de Rokha ■ Junto con Huidobro y Neruda fue uno de los tres grandes poetas chilenos. Nació en la provincia de Curicó, Chile, y se suicidó en Santiago de Chile en septiembre de 1968.

Santiago Genovés ■ (Orense, España 1923)

Investigador titular de la Universidad Nacional Autónoma de México desde 1956. Realizador del experimento Acali.

Fedro Guillén ■ (Chiapas, México 1921)

Escritor y ensayista. Catedrático universitario. Secretario de la Comunidad Latinoamericana de Escritores. Aparecerá, en breve, *Tolstoi, Romain Rolland y Martin Luther King*.

Hernán Lavín Cerda ■ (Nacido en San-

tiago de Chile en 1939). Ha publicado varios libros de poesía y narrativa. Está próximo a aparecer su libro de cuentos *El que a hierro mata* en Barcelona. Actualmente reside en México.

Humberto Martínez ■ Cultiva el ensayo, la crítica literaria y los textos de prosa breve, de honda reflexión. Estudió filosofía y ha desempeñado la cátedra de esa disciplina en Monterrey, su ciudad natal.

Universidad Nacional Autónoma de México

Rector: Dr. Guillermo Soberón Acevedo / Secretario General: Lic. Sergio Domínguez Vargas

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MEXICO / Órgano de la Dirección General de Difusión Cultural

Director: Diego Valadés / Jefe de Redacción: Carlos Montemayor / Secretario de Redacción: Manuel Núñez Nava

Editores: Armida de la Vara y Joana Gutiérrez / Dirección artística: Vicente Rojo, Bernardo Recamier

Torre de la Rectoría, 10o. piso,
Ciudad Universitaria, México 20, D. F.
Teléfono: 5 48 65 00, ext. 123 y 124
Franquicia postal por acuerdo presidencial
del 10 de octubre de 1945, publicado
en el D. Of. del 28 de oct. del mismo año.
Precio del ejemplar: \$ 10.00
Suscripción anual: \$ 100.00 Extranjero Dls. 12.00

Administración: María Luisa Mendoza Tello
Patrocinadores:
Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A.
Unión Nacional de Productores de Azúcar, S. A.
Financiera Nacional Azucarera, S. A.
Ingenieros Civiles Asociados [ICA]
Nacional Financiera, S. A.
Instituto Mexicano del Seguro Social



Detalle
de una puerta
interior
de la Catedral.

CARTA EN QUE SE MANDA QUE LAS DOS TERCIAS PARTES QUE HA MONTADO ESTE ARZOBISPADO EN EL TIEMPO QUE HA ESTADO VACO SE GASTE EN EL EDIFICIO DE LA YGLESLIA CATHEDRAL DE MEXICO Y LO OTRO SE GUARDE PARA EL PERLADO

EL REY.—Nuestro Visorrey de la nueva España: nos somos ynformados que la yglesia cathedral dessa ciudad es muy pequeña y que aunque algunas vezes se ha puesto en plática de la edificar y se ha comenzado a traer piedra para ella, no se ha fecho e por que siendo esa ciudad tan ynsige e cabeza de todas esas prouincias, y la yglesia della cathedral y la cabeza de arzobispado y metropolitana, es cosa justa y necessaria que el edificio y ornato della sea conforme a la dinidad, y de tal capacidad e que pueda recibir en sí sus parrochianos ciudadanos e otros que a ella ocurrieren, y teniendo entendido que la parte de los diezmos que por la erección está aplicada para la fábrica della no es bastante para la edificar con la breuedad y de la manera que se requiere, ha parecido que de lo que montare la parte del arzobispado sede vacante primero perlado della, hasta el día que su Santidad por presentación nuestra proueyere la dicha dinidad, se tomen las dos tercias partes y se gasten en la dicha obra, y la otra tercia parte se quede y reserue para el sucesor; y así escriuo al deán y cabildo dessa dicha yglesia sede vacante, que prouean cómo de lo que vuire rentado y rentare esse dicho arzobispado, perteneciente al perlado durante la sede vacante, prouean que se gasten las dos tercias partes de todo ello en la obra y edificio de la dicha yglesia, por la forma y orden y manera que a vos y a ellas pareciere; y que la otra tercia parte esté guardada para el perlado que succediere, o para aquél que por nos fuere ordenado e mandado, como vereys por la cédula que se les escriue, que con esta vos mando embiar: yo vos encargo y mando que luego que la recibays se la agays entregar e proueyays cómo con toda breuedad se entienda en lo que por ella se manda, e que se dé en el edificio de la dicha yglesia toda la priessa que ser pueda, pues veys cuánto dello Dios nuestro señor será seruido: e para que mejor se haga y con más presteza dareys para ello todo el color y fauor que fuesse necessario, que en ello seremos de vos muy seruidos. De Cigales a veynte y seys días del mes de Marzo de mill e quinientos e cinquenta y un años.—*La Reyna*. Por mandado de su magestad, su alteza en su nombre, Juan de Sámano.

Cedulario de Puga, II, 105-106.

CEDULA DE 1569

(Al margen:) *Al presidente e oidores de México, que en el nuevo edificio de aquella Iglesia Cathedral se gaste lo que está cobrado y ha corrido de lo rezagado, y en lo de adelante guarden el capítulo aquí inserto, y lo que por otras cédulas está acordado.*

El Rey.—Presidente e oidores de la nuestra Audiencia Real que reside en la ciudad de México de la Nueva España, sabed: que en una carta que el Emperador, mi señor, de gloriosa memoria, mandó escribir a D. Luis de Velasco, nuestro Visorrey que fué de esa Nueva España, en *veintinueve de junio* del año pasado de mill y quinientos y cinquenta años, ⁽¹⁾ hay un capítulo sobre la orden que se ha de tener en la obra y edificio de la Iglesia Cathedral de esa ciudad de México, su tenor del cual es el que se sigue: D. Luis de Velasco, nuestro Visorrey de la Nueva España y Presidente de la Audiencia Real que en ella reside, vi vuestra letra de *siete de febrero* del año pasado de *quinientos y cinquenta y quatro*, y cerca de lo que se os envió a mandar sobre lo del edificio de la Iglesia Cathedral de esa Ciudad de México, y cédula que sobre ello mandamos dar, para que la costa que se hiciese en la obra de ella, se repartiese la tercia parte por nuestra Real Hacienda, y la otra tercia parte por los indios de ese Arzobispado, y la otra tercia por los vecinos y moradores que tuviessen pueblos encomendados en él, y que por la parte que cupiese a nos, de los pueblos que estuviesen en nuestra Corona Real contribuyésemos como cada uno de los encomenderos, y que si en ese Arzobispado morasen españoles que no tuviessen encomiendas de indios, también se les repartiese alguna cosa atenta la calidad de sus personas y haciendas, porque con esto y con lo que se mandó dar de la sede vacante y fábrica se podría hacer como conviniese, decís que luego que llegó la dicha cédula, vos y los oidores de esa Audiencia tratastes del cumplimiento de ella, y se acordó que se tomasen de nuestra Real Hacienda

dieciocho mill ducados por el presente, y que al respecto se repartiese entre los que tienen indios encomendados en ese Arzobispado y entre los indios de él y vecinos, conforme a lo que por nos está mandado por la dicha cédula, y que en ello se quedaba entendiendo y halláis muchas dificultades para que esa iglesia se pueda hacer tan suntuosa como tenemos mandado, y que la primera es, ser los cimientos sobre agua y que para quitarla y buscar la tierra firme se ha de hacer gran costa y que no hay sitio en esa ciudad que no tenga ese defecto, y que la segunda es, que los temblores de esa tierra son ordinarios y que los edificios de bóvedas altos corren riesgo como se ha visto en algunos monasterios de bóvedas que se han caído parte de ellos, y se tornan a bajar y cubrir de maderam, y el tercero es los muchos años que se tardará en hacer si es de siete naves y tan grande y suntuosa como la de Sevilla y lo mucho que costará, que según los que tenéis entendido será más de *ciento y sesenta mill ducados* y que según el repartimiento que nos mandamos hacer, cabe más de la mitad a nuestra Real Hacienda, porque los más pueblos que hay en ese Arzobispado están en nuestra Real Corona, de manera que se porná de nuestra hacienda en el dicho edificio cerca de noventa mill ducados, e vimos todo lo demás que sobre ello decís, y acá ha parecido que por causa de los temblores los edificios de bóvedas altos corren riesgo que se debería cubrir de madera esa Iglesia Cathedral, platicarlo eis allá con las personas expertas que os pareciere, y daréis orden que se haga como más convenga, y en lo que toca al gasto fué bien avisar de lo que podrían gastarse y porque la suma es mucha, parece que se deben gastar cada año en la dicha obra doce mill ducados repartidos en la manera contenida en la dicha cédula, porque con esto y con lo de la sede vacante y con las limosnas que se harán, se irá haciendo poco a poco, como convenga porque una obra tan grande no conviene hacerse de golpe, y agora el Dr. Muñón, maestrescuela de la dicha Iglesia Cathedral me ha hecho relación que lo contenido en el dicho capítulo suso incorporado no se guarda ni cumple, ni se gastan los doce mill ducados en él contenidos, en la obra y edificio de esa dicha iglesia, ni lo demás se ha cobrado hasta aquí para el dicho efecto, y a esta causa había cesado de algunos años a esta parte, y no se conseguía lo que en este caso por nos está mandado, siendo cosa tan conveniente para esa tierra, por ser metropolitana la dicha iglesia mayormente habiendo dineros rezagados de lo que se había repartido por tercias partes para la obra de ella, conforme a lo que por cédula nuestra está mandado, y me suplicó en el dicho nombre mandase que la dicha cantidad de los dichos doce mill ducados se entendiese en cuanto a los años venideros, y en cuanto a lo corrido hasta aquí se gastase lo que pareciese convenir sin limitación alguna, o como la mi merced fuese, lo cual visto por los del nuestro Consejo de las Indias, fué acordado que debía mandar dar esta mi cédula para vos, e yo túvelo por bien, por ende yo vos mando que proveáis y deis orden que en la obra y edificio de la Iglesia Cathedral de esa ciudad de México, que nuevamente se hace, se gaste todo lo que está cobrado y ha corrido de lo rezagado hasta el día de la data de esta mi cédula, conforme a lo que por nos está mandado, sin que entre en cuenta de los *(destruido en el original)* que está por correr, y que se haga lo mesmo en lo rezagado de atrás que estuviere por cobrar y gastar en la cobranza de ello, daréis la orden que convenga para que se cobre con la menos vejación de los vecinos indios y otras personas que a ello fueren obligados, y para lo de adelante haréis que se gaste en la dicha obra lo que está mandado gastar, y se declara por el dicho capítulo suso incorporado y guardando en todo la orden de él, y la que por cédulas nuestras está dada, poniendo en la dicha obra todo cuidado y diligencia de manera que no se alce la mano de ella hasta que se acabe, porque así es nuestra voluntad. Fecha en El Pardo, a quatro de mayo de mill y quinientos y sesenta e nueve años. Yo el Rey. Por mandado de S. M., Antonio de Eraso.

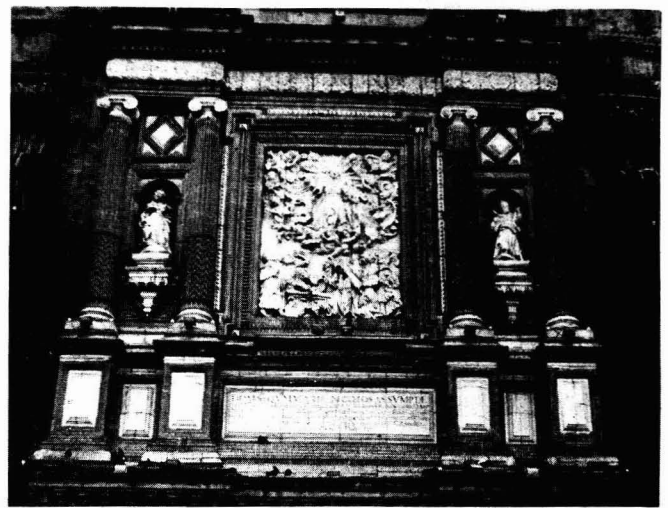
En la ciudad de México, veintín días del mes de noviembre de mill y quinientos y sesenta e nueve años, estando en el Acuerdo los señores Presidente e oidores de la Audiencia Real de la Nueva España, por presencia de mí Sancho López de Agurto, Escribano de Cámara de ella, por parte del Deán y Cabildo de la Iglesia Cathedral de esta ciudad de México, se presentó esta cédula de S. M., e pidió cumplimiento de ella, y por los dichos señores Presidente e oidores vista, la obedecieron con la reverencia y acatamiento debido, y en cuanto al cumplimiento de ella, dijeron que se cumplirá como S. M. lo manda. Estaba señalado de las rúbricas y señales de los dichos señores Presidente e oidores. Pasó ante mí. Sancho López de Agurto.

Archivo General de la Nación.—Ramo Reales Cédulas. Duplicados. Vol. 47. Fjs. 408-409.



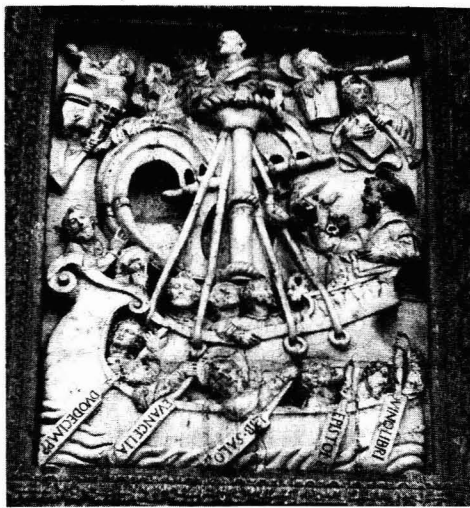
Fachada principal.
Portada central.
Se concluyó durante el gobierno
del Marqués de Mancera.
Ostenta una inscripción
fechada en 1672.

Fachada principal.
Segundo cuerpo de la portada central.
Hasta aquí se construyó
en el siglo XVII.
Al centro el relieve de la
Asunción de Nuestra Señora.



Fachada principal. Portada central,
segundo cuerpo. El relieve representa
la Asunción de Nuestra Señora,
patrona de la iglesia
y a quien está dedicada la Catedral.
Se cree que la hizo Miguel Ximénez.

Fachada principal.
Portada lateral,
segundo cuerpo.
Relieve que representa
la nave de la Iglesia.



Fachada principal.
Portada lateral,
segundo cuerpo.
Jesús entregando las llaves
de la Iglesia a San Pedro.



Fachada principal de la Catedral
Primer cuerpo de la portada central
Escultura de San Pedro,
hecha, al igual que la de San Pablo,
al otro lado, por Miguel Ximénez en 1687.

PSICOANÁLISIS Y CLÍNICA

Cuadro No. 1

Aproximadamente por el año 1886, a la edad de 30 años, Freud comenzó a tratar pacientes como neuropatólogo. Suele decirse que estos pacientes no eran más que unas damitas histéricas de la clase media vienesa de la época victoriana, y que tal factor, para el psicoanálisis que nació alrededor de aquellos años, representaba en sí mismo limitaciones insalvables si no es que la muerte misma.

Pero observando con detenimiento los quince años siguientes, a partir del año 1886, vemos que abundan en complejidad y fecundidad únicas en el pensamiento de Freud; era ya un médico poseedor, además, de una personalidad extraordinaria que contribuiría también a darle características singulares al nacimiento y desarrollo del psicoanálisis.

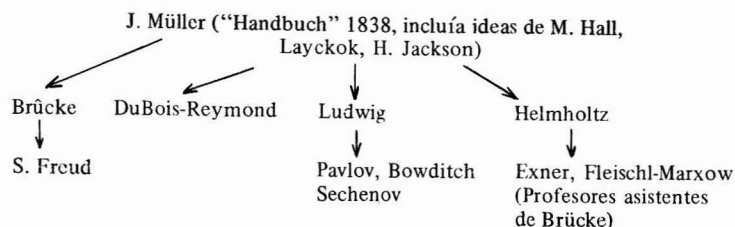
Originalmente Freud estuvo interesado en el conocimiento e investigación de la naturaleza, y su interés no habría de declinar jamás, sino que sería reforzado a través del tiempo, como él mismo lo hizo saber y como lo demuestra su biblioteca conservada en Londres.*

Hay que recordar que en el ejercicio de su profesión previo al trabajo como neuropatólogo, fue infatigable investigador en laboratorios de fisiología, neuroanatomía, etcétera; materias de las que se conservan trabajos publicados en su momento,¹ incluyendo una monografía sobre Afasia.^{2**}

Sus estudios de neurología³, los llevó a cabo con Brücke (función refleja), du Bois Reymond (actividad eléctrica) Helmholtz (fibras nerviosas periféricas, conservación de la energía, velocidad de conducción), Meynert (funcionamiento normal y anormal de la mente, teorías de Darwin), Exner (sobre funciones nerviosas y sus concomitantes mentales), y fue contemporáneo de Pavlov y Sechenov y con influencia indirecta de Hume, Locke y el neurólogo Jackson.^{4***}

La monografía sobre afasia, que revela un entendimiento de los procesos mentales al proponer una explicación funcional, es debida, primero, al trabajo clínico realizado junto con Breuer; segundo, al abandono de las ideas de localización (anatómica) de funciones de la escuela de Helmholtz y tercero, al uso del modelo jacksoniano (jerarquías de funciones a partir de la idea de evolución darwiniana). Demostrar que la afasia es un problema funcional y no neuroanatómico, lo llevó posteriormente a proponer un solo sistema de lenguaje multideterminado que lo haría llegar a desarrollos teóricos más abstractos, surgiendo así, por primera vez, posibilidades futuras de investigación interdisciplinarias, tal como se lleva a cabo en la actualidad.****

Los futuros trabajos que publica después del de la afasia están conectados con lo que propiamente es el psicoanálisis. Toda la actividad comprendida entre 1896 y 1900 abarca, entre lo más importante, el *Proyecto, Estudios de la Histeria, Teoría de los sueños, Cartas y notas* a su amigo Fliess, escritos sobre las neurosis, etcétera. Todo este trabajo lo hace desembocar en la clínica



Escuela 'Helmholtz' 1880 aproximadamente

pura; es decir, su trabajo en esta época básicamente fue clínico. A la par de toda esta actividad profesional, es necesario señalar que en su vida personal surgieron cambios profundos ligados íntimamente con todo su sistema teórico, que dan una reorientación definitiva a su vida.

Al examinar brevemente este periodo y al hacer un resumen (incompleto) de lo que significó esto para el psicoanálisis (el inicio de su investigación primero con Charcot en París y luego con Breuer en Viena, en 1895), nos encontramos con las siguientes explicaciones clínicas⁵: 1) Los síntomas pueden ser comprendidos solamente si se conocen las experiencias infantiles que hayan tenido efecto traumático, 2) Su repetición de lo traumático —a través de la memoria— es lo que actúa traumáticamente, 3) Las experiencias en la infancia tienen la mutua significación etiológica en la neurosis obsesiva y la histeria. Como clínico, investigó la patogenicidad de las experiencias, sus condiciones bajo las cuales tienen carácter de trauma, su contenido, consecuencias dinámicas y los síntomas relacionados a ellas. El perfil psicopatológico se definió, pues, en sentido retrospectivo.

Como teórico, estudió los mecanismos en el momento en que éstos suceden. Realizado este estudio, formuló el concepto de barrera de estímulo; la quiebra de dicha barrera por un estímulo intenso y nocivo, y el trauma como componente de toda neurosis (son los conceptos que definen el trauma independientemente de sus consecuencias). Todos sus escritos indican que lo que llamó trauma es realmente un problema multifacético que estudió desde sus diversos puntos de vista y al que revisó de acuerdo a su observación clínica.

Si se atiende a algunos aspectos del trauma, tenemos que su patogénesis se define de acuerdo a la intensidad del estímulo, al recuerdo y a la ausencia de abreacción. Estas ideas se conocerán posteriormente junto con otras concepciones suyas, así como también de otros psicoanalistas (trauma acumulativo, trauma tensión, trauma retrospectivo, trauma pantalla etcétera).

Este modelo del trauma se complementó con las ideas contenidas en el proyecto⁶ y la teoría de los sueños.⁷ En el Proyecto están propuestos los procesos psicológicos de percepción, pensa-

*Freud, médico poseedor de una vasta cultura, conocía más de media docena de idiomas, cuestión que le permitía leer textos fundamentales en su idioma original y acercarlo a otros sectores de la cultura.

**Exactamente, entre 1877 y 1893, 47 trabajos sobre neurología.

*** Véase cuadro No. 1.

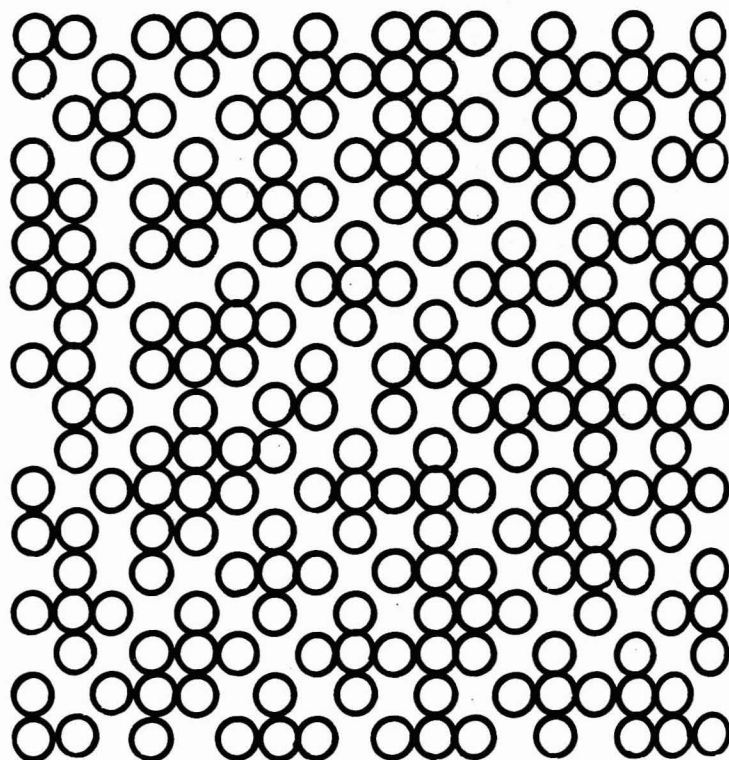
**** Jacobson 1962.

miento como actividad motora, memoria, afecto, impulso, angustia, el concepto central de identidad de percepción, etcétera, conceptos a partir de los cuales Rapaport desarrollaría más tarde un modelo del pensar, otro afecto, así como también cinco más de otros procesos psicológicos. También contiene ideas sobre el Yo, la realidad, la conciencia, la represión, un esquema ideomotor y una teoría de la neurona; además continuó trabajando con el esquema de la unidad funcional del habla formada por la imagen del sonido, impresión de sonido, imágenes visuales, imágenes o impresiones kinestésicas y las asociaciones de todos ellos. Esta enumeración del contenido del Proyecto tiene por objeto señalar, por una parte, el interés científico con que abordaba todo lo relacionado con lo psíquico y, por otra, su necesidad de fundamentar en la neurofisiología sus hallazgos clínicos. El Proyecto conserva actualidad puramente teórica en el psicoanálisis, entendido este último como psicología que estudia todos los procesos mentales.

En la teoría de los sueños formuló el modelo topográfico con sus cuatro componentes, una concepción especial, 3 sistemas (inconsciente, consciente, preconsciente), y la censura. Definió luego cada sistema según sus relaciones con la conciencia, condición de energía, modelo de funcionamiento y el empleo o no de energía neutral (la memoria tuvo aquí un lugar especial por considerarla una estructura básica mental). Comparó también los procesos de inhibición normal con un modelo de la represión y las diferencias que ocasionan en los procesos conscientes, así como también una teoría del instinto subyacente, entendida como lo placentero, etcétera. Diferenció procesos primarios y secundarios de acuerdo a su organización y a la relación con la conciencia, y además el modelo estructural que dividió en sistemas (yo, superyo, ello) de acuerdo a sus funciones. Comprende, también, todos los elementos presentes en la formación del sueño (el deseo, el instigador, el trazo mnémico, contenido latente y manifiesto, uso de efectos, condensación, desplazamiento, representabilidad, censura, etcétera).

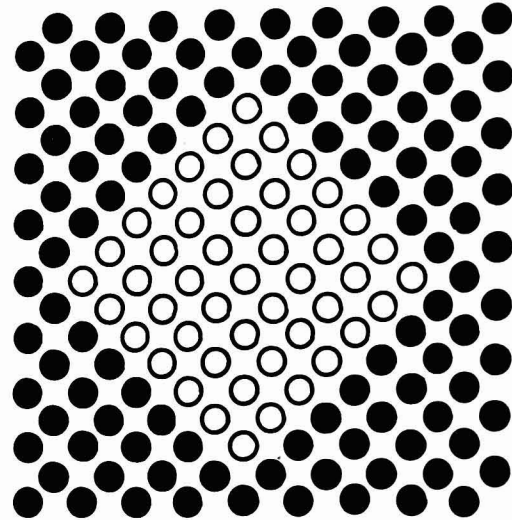
Lo expuesto, a grandes rasgos, correspondiente a la teoría de los sueños, conlleva lo fundamental de todo el pensamiento psicoanalítico, incluyendo técnica psicoanalítica. La teoría de los sueños conserva, como al principio, la de solidez que Freud le dio.

El desarrollo de estos modelos, teorías, conceptos sobre teoría de la técnica, y otros, se llevó a cabo en el corto tiempo de 15 años. Pero lo capital, lo fundamental, lo más importante, es que todo el aparato teórico freudiano *nació de la observación y ejercicio clínico*; el tratamiento e investigación con sus pacientes fue lo que le proporcionó estos conocimientos; la jerarquización fina y su complejidad surgieron de su práctica médica y una exigencia personal que lo llevaba a la revisión constante de todos sus hallazgos. Sin embargo, es impresionante la manera en que se ha



desconocido el origen y desarrollo de esta teoría, incluso para una población numerosa de psiquiatras e intelectuales.

La estructuración que Freud hizo de los datos de observación (obviamente que lo de las damitas histéricas es bastante irreal dentro de este sistema de referencia) es una estructuración que nada tiene que ver con la creencia, sostenida tantas veces, de que se trataba de un médico interesado en los problemas sexuales de la sociedad vienesa. Si Freud fijó su atención en este aspecto inmediato fue, sin lugar a dudas, por lo sintomático que eso conlleva. De haberse quedado en este nivel, Freud no sería lo que es: el fundador del psicoanálisis. La sintomatología que le presentaban las 'damitas vienesas' no solamente sirvió para delinear el perfil psicopatológico, sino también, y éste es lo más importante, para descubrir los procesos subyacentes a esta patología sexual y formular —repetimos— lo que sigue siendo primordial en la teoría y técnica psicoanalítica: la teoría de los sueños y los modelos anteriormente señalados. Por lo demás, Freud trató también casos de histeria masculina procedentes de otros países de Europa y



América, y fue precisamente ante los pacientes masculinos que se escandalizó la sociedad médica vienesa. Tanto ayer como hoy, cuando se juzga al psicoanálisis se hace con un desconocimiento parcial y a veces total de su pensamiento. Esta crítica habla más de los críticos y sus posiciones personales, que de los procesos subyacentes descubiertos en la conducta, los cuales tienen una universalidad indiscutible. Además, cualquier crítica es comprensible psicoanalíticamente a partir del enfoque particular en que una crítica de conocimiento defectuoso rebase, porque esos procesos tienen universalidad biológica de especie.

Antes de 1900 se había operado en Freud la primera crisis⁸ verdadera y más honesta en la historia del psicoanálisis, una crisis de autoridad: admitir que era el paciente quien tenía la razón acerca de los términos en que se establecería la comunicación, hecho que significaba un cambio radicalmente opuesto en la técnica. Era la primera vez que un médico aceptaba problemas de autoridad en el ejercicio médico y su vida privada (actualmente, los parámetros de cualquier psicoterapia que no sea psicoanalítica implica actitudes directivas hacia el paciente, ya sean explícitas o no).

A partir de entonces no se buscaría en el conflicto de neurosis sólo elementos externos, sino internos en la organización neurótica del paciente, lo que ayudaría a éste a comprenderse y conocerse mejor. En relación a esta crisis surgió, entre otras cosas, la técnica psicoanalítica y conceptos como transferencia, asociación libre, interpretación de los sueños, etcétera.

El aporte de estos años, pues, fue el modelo estructural (Yo, Superyo, Ello) la teoría de la sexualidad infantil, la teoría de los instintos y de la ansiedad.

La obra de Freud es el impulso más importante en la formación de la teoría y técnica psicoanalítica; las aportaciones de otros psicoanalistas no son nada más que agregados a una obra que posee una unidad complejamente organizada y sustentada en el cúmulo de observaciones clínicas. Desde su inicio, la observación clínica es la que ha hecho posible el desarrollo del psicoanálisis, los cambios en sus hipótesis y las correcciones necesarias en sus formulaciones. Si bien es cierto que nunca ha necesitado de datos adicionales que provengan de otras teorías paramédicas, cierto es, también, que sí ha necesitado más cada día de métodos experimentales guiados por la teoría misma, así como de médicos clínicos e investigadores con preparación excelente, incluyendo un tratamiento psicoanalítico personal exhaustivo y calificado. Este lineamiento no siempre ha sido halagador, pues aunque el número de psicoanalistas ha crecido, no ha podido crecer, en cambio, la vocación definitiva de escudriñar en la clínica y en la investigación. Precisamente por esta ausencia de autoobservación en los analistas, surgieron "escuelas" psicoanalíticas en las que se formularon ideas nuevas, o mejor dicho, novedosas, con las que se construyó una

ideología que las respaldaba para 'curar'. Pero lo que es real en las 'escuelas' no es precisamente que aporten algo, sino que ponen en evidencia la evasión ante sus propias limitaciones. El resultado que esto ha tenido en el psicoanálisis, en cuanto a teoría y técnica se refiere, es una respuesta contundente; el psicoanálisis continúa siendo hoy, en lo fundamental, lo que formuló Freud, con las aportaciones posteriores de psicoanalistas talentosos sin pretensiones de formar escuelas.

Las disensiones de Jung y Adler, formadores de escuelas, son un buen ejemplo de lo que es no hacerle frente a la propia historia, y de ahí que construyeran teorías emparentadas con su herencia cultural e intelectual que nada han significado para el psicoanálisis, pero que sí hablan de sus propias deficiencias (Jung, sus ideas místicas y su psicología alemana y judía que nunca aclaró; Adler, su complejo de superioridad; Rank, el trauma del nacimiento; Rank además, en el congreso de 1918 se opuso a que los analistas tuvieran análisis personal, junto con Víctor Tausk, que más tarde se suicidaría; también se incluiría a Stekel, quien se inventaba las historias clínicas y terminó en suicidio; Reich, a veces un brillante pensador y nada más). Nunca ofrecieron una teoría estructurada, un sistema coherente que pudiera sustituir todos los descubrimientos que se habían hecho, como tampoco alguna técnica que se construyese a partir de ellos; además, nunca le dieron una claridad tal a sus ideas que las distinguiese de lo freudiano o que pusieran claro de qué manera resultaban afectadas éstas.

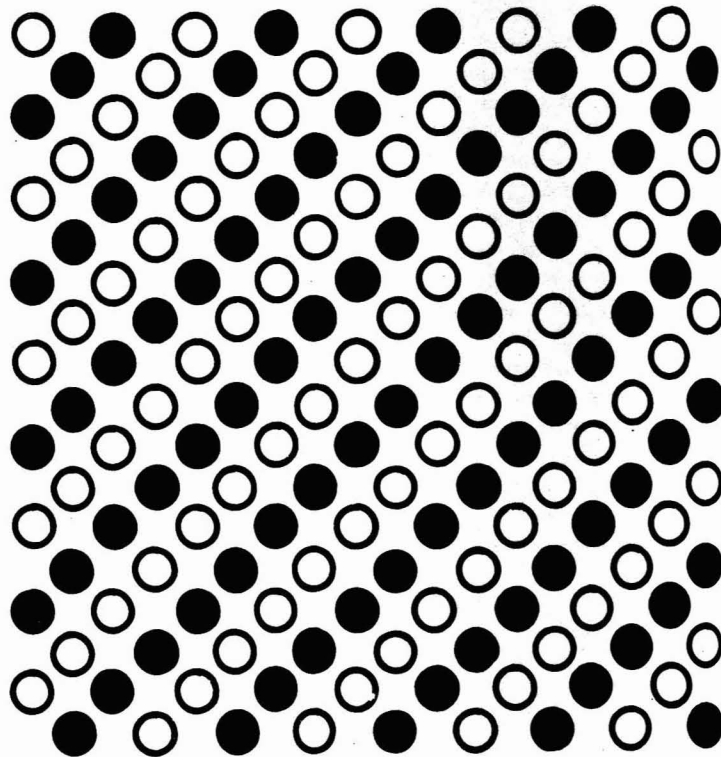
Entre los años 1935-45 hubo aportaciones fundamentales a la teoría y técnica psicoanalítica; entre otras, las referentes a las relaciones del Yo con lo social. Los escritos de Erikson,⁹ Hartman,^{10/11} Lewenstein y Kris aportaron en forma clara formulaciones válidas al sistema psicoanalítico, como son una psicología del Yo con sus aparatos de autonomía primaria y secundaria; los conceptos de cambio de función y de adaptación, que incluyen una teoría generalizada de las relaciones sociales. Fueron los trabajos de estos autores los que dieron al psicoanálisis mayor coherencia y consistencia, enriqueciendo sus posibilidades de investigación en múltiples campos. En la obra de Erikson se encuentra por primera vez una teoría sobre el desarrollo epigenético del Yo (psicosocial), que complementa las ideas de Hartman, así como también su concepto de mutualidad (coordinación entre lo individual y social) y modo orgánico (solución que la sociedad le da a las diferentes fases de desarrollo individual), y tanto en Erikson como en Hartman hay una concepción de la realidad en relación a los instintos y las modalidades sociales que promueven, relacionan y encauzan formas de desarrollo de la conducta.

Quizá estos autores han hecho las aportaciones más brillantes en cuanto a lo social se refiere, *desde y hacia* la teoría psicoanalítica, y cualquier interés entre lo propiamente psicoanalítico y lo social

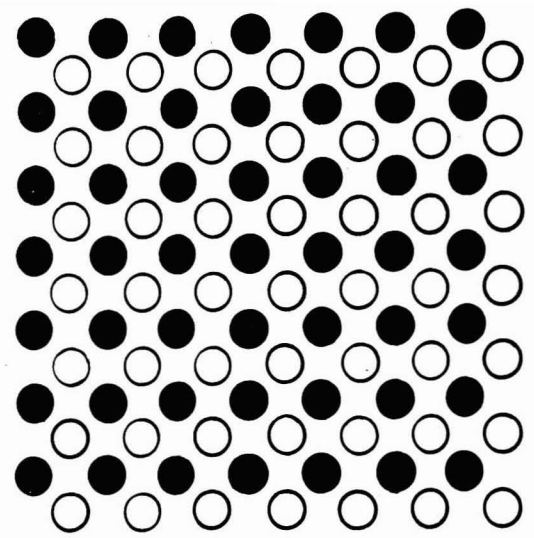
tendrá que partir seguramente de las formulaciones hechas por ellos y no de Horney, Alexander, Sullivan y Fromm, como se ha creído equivocadamente.^{12/13} De Horney, Alexander, Sullivan y Fromm es posible decir que ninguno de ellos conoció en su conjunto la teoría psicoanalítica. No ha sido posible integrar sus formulaciones al trabajo psicoanalítico. Igualmente es cierto que ninguno de ellos presenta un sistema completo que reemplace al que ya existía o, simplemente, que lo complete. Alexander construyó una teoría de la técnica y, aunque deficiente, ha provocado polémicas que llevaron la intención de aclarar su postura; lo mismo sucedió con Horney y Sullivan. Pero en el caso de Fromm ni a eso es posible llegar, ya que no existen escritos sobre una teoría de la técnica y mucho menos reportes estructurados sobre tratamientos psicoterapéuticos que muestren aquello que sostendría toda una posición teórica de la cual se pudiese partir para considerarla como alternativa que confirme el carácter de "escuela". Por el contrario, sus referencias al psicoanálisis y a Freud, como del mismo, están teñidas de religiosidad, y son hechas con omisiones, hostilidad y malicia. Un error de Fromm es creer que modificando y abreviando las proposiciones psicoanalíticas se favorece la aplicación del psicoanálisis al campo social y antropológico, pero lo que realmente sucede es lo contrario: la complejidad de las proposiciones no es accidental sino necesaria, ya que la realidad clínica nunca ha demostrado ser simple.

De los años 40 a la fecha, las líneas de pensamiento en la psicología psicoanalítica se han desarrollado en estudios realizados sobre lo normal y anormal, sobre los determinantes en la conducta (social, biológica) y sus manifestaciones mentales. La gran cantidad de estudios que se llevan a cabo ha permitido reexaminar hipótesis que actualmente necesitan nuevas formulaciones y diferente organización, así como también un estudio más detallado de proposiciones que se hicieron en el periodo temprano. En buena parte, el desarrollo actual del psicoanálisis consiste en esta revaloración, autocrítica y desarrollo de conceptos, términos, hipótesis y modelos, tal como ocurre en todas las ciencias médicas.

Entre las muchas investigaciones que actualmente se realizan en diversos campos están los dedicados al lenguaje en las tres áreas de contacto propuestas por Rosen¹⁴ 1) La conducta dirigida por las reglas del código lingüístico para el desarrollo del superyo (un esquema cognitivo que capta los principios sobre los que se organiza el lenguaje, núcleo a partir del cual se construye la estructura superyoica; los trastornos tempranos en el lenguaje traen siempre trastornos de el superyo y yo) 2) Relaciones de pensamiento y lenguaje 3) Estudio del preconscious; el lenguaje preconscious de las funciones yoicas; defensas inconscientes; trazos de memoria. También se extiende a la idea psicoanalítica del habla como proceso intrapsíquico complejo; el periodo de latencia y la



estructura semántica y las relaciones de esto con el pensamiento egocéntrico de Piaget y Luria. La proposición (desde Freud) de que la conducta motora o impulso motor es precursor de la expresión verbal; la incorporación del lenguaje a las tempranas estructuras defensivas; las diferentes formas de relación en la infancia y el tipo de identificación de donde se derivarían conocimientos acerca del tipo de aprendizaje del lenguaje, patología, estructuras lógicas posteriores y sentido de realidad. Existe el trabajo de I. Steigart y N. Freedman¹⁵ sobre la construcción del lenguaje y representación mental en diferentes cuadros clínicos; las proposiciones de M. Edelson¹⁶ sobre las posibilidades de comparación que tienen algunos aspectos de la teoría de Chomsky y la teoría de los sueños, entre la estructura profunda que contiene toda información sintáctica necesaria para la interpretación del significado y el deseo como lo análogo a este componente sintáctico; lo invariable del significado en las operaciones de transformación y la relación entre el contenido latente y manifiesto en el sueño; el componente fonológico o de representabilidad en la formación de



la estructura superficial a partir de la profunda en el trabajo de sueño; un sistema de operaciones común a las "reglas" de Chomsky y a la condensación y desplazamiento de Freud.

Si se observa, hay un intento común en construir una homología estructural, desde el punto de vista jerárquico, desde la fisiología hasta la sintaxis. Sin embargo, a la condensación y desplazamiento¹⁷ se les puede tratar como formulaciones energéticas que dio Freud, aclarando en qué forma son reducibles a ellas los procesos del pensar, tales como mecanismos del proceso primario presentes en el funcionamiento actual a través del sueño, el chiste y el síntoma; abstracciones teóricas (genotipos) de los cuales solamente observamos manifestaciones específicas clínicas, y su relación con la censura; o como funciones en el proceso del pensamiento (en un principio en relación a los esquemas motores, después a las representaciones plásticas y, por último, al nivel abstracto de recuerdos verbales) o, por último, como formas de síntesis o trabajo de asociaciones, lo cual sería manifestación de estructuras que a su vez presupondrían microestructuras (trazo y esquema de memoria, efectos). Lacán¹⁸ ha construido una teoría a partir de la condensación y desplazamiento, tratándolos como metáfora y metonimia; sin embargo, nunca ha expuesto los pasos necesarios que justifiquen tal construcción.

Todas estas áreas de trabajo apuntadas son algunas de las posibilidades de investigación clínica actual; existe también, desde luego, la revisión de conceptos teóricos tales como lo genital,¹⁹ que se refiere a una primacía (simplemente atendiendo a su utilidad clínica y teórica y permaneciendo en cierto nivel de abstracción) que, a su vez, se sostiene en una organización compleja y jerárquica del Yo, Superyo y Ello con todos sus patrones de conducta. El concepto de identificación ha merecido un estudio amplio, y se le ha entendido como un proceso del cual dependen las teorías del narcisismo, defensa, ansiedad, trauma y principio de realidad; se estudia su evidencia en el sueño y en el síntoma; sus componentes inconscientes; trata de verse hasta qué grado modifica la conducta, o si produce cambios estructurales o transitorios, y cómo se expresa en fantasías; se le observa como un *continuum* de diferentes niveles, finalidades y experiencias. Su importancia en la clínica es capital, ya que reconstruye la historia de todo el sistema de relaciones con el medio (Erikson). Dinámicamente, se evalúa su mantenimiento; estructuralmente, se le estudia las funciones yoicas, su estabilidad y autonomía y, por lo que toca a lo adaptativo, se estudia la objetividad y continuidad en la relación entre el sujeto y su medio.

Tiene puntos en común la teoría psicoanalítica especialmente con los estudios de Piaget,²⁰ que cuenta con un punto de vista genético-histórico para explicar la conducta, y con un punto de vista biológico por lo que toca al pensamiento como acción experimental (en psicoanálisis, a partir de la hipótesis de identidad

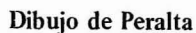
de percepción, en el momento que sujeto y objeto son indistinguibles) desde los niveles sensorio-motores hasta las estructuras lógico-matemáticas (Rapaport²¹ dice que el pensamiento es una interrelación compleja de integración y diferenciación, y esta idea implica los procesos de adaptación de Hartman y Piaget, de donde partió éste último para estudiarlo con la lógica de relaciones y teoría de grupos) sin que en ningún momento dejen de relacionarse con un objeto.

Entre el psicoanálisis y el sistema desarrollado por Piaget (que estuvo presente en el congreso mundial de psicoanálisis de 1918 exponiendo sus ideas sobre pensamiento) existe en común la necesidad de explicar las condiciones que vuelven adecuados los modelos con los fenómenos; Piaget ha desarrollado métodos propios de observación y verificación de los hechos, y la evolución de sus teorías ha dependido más de los avances de la biología, fisiología, neurofisiología, neuroquímica y etología, que de cualquiera otra disciplina.

Es posible pensar que al psicoanálisis le ha sido beneficioso no apoyarse en ideología ni sistema filosófico alguno; por el contrario, el abordaje al psicoanálisis de parte de filósofos ha sido frecuente (Ortega y Gasset, Sartre, Merleau-Ponty, Marcuse y filósofos de la ciencia), pero todos ellos han tenido en común mucha inexactitud (Marcuse usa conceptos que corresponden al sistema teórico psicoanalítico como represión, principio de realidad, de placer, sublimación, etcétera, sacándolos de su lugar adecuado y poniéndolos en terrenos donde sencillamente se desnaturalizan; los usa en forma particular sin aclarar cuál de los diferentes usos que tienen en psicoanálisis es el que ha escogido y, en su caso, por qué). Como siempre han tenido escasa o nula preparación en el ejercicio de una disciplina experimental, a ellas les resulta fácil suplir la experiencia práctica médica por la especulación.

A partir de las formulaciones hechas por Freud, el psicoanálisis actual desarrolla estudios e investigaciones en diversos campos. Como ejemplos, basten los siguientes: los avances en psicoanálisis infantil en la clínica Hamstead, Inglaterra; los estudios sobre adolescencia (P. Blos); aplicación de ideas psicoanalíticas en el tratamiento de las psicosis: M. Mahler sobre separación-individualización; investigación clínica de Gill, Dahl, Dewald, Juborsky, Paul, Fisher (neurofisiología y sueños); reformulaciones de conceptos teóricos hechos por Shaefer, George Klein, R. Holt; estudios sobre conceptos básicos por H. Nájera, S. Guttman; psicoanálisis y sociedad de Mischerlich, y sobre el inconsciente, los de Max Shur.

Sin pretender con esto agotar el número de trabajos que están contribuyendo al desarrollo del psicoanálisis, la situación de éste es bastante prometedora en logros futuros, ya que es todavía una teoría abierta a nuevas formulaciones. En este sentido, en su más cabal aplicación clínica, sigue siendo una teoría cuyo desarrollo se lleva a cabo de acuerdo a los deseos que Freud siempre expresó.





La inconsciencia es una patria; la conciencia, un exilio.

□ □

■ El *Zohar* enseña que todos aquellos que hacen el mal en la tierra, no valían mucho más en el cielo, que estaban impacientes por partir y que, al precipitarse a la entrada del abismo, “se adelantaron al tiempo en que debían bajar al mundo”.

■ Se percibe claramente la profundidad de esta visión de la preexistencia de las almas, y cuán útil puede ser cuando se trata de explicar la seguridad y el triunfo de los “malos”, su solidez y su competencia. Habiéndose preparado desde mucho antes, no es extraño que se repartan la tierra: la conquistaron antes de estar en ella... desde la eternidad.

[illegible]

■ Todo lo que he podido sentir y pensar, se confunde con un ejercicio de anti-utopía.

[illegible]

■ Lo que se llama instinto creador no es más que una desviación, una perversión de nuestra naturaleza: no fuimos traídos al mundo para innovar, para trastornar, sino para gozar de nuestra apariencia de ser, para liquidarla dulcemente y desaparecer después sin ruido.

□ □

■ Si es verdad que al morir volvemos a ser lo que éramos antes de nacer, ¿no hubiera sido preferible mantenernos en la pura posibilidad sin movernos? ¿Qué sentido tiene ese paréntesis cuando podríamos habernos quedado para siempre en una plenitud irrealizada?

□ □

■ En cuanto empieza uno a *querer*, cae bajo la jurisdicción del Demonio.

[illegible]

■ La vida no es nada, la muerte es todo. Sin embargo, no existe alguna cosa que sea muerte, independientemente de la vida. Y es

justamente esta ausencia de realidad distinta, autónoma, la que hace a la muerte universal; la muerte no tiene un dominio propio, es omnipresente, como todo aquello que no tiene identidad, límite, compostura: una infinitud indecente.

[illegible]

■ El tiempo vacío de la meditación es, en verdad, el único tiempo lleno. No deberíamos jamás avergonzarnos de acumular instantes vacíos. Vacíos en apariencia, llenos de hecho. Meditar es un ocio supremo, cuyo secreto se ha perdido.

[illegible]

■ Según la Kabala, Dios creó las almas desde el comienzo y todas estaban frente a él bajo la forma que tomarían más tarde al encarnar. Cada una de ellas, cuando su tiempo llega, recibe la orden de ir a juntarse con el cuerpo que le está destinado, pero cada una, inútilmente, implora a su Creador que le ahorre esa esclavitud y ese mancillamiento.

■ Mientras más pienso en lo que debió de producirse cuando el turno de mi alma llegó, más me digo que si alguna hubo que con mayor intensidad refunfuñara, esa fue la mía.

[illegible]

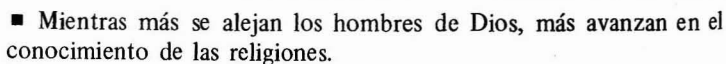
■ Si acaso queremos volver a unimos con esa claridad lejana de la que nunca sabremos por qué fuimos separados, importa salvaguardar ese poco de luz que existe en cada uno de nosotros desde antes de nuestro nacimiento, y de todos los nacimientos.

[illegible]

■ Los periodos de esterilidad por los que atravesamos coinciden con una exacerbación de nuestro discernimiento, con el eclipse del demente que llevamos dentro.

[illegible]

■ A causa de la palabra, los hombres dan la ilusión de ser libres. Si hicieran, mudos, lo que hacen, se les tomaría por robots. Al hablar se engañan a sí mismos, así como engañan a los demás: pregonando lo que van a hacer, ¿cómo se podría pensar que no son dueños de sus actos?



PABLO DE ROKHA O LA EPOPEYA DEL ROTO CHILENO

En su libro *La expresión americana*, el cubano José Lezama Lima, para quien la imagen sirve de impulso "a las más frenéticas o cuidadas expediciones" humanas

(la fuerza de la imago desata el afán tembloroso del descubrimiento, y el autor de *Dador y Paradiso* así lo confirma: "En los últimos años, de Spengler a Toynbee, el tema de las culturas ha sido en extremo seductor, pero las culturas pueden desaparecer sin destruir las imágenes que ellas evaporaron. Si contemplamos una jarra minoana, con motivos marinos o algunos de sus murales, podemos, por la imagen, sentir su vivencia actual, como si aquella cultura estuviese intacta en la actualidad, sin hacernos sentir los 1500 años a. de C. en que se extinguió. Las culturas van hacia su ruina, pero después de la ruina vuelven a vivir por la imagen. Esta aviva las pavesas del espíritu de las ruinas. La imagen se entrelaza con el mito que está en el umbral de las culturas, las precede y sigue su cortejo fúnebre. Favorece su iniciación y su resurrección"),

distingue tres características raigales del barroco que ejerció su poderoso dominio en el quehacer poético americano del siglo XVII y se extendió hasta más allá del XVIII.

El aéreo y plúmbeo demiurgo que revitaliza la historia mundial en imágenes que retroceden y avanzan desde su casa de la calle Trocadero en La Habana, bajo el polvo que despiden sus viejos libros clásicos y el latín encarnado, nos habla de la *tensión*, el *plutonismo* y el *estilo plenario* del barroco con intención totalizante.

Esta vez quisiera hablar retrospectivamente, tratando de extender a vuelo de cóndor una amplia imagen como una red en círculo capaz de rescatar y convocar, una vez más, aquella voz siempre resurrecta del poeta chileno Pablo de Rokha, creador del *gran barroco genital de Latinoamérica* "hecho con pueblo hambriento, báquico-trágico y dionysíaco". Este artista tumultuoso y descomunal, arracional, oceánico y democrático, lírico y epopéyico, destructor construyendo, albañil fluvial y lluvioso, onífrico y soberbio, líder de la impura pureza, vegetal y carnívoro, vigilante, inquieto, minuto a minuto, por las desgarraduras del ser popular americano, y dispuesto a edificar un arte revolucionario y ecuménico en el sentido y la dirección del nuevo mundo, heracliitano, iconoclasta, bíblico, con el fermento judeo-cristiano de Occidente (Alejandro Lipschutz), conocedor de la filosofía idealista y unido sanguíneamente al devenir trágico de la materia concebida desde la visión del materialismo histórico y dialéctico, está sumergido en la tríada elemental del barroco descrito por Lezama Lima: hay en su obra interminable compuesta por más de cuarenta títulos, la *tensión* que surge de la temática de las luchas sociales sublimadas en fenómeno estético a través de esa espesa maraña de largos versos fluviales que, como un río de lava hirviendo, van dando forma a su poesía en prosa. Se equivoca quien piense que Pablo de Rokha ofrece solamente una acumulación verbal desprovista de intensidad y musculatura. No es el suyo un canto etéreo, flácido, abstracto.

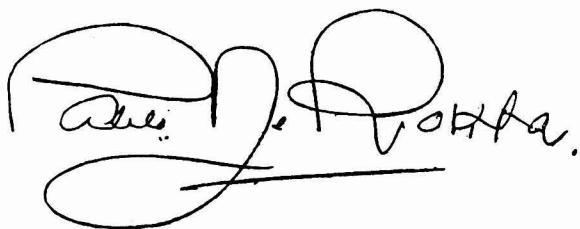
Muy por el contrario: sus asociaciones semántico-apocalípticas persiguen siempre la concreción; y no podría ser de otro modo, toda vez que el poeta, programáticamente, se ha planteado desde su juventud advenir/asumir con su verso la gran épica social latinoamericana. Una tensión subterránea va atando todos los elementos: los supuestamente impuros, los antipoéticos, y aquellos que integrarían la dudosa pureza familiar a nuestro oído gracias al sospechoso aporte de los amantes de la academia, que es lo opuesto de lo clásico.

("Enderezamos el estilo a la conquista de lo clásico —dice el poeta cuando analiza el trabajo estético—, en función de que lo clásico, que adopta todas las formas que fijaron las épocas en la historia, por lo cual es heterogéneo en su morfología, posee la homogeneidad y la durabilidad de la estatua de un siglo y de un ciclo histórico; buscamos lo clásico en lo contemporáneo porque lo clásico entraña la victoria de la forma exacta sobre la forma desviada; buscamos lo clásico triunfador, glorioso, genitor, viviente y orgánico, viviente y dinámico como la vida, porque lo clásico, que no es premonitorio, incluye todos los modos de ser del arte anticipando la sublimación histórica de las épocas a las épocas y fijando definitivamente sus rasgos totales; buscamos lo clásico, pero no lo clásico por lo clásico; buscamos lo clásico porque lo clásico que posee los equipos morfológicos más diferentes y más disidentes es eternamente el descubrimiento general de la belleza, contra lo académico subordinado al andamiaje que desechó lo clásico, al utilaje y al recetaje técnico que despreció lo clásico, cuando lo clásico superó todas las técnicas al alcanzar el fenómeno estético expresador de toda la contienda social de los pueblos...").

La auténtica vanguardia renace en lo clásico. La retaguardia fallece en lo académico.

El segundo elemento de la tríada es el plutonismo detectado por el creador de *El juego de las decapitaciones*. Pablo de Rokha llega al reino de Vulcano después de aceptar constituirse en campo de batalla para Eros y Tanatos, y el fuego se extiende desde el centro de su obra poética incendiando toda su materia hecha de imágenes ambiciosas de infinito y realidad desconocida. Se trata de asumir el desafío de lo real por medio de imágenes libres con poder imaginativo (Gaston Bachelard), y sólo de esa manera se nos abre el universo, pues el empleo de la imagen gastada, que es la antítesis de la imaginación, turbiamente nos hace más esclavos del micromundo concebido como un claustro. De un modo plutónico, la poesía de Pablo de Rokha hecha de encabalgamientos, acumulaciones, yuxtaposiciones y diluvios, va consumiéndose en su trayecto, pero la brasa ardiendo jamás acaba en cenizas. El plutonismo rokhiano tiene la virtud de la alquimia que opera valiéndose de un lenguaje en estado de guerra consigo mismo y con la realidad circundante, sin tratar, ciertamente, de destruir la esencia comunicativa y significante del verbo.

El poeta se propone desplegar su condición creadora a través de un realismo sin riberas que permita dar cima a su deseo epopéyico.





En su obra *Arenga sobre el arte* (Edit. Multitud, 1949, Chile), de Rokha señala la importancia no sólo pictórica que hay en la escuela de los muralistas mexicanos: ellos, dice, están roturando el camino para la gran epopeya social americana, y los poetas debemos transformar nuestro lenguaje para estar a la altura de la Historia que nos toca vivir. Es imposible aceptar el reto utilizando la castración de un realismo paupérrimo. Es por ello que falsean a Pablo de Rokha quienes ven o quieren ver en sus libros un fin avieso y vicario, desligado de las tentativas fantásticas. Indudablemente, el poeta habría suscrito aquellas palabras de David Alfaro Siqueiros cuando se refiere al nuevo realismo mexicano: "Ideas demasiado superficiales sobre el realismo han llevado a muchos artistas a excluir todos los posibles elementos de la fantasía. El realista imagina, por necesidad de una mayor objetivación. El avance actual de las ciencias físicas y naturales nos permite producir fantasías de un alcance mucho mayor; es un recurso que por ningún motivo debemos rechazar o desconocer."

Dentro de este realismo genital y fantástico, la poesía de Pablo de Rokha presenta otras dos cualidades que es imprescindible destacar: su *estilo plenario* (para seguir con la denominación lezamesca) y su carácter dionysíaco opuesto a la proporción apolínea. Lo plenario nace en su obra por un proceso que, aun cuando oscila rítmicamente entre conjunciones y disyunciones, acaba en la congruencia y la unión. La multiplicidad plenaria de elementos que abigarran su épica constituye el espíritu de una poesía total. Se llega a ella mediante un vigor dionysíaco incontrollable: estamos —como diría Vargas Llosa— frente a un desafío al poder de los dioses y en presencia de un aeda bramante que tiene absoluta conciencia de su actitud deicida. De Rokha es un poeta del Juicio Final, el eterno precursor del cataclismo y discípulo del San Juan del *Apocalipsis*, que ha asumido la urgencia de dar forma estética a la materia todavía informe que va surgiendo del conflicto social. Y la forma devendrá en belleza al fin de la tragedia humana. El arte, para el creador de *Los Gemidos*, ha de surgir de la batalla inexorable y perpetua, hasta que el hombre sepulte para siempre a quienes sepultan en vida la carne y los huesos y los sueños de los explotados que son la inmensa humanidad: "Arrastra la Humanidad, a la espalda, el fenómeno estético, y en él se defiende y se define como los guerreros desesperados que beben su propia sangre."

Plantea grandes problemas la belleza y los resuelve en el subconsciente, lo cual veía Kant cuando decía: *conocimiento por el sentimiento*; y todo es bello o todo es feo según la necesidad expresional de eternidad del creador; porque jamás estuvo toda la belleza en el individuo ni toda la belleza en el universo y la belleza progenitora de los objetos bellos del arte es la solución victoriosa de una gran batalla arracional entre el hombre y el mundo, ganada por el hombre que al ganarla da nombre a todas las cosas y

domina la naturaleza con la verdad estética, triunfando el individuo sobre el universo. Y ahora bien: si la belleza se obtuvo en un campo de batalla y el campo de batalla en donde se obtuvo la belleza es el corazón del creador y el corazón del creador quedará, como el Calvario, completamente bañado de sangre y estará lleno de muertos y de banderas tronchadas, inmensas, completamente tremendas, o de camaradas degollados por fantasmas, ¿cómo no sabemos al pie de un muro tan alto como el mundo, ante el arte, arrebatados por su viento enorme?"

Este desorbitado, ubérrimo y perifrástico poeta licantenino nacido a las orillas del río Mataquito, formó parte de la generación más poderosa de líricos y épicos que desenvainaron sus armas desde principios del siglo XX. Ahí están Pablo Neruda, Vicente Huidobro y Gabriela Mistral. La obra de todos ellos dio vida a un abanico brillante que ha venido a influir poderosamente no sólo en la poesía escrita en lengua hispana sino en buena parte de la narrativa de Latinoamérica. Julio Cortázar, en un artículo publicado hace más de veinte años en una revista argentina, advierte con suma lucidez que *El habitante y su esperanza*, de Neruda, será un libro precursor de la nueva narrativa del continente. Cortázar llega a decir que *El habitante...* es la primera gran novela continental que va a formar parte, por adelantado, de aquel grupo de espléndidas obras publicadas a partir de la década del 60. Jorge Edwards (*El peso de la noche*, *Las máscaras*), durante un encuentro de escritores latinoamericanos efectuado en Chile en 1969, destaca también la decisiva influencia de la poesía americana en la novelística: "Los precusores de la novela latinoamericana de hoy son los poetas inmediatamente anteriores: Neruda, Vallejo, López Velarde." Y Leopoldo Marechal señala en ese mismo congreso: "La base de todo género sigue siendo la poesía. Yo tengo un inmenso respeto por la poesía. Estamos en el comienzo de la gran narrativa latinoamericana. Estamos en el tiempo de escribir las grandes epopeyas." Y Rosario Castellanos: "Yo también comencé en la poesía y creo no haberla abandonado nunca. La poesía se extiende por contagio directo. Se trata de conseguir la mayor humanización, a través del lenguaje. Creo que la principal tarea del escritor es su tentativa constante de humanizar lo inhumano."

Se puede afirmar, cuidando la ecuanimidad y la justicia, que así como *El habitante y su esperanza* es un texto precursor en el campo del relato latinoamericano, así también los descubrimientos y hallazgos de Pablo de Rokha constituyen la vanguardia y son precusores de la mejor poesía chilena de este siglo. Desde sus poemas de juventud, de Rokha se propuso superar toda visión idílica de la naturaleza y aun cuando mantuvo a lo largo del tiempo su postura olímpica (al leer y escuchar su obra estamos en presencia de un YO inmenso, grandilocuente y monumental —los poetas aún no han bajado del Olimpo para perderse democráticamente entre los ciudadanos de la polis—; semejante YO vemos en



la poesía terrestre de Neruda y en los versos aéreos y cosmopolitas de Huidobro, parado en la cumbre de su *Altazor* que es la cima del universo), hay ya en sus primeros libros algunos destellos germinales que anuncian el surgimiento del diálogo junto al monólogo, y del hablante anónimo que ya no es sólo el poeta: otras voces van teniendo acceso a la poesía de Pablo de Rokha. Es preciso dejar atrás las lentejuelas decorativas del modernismo en decadencia, así como el afán fotográfico y "embellecedor" de los puntillistas paisajistas. Teóricamente, el poeta lanza sus dados:

Platón creía que estaba la belleza desparrramada en la naturaleza y era un artista quien la cogía fotografiándola. Plotino y la Escuela de Alejandría creían que el hombre tiene un retrato a priori de lo bello adentro del "yo" eterno, y que son tanto más bellas las cosas cuanto más se parecen a tal esquema subjetivísimo o a tal arquetipo infinito y sobrenatural, muy semejante a las "ideas" platónicas. Kant creía que lo bello era lo bello porque era lo bueno sublime del "imperativo categórico" moral y el "imperativo categórico" es una intuición trascendental no deducida sino suscitada por la experiencia. Los tres se equivocaron y equivocados equivocaron la historia y la equivocación persiste en el mundo. La belleza no es un hecho sino un mito potencial, en tanto el hombre no impone su expresión y su ley imaginaria a la realidad histórico-dialéctica. De ahí entonces que el arte no se parezca a la naturaleza sino que precisamente sea la superación de una contradicción de la naturaleza entre lo subjetivo y lo objetivo, en el gran teatro de la naturaleza.

Los aportes fundamentales de Pablo de Rokha surgen de su tentativa de convertirlo todo en poesía: destierra con un solo golpe de espada la visión estetizante y maniquea que distingue, *per se*, las diferencias entre un plasma verbal "bello" aceptado oficialmente, y el infinito universo de las palabras "feas" desde su nacimiento y que aun cuando tengan la fe de bautismo, jamás podrán ingresar al Paraíso de la poesía que para ellas será el reino de nunca jamás. De Rokha pulveriza todas las barreras, acaba con el principado y se hace plebeyo en el sentido democrático del término. La poesía, en su voz, se cruza, se mestiza y sobrepasa de este modo los obstáculos que el incestuoso y estéril juego esteticista había impuesto a la corriente sanguínea del lenguaje. Su verbo inhabitual se va por encima de todas las represas ("no, criatura, no, vinimos a incendiar la tierra con el verbo, y no a quemarnos las rodillas en la ceniza, arrodillados como los esclavos de hogaño. No, nosotros sí podemos caer en la batalla, pero nosotros caemos rugiendo, caemos ardiendo, caemos diciendo lenguajes de eternidad que van a rebotar como peñascos en las amargas formas de sombra del esteticismo en neblina") y no hay nadie que sea capaz de detenerlo. Su poesía está hecha de esmeraldas y excrementos, agonías y ternuras, muerte resucitando, vida muriendo y espantosos incendios que van consumiéndolo todo hasta el límite de lo infinito, pero nunca perduran las cenizas porque todo es un fuego eterno, un fuego basal, inaugural, torrencial. El poeta consigue una textura barroca trasladando al plano del arte la yuxtaposición de

diversos elementos supuestamente antipoéticos (digo supuestamente, pues no creo en la existencia de elementos apoteóticos o antipoéticos por vía hereditaria).

Para los primeros antipoetas latinoamericanos, Pablo de Rokha y César Vallejo por ejemplo, —sostiene Fernando Alegría— la revolución del lenguaje no constituye un fenómeno formal; no se trata de readaptar el lenguaje a un nuevo concepto de la poesía (creacionismo). Se trata de acabar con la poesía que agoniza ahogada en palabras y devolverle al poeta el derecho a expresarse como persona, no como organillo ni como diccionario ni como vigía del aire, devolverle el derecho a la conversación, el derecho a violentar la sociedad y violentarse a sí mismo.

Advertimos un ritmo estático-dinámico en los poemas abismales y celestiales de Pablo de Rokha. Ya puede trabajar mediante disyunciones, separando, dividiendo, aislando, atomizando la materia en gestación, para de repente cambiar de rumbo y venirse, como desde el fondo de la oscuridad, recorriendo el camino al revés, aunando, atando, en largos periodos polisindéticos que conservan siempre la vocación de ruptura del orden gramatical de su prosa salvaje, primitiva y compleja. Obsérvese el tono y el flujo de torrente lleno de perífrasis y de hipérbolos al comienzo de *La página oceánica* que nos introduce en su vasto poema *Francia* (Edit. Multitud, 1966), estadio primero de *Mundo a Mundo*, *epopeya popular realista*:

Como absolutamente todo cambia en oleajes de contradicciones, enarbolando derrotas como victorias, es comparable a un vendaval de arenas y cadenas, el ser humano; y sus abismos son oceánicos o subterráneos de comportamiento; jamás nunca está inmóvil, ni vivo, ni muerto, jamás nunca está inmóvil o paralizado en su destino, pues la materia brama en los sepulcros, y es estático-dinámica, furiosa y huracanada, heroica y terrible, repleta de gusanos, de belleza y mitología; azotan a la Humanidad las cartas macabras de todas las jugadas que se perdieron, y triunfar es andar de naufragio en naufragio, sobreviviéndose, anclado y crucificado en la tabla de salvación muerta de las catástrofes: el incendio de cenizas de los antepasados, batalla a la espalda del hombre, con el olvido, que pretende acuchillarlo, y tú, Winétt de Rokha, la mujer más amada y más idolatrada por este animal triste y dionisiaco que yo soy viviendo y muriendo simultáneamente, vas creciendo en la inmortalidad, como una gran montaña de oro, por adentro de las altas y hajas mareas de las épocas, en las que las viejas banderas negras están arriadas: el corazón de todos los pueblos y los trabajadores empuña tu figura.

Ya vas unida, eternidad abajo, a nuestro Carlos, hecho brazo anchura y espanto de gran poeta, como tú, es decir, las águilas incendiadas e incendiarias del sol caído, y en la tremenda noche de Chile, rugiendo, los escucho dialogar a la manera de la Tragedia Griega o como los sueños inmensos que dan ladridos de genios universales, en el teatro de Shakespeare, llorando con llanto macabro de piedras que lloran muertas, o en el lenguaje descomunal de Rabelais, o en la alucinación castellana y sobrehumana de Miguel de Cervantes y Saavedra, o en los ex-hombres y los subhombres de Gorki, o en los héroes rabiosos de León Tolstoi, o en los superhombres enloquecidos y ensangrentados de Dostoiewsky, por la enajenación subjetiva y anarquista de los mártires equivocados, o en Tu Fu, el genio popular chino, esplendoroso. . .

Desde la adolescencia, De Rokha persigue la liberación definitiva para el lenguaje de la poesía: conmueve los cimientos del idioma y lo hace estallar tras un nuevo ordenamiento.

El novelista y Premio Nacional de Literatura de Chile, Carlos Droguett cuya prosa acumulativa y democrático-plebeya, es también deudora de la poesía del autor de *Morfología del espanto*, avanza aun más en su juicio crítico, llegando a sostener que la voz de Pablo de Rokha

es la única voz verdadera, auténticamente personal, hecha con materiales eternos, telúricos y explosivos y que ha de durar, porque fue hecha para durar, de frente a la eternidad y no al tiempo presente, a pesar de sus errores, a pesar de sus transgresiones, a pesar de su monstruosa desmesura. Pero estos errores, estas anfractuosidades de su entusiasmo creador, forman también parte de su grandeza y la van conformando. Dice Platón que el poeta, instalado en el trípode de las musas, exhala con furia cuanto le acude a la boca, como si fuera el caño de una fuente, sin ponderarlo ni digerirlo con lo que lanza fuera cosas de diverso color, de contraria substancia y aun incoherentes. Substancia del poeta, totalidad inoperable del poeta. Así Pablo de Rokha. La suya es una voz puramente impura, porque ya no es el arte sino la vida misma, la versión más profunda de la tierra, la que corre en sus aguas. Sus poemas tienen igual importancia estética y social, la misma trascendencia histórica, el mismo potencial de un transformador de la sociedad. Porque Pablo de Rokha no sólo ha incorporado una información genial a la historia literaria de Chile, siendo él mismo testigo y documento de lo más sustancioso y vivo de nuestra realidad económico-social, sino que ha conmovido, seguramente sin saberlo él mismo, los fundamentos históricos de nuestra realidad".

Debo repetir que nadie en Chile fue, como él, piedra angular y precursor de la mejor poesía escrita a partir de las primeras décadas del siglo XX. Pablo de Rokha es, incuestionablemente, uno de los poetas más importantes de la lengua hispana, a la altura sólo comparable de un César Vallejo, o tal vez más allá. Lo que sucede es que su obra tan inmensa todavía permanece en estado de desconocida, misteriosa y muy débilmente, clandestinamente, relicariamente, empequeñecidamente se supo de su parto profundo, no obstante que su voz pertenece al futuro y en ningún caso es pieza de arqueología. ¿O es que algún otro pudo escribir en 1916 (repárese en el año) un verso tan magistral como el de su poema *Genio y figura*?

Aún mis días son restos de enormes muebles viejos.

O:

El hombre y la mujer tienen olor a tumba.

¿No están estos versos compuestos por visionarias imágenes cuyas variantes habríamos de ver, años más tarde, en *Residencia en la tierra*, de Pablo Neruda, o en *La miseria del hombre*, de Gonzalo Rojas, o en *Poemas y antipoemas*, de Nicanor Parra? Evidentemente que sí; y de un modo particular en la poesía de Neruda, quien fue estructurando poco a poco un sistema de imágenes en el que podemos reconocer, sin necesidad de una

exploración meticulosa, la presencia de casi la mayor parte del plasma sanguíneo de Pablo de Rokha: semejantes adjetivos, sustantivos, y el juego de gerundios y el tono adverbial, y esa respiración lenta y prolongada y sostenida modificando el régimen sintáctico y desafiando a muerte, de tal modo, al modernismo que lleva en sus venas los síntomas de la agonía.

Pablo de Rokha fue el primer roto chileno que escribió como un roto tremebundo: plebeyizó la poesía y pasó del arranque lírico-intimista a una narrativa épica: no sólo el canto ni la descripción sino por sobre todo su ansiedad de narrar sumergiéndose en la historia. El poeta comprendió desde sus primeras tentativas que el hombre se crea a sí mismo como ser universal al vivir y actuar en la historia; la universalidad e individualidad del hombre es inseparable de su historicidad. Ya en el Renacimiento se sostuvo que el hombre era una creación de sí mismo (Pico della Mirandola) y que no tenía por qué aceptar la realidad social tal cual ésta se presenta sino que debía y podía intentar cambiarla hasta advenir a un estadio superior de sociedad donde se superara el cerco que hace del hombre un ser funcionalizado y fragmentado. Pablo de Rokha se propuso ayudar con su obra poética a la transformación social, disponiéndose, primero, a transformarse por dentro él mismo hasta dar con las formas audaces y estéticamente revolucionarias que le permitieran cumplir su fin ("Es por ello que la gran batalla por la forma, que es la querella por el estilo, se convierte en la gran pelea por el destino del artista y en la gran pelea por el destino de las épocas, y adentro de ella se juega íntegro con sus huesos, con su corazón, con su sexo, con sus sueños y con el sueño de su tiempo del cual responde como creador"). De Rokha entró a la realidad chilena por encima, por debajo y por los costados. Así lo ve Fernando Alegría. Y es cierto:

"representó el primer ataque surrealista en nuestro medio y usó un lenguaje que, de golpe, dio realidad a la actitud antipoética de los vanguardistas" y "destruyó la retórica entre nosotros con la única arma valedera: el idioma de una humanidad y un universo *rotos*, idioma que no se aprende, que él trajo como marca de nacimiento".

No hay convencionalismos ni ataduras lógicas en la poesía de Pablo de Rokha; en cambio, podemos ver en él la libre asociación de las imágenes dentro de su lenguaje que opera por contrastes, asumiendo dentro de sí todas las contradicciones y desarrollando violentamente el juego arracional y subconsciente que habrá de producir, al fin, el trágico parto de la belleza. "El arte no se entiende, se intuye", dice en *Heroísmo sin alegría*, en 1927. Y explica:

"La reflexión genera el concepto, la intuición la imagen, la reflexión el discurso y el razonamiento, la intuición el estilo, la reflexión la verdad lógica, la intuición la verdad estética, la reflexión el conocimiento lógico,





la intuición el conocimiento estético, la reflexión, la filosofía, la intuición, el arte”.

Comete un acto de justicia poética quien valore hoy la obra de Pablo de Rokha no sólo como precursora de la profunda transformación experimentada en la poesía hispanoamericana a comienzos de la década del 20, sino además como antecedente de lo que iba a ser muchos años después el lenguaje desafiante y desprejuiciado de los beatniks norteamericanos (Ginsberg, Ferlinghetti, Corso). *U*, su libro publicado en 1927, demuestra que De Rokha es el primer antipoeta chileno, mucho antes de las experiencias corrosivas de Nicanor Parra en *Poemas y antipoemas* y de Pablo Neruda en su *Estravagario*. Erróneamente, se ha repetido hasta el cansancio que Parra sería el fundador de lo que se llamó (insisto en que me parece desacertado el término) la antipoesía chilena, con su obra *Poemas y antipoemas*, editada por primera vez en 1954. Sin embargo, veintisiete años antes, el injustamente olvidado Pablo de Rokha (el cerco del silencio en torno suyo se extiende hasta nuestros días) había ya descubierto las claves del lenguaje antipoético desnudando a la poesía de todo el ornamento decorativo. Y luego de castigar el verbo hasta sus límites sometiéndolo al humor blanco de los surrealistas, al humor negro, al sarcasmo, al lugar común cotidiano y a la irreverencia, sólo queda como producto un fermento muy singular:

*A Dios se le rompieron los neumáticos.
En verdad, hermanos, en verdad
la hora de las cosas peludas
llegó
llegó
la hora de las cosas peludas
dicen los crucificados.*

*Las mujeres son problemas con pelitos.
El animal de ladrillos se pone condones iluminados.
Los idiotas artificiales
humedecen los muros únicos del manicomio.
La araña cría pelos y se transforma en filósofo.*

*El marrueco de la filosofía
se abrocha con tres botones y un testículo.*

“Lo que queda es asombroso —dice Alegría—: degollado el mito de una poesía *bella*, liberado el lenguaje, reconocido el poder del idioma popular y la facultad adivinatoria, no analítica, del habla conversacional, aceptado el valor híbrido del vocablo escatológico, su humor visceral tanto como su eco social primitivo, aparece una agresiva condenación del aparato cultural en que el hombre acabó por castrarse”.

Tengo en mis manos la autoedición original de *Los Gemidos* (1922), con carátula del dibujante Pedro Celedón. El volumen tiene cerca de 400 páginas de poesía en prosa y, sin duda, constituye una revolución dentro de la literatura de esos años, y varios de sus textos dramáticamente contemporáneos parecen haber sido escritos hace un par de horas. Quisiera recordar algunos de los títulos de estos tormentosos/torrentosos poemas, puesto que ellos ofrecen una idea respecto de las inquietudes del poeta cuando sólo tenía veintiocho años: *Epitafio en la tumba de Juan el Carpintero*; *Yanquilandia*; *Imprecación a Satanás*; *Canción del poeta zarrapastroso*; *Del sportman*; *Estética del ideal*; *Iniciación en los nocturnos*; *Poema del automóvil*; *Box*; *Dios*; *El saludo a los pájaros artificiales*; *Elegía del hombre soltero*; *Paradoja del mercader contemporáneo*; *Apología del hombre de acción*; *Arenga del revolucionario*; *Himno al héroe*; *Muerte*; *Cristianismo*; *Salmo al estiércol*; *Oda a los solitarios*. He aquí dos inscripciones visionarias de Pablo de Rokha: la primera pertenece al texto *Yanquilandia*, y la segunda al poema *La ciudad*:

U.S.A. COMPANY

*Capital: 1.000.000.000.000.000.000.000.000.000. de DOLARES. . .
—¿Quiere Ud., quiere Ud. TRASATLANTICOS, momias, fetos, hombres, momias, fetos, hombres, dinamos, ferrocarriles, tractores, camiones, motores, rameras, gusanos, automóviles, yodosalina, catedráticos, vacas Holstein o Durham, sabiduría en inyecciones hipodérmicas, honradez á la cocotte, arte puro, arte embotellado por nosotros en las botellas mahometanas del tipo Alah, presidentes especiales, especiales, especiales para Suramérica, o cualquiera otra máquina, manufactura, cosa por el estilo? Escriba a: U.S.A. Company, U.S.A. pidiendo catálogos, pidiendo catálogos, PIDIENDO CATALOGOS.*

MILITARES

*La mañana trina sobre los tejados de las casas y el hombre lúgubre: yo; cantan los pájaros, cantan las vías públicas, cantan las suegras, las tabernas, los juzgados, las iglesias, y cantan las escuelas encantadoras. . .
De repente todo se vuelve, todo se vuelve malo, estúpido, malo, y la imbecilidad de la vida humana emerge, emerge incontestable.
¿Qué sucede? ¿Qué sucede? . . . —nada: han pasado unos militares, han pasado.*

De repente todo se vuelve malo: ¡qué intuición la del poeta! , porque 51 años después, en la mañana del tenebroso 11 de



septiembre de 1973, se convertiría en sangre la visión profética de Pablo de Rokha.

Cataclísmico, avasallador, indestructible, la vida del tempestuoso vate licanterino estuvo siempre acosada por la soledad, casi desde su juventud. El trajo a la poesía chilena las convulsiones de un terremoto que no todos podían asumir y que muchos no iban a perdonar jamás. Poco a poco lo fue rodeando la conspiración del silencio, y en ese maleficio colaboraron turbias y juntas algunas plumas al servicio de la oligarquía y otras supuestamente progresistas: se trataba de acorralar al gigante y de silenciarlo para que su voz no se extendiera por los caminos de Chile y más allá de los límites de la patria. Era preciso destruirlo, gota a gota, residenciándolo a morir, pianísimo, sin que se sepa: no tiene, no tendrá editor, nunca, muérase con diplomacia o con furia: hundamos en la fosa común al bramante y blasfemo que ejerció todas las pasiones, menos la traición "y se mantuvo enhiesto, intocable, incólume, golpeándose contra las rocas, contra las murallas, contra las puertas, arrojándose él mismo en medio de las llamas para vociferar más fuerte".

Hernán Díaz Arrieta (Alone), el cronista literario secular de *El Mercurio*, que se caracteriza por fomentar la lectura de obras fatuamente anodinas y cubiertas con el acre perfume de una rosa cursi, tiene la desvergüenza de decir en su *Panorama de la literatura chilena durante el siglo XX*:

Su libro *Los Gemidos* constituye uno de los mejores documentos de literatura patológica aparecidos después de la guerra en los países no afectados por este fenómeno de un modo directo: 400 páginas delirantes en formato mayor indican una agitación interna considerable. Después ha repetido la misma nota, añadiéndole algunas obscenidades, quiere vivir íntegramente delante del lector y hacerlo testigo de esas operaciones a las cuales se destinan departamentos secretos en todas las casas.

Y Juan de Luigi, una de las principales figuras de la crítica chilena y tal vez el único que en su época defendió la obra de Pablo de Rokha, le corta el paso a Alone y dice:

Cuando en 1953 publicó su *Antología*, cosecha de su enorme labor de más de cuarenta años, la aparición de este libro capital pasó en silencio. Yo también callé por razones que Pablo conoce. Vergüenza para todos. No se pronunció ni un juicio favorable, ni un juicio adverso. Nada. La malla del silencio, las envolventes murallas del humo, estaban en pleno apogeo. Ni los enemigos chistaron ni los amigos dieron un paso adelante. La *Antología* no existía. Tuvo aún menos suerte que *Los Gemidos*. (La mayor parte de los libros de Pablo de Rokha se vendió muy poco. El mismo cree que los *Los Gemidos*, publicados en 1922, no fueron comprados más de 10 ejemplares. El resto fue utilizado para envolver carne en el Matadero.) Infamante manera de tratar de ahogar no sólo a un hombre sino a una obra, más de cuarenta años duramente bregados. Con Pablo se ha adoptado ese sistema. El silencio, o la injuria y la calumnia, susurradas al oído. El vive, crea, publica, y si él mismo no

vende su obra, lector por lector, nadie quiere darse cuenta de ello. Algunos pequeños bichitos tratan de criticar los pelos que están bajo la cola, y aun eso lo hacen con perfidia y con citas truncas. Sigue siendo el juglar del pantano.

Escribe Carlos Droguett:

"Sí, Pablo de Rokha no existía en esta orilla ni en la otra, y si él, esforzadamente, titánicamente, con una asombrosa y admirable tenacidad, y en plena y total prohibición y cuarentena, no se hubiera convertido en su propio editor, aún más, en su propio agente viajero y en el librero ambulante de sus obras, en el momento de morir, aplastado, triturado por la invisible maquinaria, sabiéndose superior y único, de hecho habría desaparecido inédito. La soledad en su torno no sólo había sido elaborada por el silencio inerte sino por el silencio activo. Sus enemigos de ahora, sus antiguos desmayados discípulos, sus antaños sureños admiradores, que llegaron a imitar sus trajes, sus ademanes, sus frases, sus cadencias, su modo de peinarse, que incluso adoptaron su nombre como postrer homenaje, habían hecho activo y corrosivo aquel silencio y lo habían multiplicado con presiones, compromisos, sugestiones, prólogos y amenazas, era la masonería del silencio, el vacío impuro trazado a nivel continental. El poeta no encontraba editor en Chile, no porque no se le entendiera, no porque la poesía no fuera material modestamente comerciable, ya que poetas muchísimo más delgados encontraron fácil editor y copioso público. No, no era por eso, había temor a editarlo, había presiones a todo vapor, amenazas, compromisos tortuosos y subterráneos...; de hecho había sido convertido en el gran enfermo de peste enterrado en vida, a solas con su genio y sus recuerdos.

He aquí su dolor:

*Sí, vivir y escribir y morir, solo,
hilando entre los dedos sombra y sombra de sombra,
arañando sombra, escarbando sombra,
comiendo sombra, mordiendo sombra, diciendo sombra,
entre sombra y sombra.*

(*Morfología del espanto*, 1942)

...y estabas esperándome solita en la pobreza, tiempos de tiempos, con los hijos pegados a los amaneceres, dichosa por el abrazo frutal del retorno; o cuando íbamos por los pueblos, calumniados, execrados, difamados por la espalda, por los social-rufianes públicos de la literatura, y perdidos por nuestros plagarios, escarnecidos en antologías de idiotas-delinquentes, sin editor, con niños llovidos de epidemias en la nación enferma, enfurecidos y enceguedados por la congoja acumulada, negados por la familia, intrigados del vecindario, manchados por la miseria, acorralados por debajo, saboteados y crucificados por la oligarquía y sus patibularios...

(*Fuego Negro*, 1951-53)

"Impresionado por aquella soledad que conocí de muy cerca en los años que Pablo vivía solo en el Hotel Bristol, frente a la Estación Mapocho —cuenta Droguett—, una tarde le pedí que me autorizara para

Pablo de Rokha



escribirle a Carlos Barral, gerente de la editorial Seix Barral, de Barcelona, que era indudablemente la que marcaba el paso más avanzado. . . Le escribí lleno de entusiasmada esperanza, hablándole de Pablo y recomendándole su publicación, y en escueta carta del 8 de septiembre me contestó: 'No sé quién es Pablo de Rokha. ¿Podría Ud. enviarme alguno de sus libros? Le confesaré que su comparación con Neruda me sorprende'. Mi respuesta fue rápida y un tanto apasionada."

A continuación transcribo el párrafo apologético de la carta que envió Carlos Droguett a Carlos Barral:

"Trataré de satisfacer su sorprendente pregunta a merced de mi fuerza. Que Ud. me confiese no conocer a Pablo Rokha es tan flagrante y terrible como si yo le confesara no conocer a García Lorca (aunque la comparación no es valedera, pues estimo que García es un niño de tetas comparado con Pablo), pero esto sirve para que Ud. y yo nos convenzamos de que vivimos en una época internacionalizada y solidaria en muchos aspectos, pero no en el cultural, absolutamente no en el cultural; de otra manera no se explica que el más grande poeta de mi tierra, de América y seguramente de la lengua castellana, que escribe en un diluvio fantástico desde hace cincuenta años, sea desconocido en España. Porque Ud. que ha vivido toda su vida entre libros, que ha hecho de ellos su negocio espiritual, que es poeta Ud. mismo, lo ignore, me está indicando que gente mucho menos libresca que Ud. también lo ignora. Debo agregarle que cuando se dio el Premio Nobel a Gabriela Mistral, quien lo merecía no era ella, ni tampoco Neruda, sino Pablo de Rokha. La suya es la voz lírica más grande, más profunda, más trascendental que ha nacido en este continente después de Walt Whitman. Ambos forman un extraordinario y genial dúo poético, el más permanente, el más actual, el más clásico y revolucionario de la poesía lírica mundial. Le copio la opinión de León Felipe sobre Rokha: 'Pablo de Rokha es no sólo el más poeta de América, sino el más gran poeta de la lengua castellana en el siglo veinte'."

Confirman el juicio de León Felipe dos poemas ecuménicos y colosales entre la cósmica y oceánica obra de Pablo de Rokha: su *Epopéya de las comidas y las bebidas de Chile (ensueño del infierno)*, de 1949, y el *Canto del macho anciano*, de 1961. Estos dos inmensos poemas de versos anchos con la anchura de nuestro río Bío-Bío, autobiográficos y geográficos, constituyen cimas de la poesía escrita en español. A través de estos textos, Pablo de Rokha demuestra su capacidad para convertirlo todo en material poético: se trata, en el primer caso, de una tentativa destinada a concentrar toda la historia de Chile mediante la epopeya y la alabanza de las comidas y bebidas chilenas. Este canto es una suma de melancolías, dolores, angustias y deseos: el poeta sublima la fatalidad del desgarramiento terrenal y celestial desde el fondo de las entrañas mismas de la tierra que se nos ofrece en las cosas elementales: raíz del goce dionysíaco:

*Primero nos elaboramos una como olla en la tierra sangrada
del patio de los naranjos,*

*la recalentamos con incendio de canelos y piedras ardientes,
embelleciéndola con hojas de nalca como a una desnuda y
feliz muchacha, a la cual cantando le echamos
choros, perdices, locos, cabezas de chanco,
malayas de buey y ternera, patos, pavos, gansos,
longanizas, queso, criadillas, corvinas y sardinas,
sellándola y besándola como a una tinaja de mosto,
colocándole una gran centolla en toda la boca*

*e invitando como aguinaldo al curanto a la población
de La Cisterna, nos ponemos a tomar hasta las
lágrimas y "el mucho grande lloro".*

*La bien llamada y dulce chupilca y el imperial e invernial
gloriado, cabezoncito y olorocito a huertas antiguas,
o el madrugador pipiritiue,*

*cómo acuden a reconfortar las almas pálidas y acongojadas
y aún a resucitar muertos, auténticos y terribles
muertos,*

*cuando el poeta se encuentra con amigos comerciantes en
animales, con toneleros, talabarteros, carniceros,
o profesores primarios completamente seguros del
buen gagnate, allá por Angol adentro,*

*se han caído los puentes de los trenes por la lluvia tremenda
y uno se resigna a remojar la agalla toda la semana, antes
de acogerse un enfriamiento por heladas
las entrañas. . .*

En *Pablo de Rokha, una forma estética* (separata de la revista AISTHESIS, del Centro de Investigaciones Estéticas de la Universidad Católica de Chile, 1970), el investigador Fidel Sepúlveda Llanos ilumina con su acertado juicio la esencia de *La epopeya de las comidas y las bebidas de Chile*: "Se trata de una poesía donde Dionisios sentó sus reales y conjuró todo lo incitante, evocador y hedonista. Este genera una ansiedad por laudat y pletorizar que eclosiona metáforas, imágenes, senestesias, hipérboles. Hay dispersión, pero es la dispersión del deslumbramiento, es dispersión que, dispersando, concentra, condensa. Periodos disyuntivos o polisindéticos en este caso obedecen a la misma ley: sirven al estado emotivo. Quien piensa en gastronomía no ha entendido nada. El poema no es para uso de gourmet. Es poesía en que se expresan las esencias más populares de lo popular con adjetivación y adverbialización magnificadora. Esta magnificación va avanzando a la veneración, a lo sagrado. El poema es un connubio de la carne y el espíritu. Tierra y hombre están en trance de consumación, lo humilde y precario tiene la vetustez de lo patriarcal, la vetustez y la grandeza. Esa vetustez sacra está entregada en un ritmo reiterativo y envolvente que acopia materiales y los transmuta en sangre poética que vitaliza toda la forma. Una continua antropomorfización destila vitalidad y gracia. Conjunción de aliteraciones, consonancias y asonancias internas asocian evocaciones y convocan presencias. Se trata de una forma en que el léxico rotundo y pleonástico, el ritmo acezante y desenfrenado va incorporando una hilera de nombres propios anodinos, de lugares escondidos e insignificantes, de condumios y potajes "ordinarios" y localistas, y con todo, y por eso mismo, es la poesía chilena que ha calado más hondo en la peculiaridad de lo chileno y desde esta peculiaridad cala en lo permanente humano que no existe en abstracto, sino en versiones únicas e irrepetibles y, sin embargo, concordantes. Aquí comida y bebida son el elemento catártico que genera situaciones, y las situaciones conflictos y los conflictos esencias. Y, ¿qué le pedimos al arte sino que a través de su lógica alógica, de su razón irracional nos entregue, objetivado y vivo, lo entrañadamente humano? Esto está, y en forma eminente, en Pablo de Rokha."

Su *Canto del macho anciano* ("popular y autocrítico") es, en cierto modo, una despedida del mundo: el poeta presiente su enfermedad que se hace más tenebrosa dentro del aislamiento. Ya las cartas están —diría Gabriel Celaya— boca arriba sobre la mesa, ya los dados dieron la cifra maligna, la suerte está echada y la



caída es inevitable. Canto de dolor y guerra —de Rokha jamás claudicará frente a sus enemigos que son los enemigos del pueblo—, sus imágenes se descuelgan como una catarata desde ese primer verso premonitorio que lo oscurece todo:

Sentado a la sombra inmortal de un sepulcro

El poeta escarba los últimos atardeceres cuando “ya todo es inútil” y trata de sobreponerse y esquivar la sombra de lo eterno que va rodeándolo amenazadoramente desde la otra orilla. El paso a la senectud, advierte, nos sitúa más cerca del resplandor de los ataúdes enfurecidos. Pero el hundimiento del poeta no es aquí el tránsito individual hacia el abismo: muy por el contrario, la caída es individual-colectiva. Y en el instante en que Pablo de Rokha se despide, abandonado, un mal presagio se extiende sobre los hombres y la geografía de nuestra *República asesinada*. El sentido precursor y profético del poeta licantenino y continental, entonces, se vuelve nuevamente increíble, y hay visiones que la historia de Chile habría de confirmar algunos años después, dramáticamente:

*Escucho el regimiento de esqueletos del gran crepúsculo,
del gran crepúsculo cardíaco o demoníaco, maniaco
de los enfurecidos ancianos,
la trompeta acusatoria de la desgracia acumulada,
el arriarse descomunal de todas las banderas,
el ámbito terriblemente pálido de los fusilamientos,
la angustia del soldado que agoniza entre tizanas y frazadas. . .*

* *

*Ha llegado la hora vestida de pánico
en la cual todas las vidas carecen de sentido,
carecen de destino, carecen de estilo y de espada,
carecen de dirección, de voz, carecen de todo lo rojo
y terrible de las empresas o las epopeyas
o las vivencias ecuménicas,
que justificarán la existencia como peligro y como suicidio;
un mito enorme, equivocado, rupestre, de rumiante
fue el existir. . .*

Sin embargo no todo es abatimiento, puesto que, como en la mayor parte de su obra, el *realismo popular constructivo* o la *épica social americana* están siempre presentes. De aquella primera parte dolorida y melancólica, en que el varón genital llora su ancianidad en un canto de macho hecho de angustias y certidumbres, de Rokha retoma su posición de combate y denuncia, y hace de su desgarradura ubérrima y solitaria un dolor social. Por acción de la historia el poeta puede hacer más llevadera la cercanía del abismo, y el *Canto del macho anciano* se convierte, así, en una *épica autobiográfica* que va reflejando, además, el embarazo social, las tensiones de clase de una sociedad dividida entre explotadores y explotados. Cada poema de Pablo de Rokha lleva en sí el principio

de un arte poética que va desarrollándose dentro del texto mismo; de este modo, el ideal estético del poeta se mezcla, en la corriente del lenguaje, con las imágenes que concretan dicho plan. La visión intuitiva, alógica, no aparece absolutamente divorciada del concepto. El proyecto poético se enuncia en el poema y el poema pone en juego el alud verbal que finalmente envuelve al proyecto y, de esta manera, batallando con el estilo (“soy un guerrero del estilo como destino”), destruyendo y construyendo formas, se va generando la belleza artística con *el gran lenguaje de imágenes inexorables: el pulso del mundo es mi pulso y por dentro de mi condición fatal galopa el potro del siglo. . .* Este sentido histórico y el rol de la poesía hacia el interior de la historia queda aun más explícito cuando de Rokha señala: “El poeta es el gran protagonista del escenario social estupendo que canta la historia y la expresa, superándola como historia y sublimándola porque las grandes síntesis del estilo son la historia anticipándose a la historia, desde el corazón de la historia, ¡precisamente por ser síntesis!”

La eterna tensión dialéctica que se dio dentro de sí a lo largo de toda su existencia, y aquella lucha irreconciliable con el medio inhóspito, condujeron a Pablo de Rokha por un camino de desgaste y sufrimiento. A pesar del acoso pudo viajar por América, Europa y Asia, y en 1965, aunque tardíamente, se le otorgó el Premio Nacional de Literatura. Tres años después, el 10 de septiembre de 1968, “viejo, enfermo, pobre, envidiado y calumniado”, en medio de la neblina y la llovizna, en su casa de la calle Valladolid 106, en Santiago de Chile y arrinconado en su cuarto y sentado bajo el retrato de Winétt como una diosa radiante del Mediterráneo, el macho anciano se llevó el revólver a la sien y se vino cielo abajo, río abajo se vino desesperadamente como el mayor de los rotos chilenos hijo de Heráclito

dejando los sesos botados en los nidos de los mitos.

Bibliografía

- Alegría, Fernando: *Antiliteratura*, en *América Latina en su literatura*, coordinación e introducción por César Fernández Moreno, Siglo XXI editores, UNESCO, México, 1972.
- Droguett, Carlos: *Pablo de Rokha: trayectoria de una soledad*, revista *Mensaje*, núm. 216, Enero-Febrero, Santiago de Chile, 1973.
- Lezama Lima, José: *La expresión americana*, Instituto Nacional de Cultura, La Habana, 1957.
- Rokha, Pablo de: *Los Gemidos*, Santiago de Chile, 1922.
- Rokha, Pablo de: *Arenga sobre el arte*, Editorial Multitud, Santiago de Chile, 1949.
- Rokha, Pablo de: *Francia, de Mundo a Mundo, epopeya popular realista, estadio primero*, Editorial Multitud, Santiago de Chile, 1966.
- Román-Lagunas, Jorge: *Antología de Pablo de Rokha*, Ediciones Nueva Universidad, Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 1972.
- Siqueiros, David Alfaro: *El nuevo realismo mexicano*, en *Los Universitarios* (UNAM), núm. 17, México, 15 de enero de 1974.

CANTO DEL MACHO ANCIANO

Pablo de Rokha (Carlos Díaz Loyola) nació en la provincia de Curicó, Chile, el 22 de marzo de 1894 y se suicidó en Santiago el 10 de septiembre de 1968. Su padre, José Ignacio Díaz Alvarado, fue jefe de resguardo de aduanas en la cordillera y, antes incluso de que su hijo tuviera uso de razón, lo llevó en sus correrías por las legendarias zonas del sur de Chile. Mario Ferrero, en su obra *Pablo de Rokha, guerrillero de la poesía* (Ediciones Alerce, Santiago de Chile, 1967), advierte: "Este contacto continuo con un medio ambiente de epopeya, fuerte y desgarrador, incluía la convivencia con todo tipo de personajes de complejísima estructura: comerciantes en ganado, policías y bandoleros, auténticos bandoleros de carabina recortada y puñal al cinto. Aventureros de toda especie, domadores, vaqueros, salteadores de caminos completaban el reparto humano de este violento escenario infantil. El hecho es importante porque varios de estos personajes permanecerán para siempre en el recuerdo del poeta y se convertirán, más tarde, en prototipos de su contenido poético."

Cinco años (1906-1911) estudió Pablo de Rokha en el Seminario Conciliar de San Pelayo, en Talca, y, según se ha dicho después, lo expulsaron acusándolo de hereje pues no sólo se dedicaba a leer apasionadamente la Biblia sino que fue abriendo su horizonte a través de autores que como Rabelais, Voltaire y Nietzsche, constituyeron el fermento inicial de su poesía. En Santiago concluyó sus estudios de Humanidades y dio su bachillerato en 1912, incorporándose a las carreras universitarias de Derecho e Ingeniería. Paralelamente, Pablo de

Rokha comenzó sus actividades periodísticas y literarias; en el periódico *La Mañana*, de Talca, editó sus primeros poemas y, ya desde su juventud, se caracterizó por su vehemencia y su fuego. Rápidamente puso en llamas al ateneo sagrado del arte por el arte, y esas mismas llamas habrían de fraguar su figura y de consumirlo muchos años más tarde. El año 1916 contrajo matrimonio con Winétt de Rokha (Luisa Anabalón Sanderson), y su amor por ella fue como "jamás hombre alguno se enamoró". Ella sigue viva y está encarnada en el interior de toda la obra del poeta que un día quedó viudo y ha seguido amándola con un amor que crece y crece. De su casamiento nacieron nueve hijos: Carlos, el poeta; José y Lukó, ambos pintores; Juana Inés, Laura, Flor, Pablo, Carmen y Tomás.

Entre su obra torrencial destacan los siguientes libros: *Los Gemidos*, 1922; *Cosmogonía*, 1922-1927; *Heroísmo sin alegría*, 1926; *Suramérica*, 1927; *U*, 1927; *Satanás*, 1927; *Escritura de Raimundo Contreras*, 1929; *Jesucristo*, 1930-33; *Oda a la memoria de Gorki*, 1936; *Moisés*, 1937; *Gran temperatura*, 1937; *Imprecación a la bestia fascista*, 1937; *Morfología del espanto*, 1942; *Canto al ejército rojo*, 1944; *Los poemas continentales*, 1944-45; *Carta magna del continente*, 1949; *Fuego negro*, 1951-53; *Arte grande o ejercicio del realismo*, 1953; *Antología*, 1916-1953; *Neruda y yo*, 1956; *Idioma del mundo*, 1958; *Genio del pueblo*, 1960; *Acero de invierno*, 1961; *Estilo de masas*, 1965.

H.L.C.

Sentado a la sombra inmortal de un sepulcro,
o enarbolando el gran anillo matrimonial herido a la manera
de palomas que se deshojan como congojas,
escarbo los últimos atardeceres.

Como quien arroja un libro de botellas tristes a la Mar-Océano
o una enorme piedra de humo echando sin embargo espanto
a los acantilados de la historia
o acaso un pájaro muerto que gotea llanto,
voy lanzando los peñascos inexorables del pretérito
contra la muralla negra.

Y como ya todo es inútil,
como los candados del infinito crujen en goznes mohosos,
su actitud llena la tierra de lamentos.

Escucho el regimiento de esqueletos del gran crepúsculo,
del gran crepúsculo cardíaco o demoníaco, maníaco de los en-
furecidos ancianos,
la trompeta acusatoria de la desgracia acumulada,
el arriarse descomunal de todas las banderas, el ámbito terri-
blemente pálido
de los fusilamientos, la angustia
del soldado que agoniza entre tizanas y frazadas, a quinientas
leguas abiertas
del campo de batalla, y sollozo como un pabellón antiguo.

Hay lágrimas de hierro amontonadas, pero
por adentro del invierno se levanta el hongo infernal del ca-
taclismo personal, y catástrofes de ciudades
que murieron y son polvo remoto, aúllan.

Ha llegado la hora vestida de pánico
en la cual todas las vidas carecen de sentido, carecen de des-
tino, carecen de estilo y de espada,
carecen de dirección, de voz, carecen
de todo lo rojo y terrible de las empresas o las epopeyas o
las vivencias ecuménicas,
que justificarán la existencia como peligro y como suicidio; un
mito enorme
equivocado, rupestre, de rumiante
fue el existir; y restan las chaquetas solas del ágape inexora-
ble, las risas caídas y el arrepentimiento invernal de los ex-
cesos,
en aquel entonces antiquísimo con rasgos de santo y de de-
monio,
cuando yo era hermoso como un toro negro y tenía las muje-
res que quería
y un revólver de hombre a la cintura.

Fallan las glándulas
y el varón genital intimidado por el yo rabioso, se recoge a la
medida del abatimiento o atardecido

araña la perdida felicidad en los escombros;
 el amor nos agarró y nos estrujó como a limones desesperados,
 yo ando lamiendo su ternura,
 pero ella se diluye en la eternidad, se confunde en la eternidad, se destruye en la eternidad y aunque existo porque batallo y "mi poesía es mi militancia",
 todo lo eterno me rodea amenazándome y gritando desde la otra orilla.

Busco los musgos, las cosas usadas y estupefactas,
 lo pospretérito y difícil, arado de pasado e infinitamente de olvido, polvoso y mohoso como las panoplias de antaño, como las familias de antaño, como las monedas de antaño,
 con el resplandor de los ataúdes enfurecidos,
 el gigante relincho de los sombreros muertos, o aquello únicamente aquello
 que se está cayendo en las formas,
 el yo público, la figura atronadora del ser
 que se ahoga contradiciéndose.

Ahora la hembra domina, envenenada,
 y el vino se burla de nosotros como un cómplice de nosotros, emborrachándonos, cuando nos llevamos la copa a la boca dolorosa,
 acorralándonos y aculatándonos contra nosotros mismos como mitos.

Estamos muy cansados de escribir universos sobre universos y la inmortalidad que otrora tanto amaba el corazón adolescente, se arrastra
 como una pobre puta envejeciendo;
 sabemos que podemos escalar todas las montañas de la literatura como en la juventud heroica, que nos aguantaba el ánimo
 el coraje suicida de los temerarios, y sin embargo yo, definitivamente viudo, definitivamente solo, definitivamente viejo, y apuñalado de padecimientos,
 ejecutando la hazaña desesperada de sobrepujarme,
 el autorretrato de todo lo heroico de la sociedad y la naturaleza me abruma;
 ¿qué les sucede a los ancianos con su propia ex combatiente sombra?
 se confunden con ella ardiendo y son fuego rugiendo sueño de sombra hecho de sombra,
 lo sombrío definitivo y un ataúd que anda llorando sombra sobre sombra.

Viviendo del recuerdo, amamantándome del recuerdo, el recuerdo me envuelve y al retornar a la gran soledad de la adolescencia,
 padre y abuelo, padre de innumerables familias, rasguño los rescoldos, y la ceniza helada agranda la desesperación
 en la que todos están muertos entre muertos,
 y la más amada de las mujeres, retumba en la tumba de truenos y héroes
 labrada con palancas universales o como bramando.

¿En qué bosques de fusiles nos esconderemos de aquestos pellejos ardiendo?
 porque es terrible el seguirse a sí mismo cuando lo hicimos todo, lo quisimos todo, lo pudimos todo y se nos quebraron las manos,
 las manos y los dientes mordiendo hierro con fuego;
 y ahora como se desciende terriblemente de lo cotidiano a lo infinito ataúd por ataúd,
 desbarrancándonos como peñascos o como caballos mundo abajo,
 vamos con extraños, paso a paso y tranco a tranco midiendo el derrumbamiento general,
 calculándolo a la sordina,
 y de ahí entonces la prudencia que es la derrota de la ancianidad;
 vacías restan las botellas,
 gastados los zapatos y desaparecidos los amigos más queridos,
 nuestro viejo tiempo, la época
 y tú, Winétt, colosal e inexorable.



Todas las cosas van siguiendo mis pisadas, ladrando desesperadamente,
 como un acompañamiento fúnebre, mordiendo el siniestro funeral del mundo, como el entierro nacional
 de las edades, y yo voy muerto andando.

Infinitamente cansado, desengañado, errado,
 con la sensación categórica de haberme equivocado en lo ejecutado o desperdiciado o abandonado o atropellado al avatar del destino
 en la inutilidad de existir y su gran carrera despedazada; comprendo y admiro a los líderes,
 pero soy el coordinador de la angustia del universo, el suicida que apostó su destino a la baraja
 de la expresionalidad y lo ganó perdiendo el derecho a perderlo,
 el hombre que rompe su época y arrasándola, le da categoría y régimen,
 pero queda hecho pedazos y a la expectativa;
 rompiente de jubilaciones, ariete y símbolo de piedra, anhelo ya la antigua plaza de provincia
 y la discusión con los pájaros, el vagabundaje y la retreta apolillada en los extramuros.
 Está lloviendo, está lloviendo, está lloviendo,
 ¿ojalá siempre esté lloviendo, esté lloviendo siempre y el vendaval desenfadado que yo soy íntegro, se asocie
 a la personalidad popular del huracán!
 A la manera de la estación de ferrocarriles,
 mi situación está poblada de adioses y de ausencia, una gran lágrima enfurecida
 derrama tiempo con sueños y águilas tristes;
 cae la tarde en la literatura y no hicimos lo que pudimos,
 cuando hicimos lo que quisimos con nuestro pellejo.

El aventurero de los océanos deshabitados,
 el descubridor, el conquistador, el gobernador de naciones y el fundador de ciudades tentaculares,
 como un gran capitán frustrado,
 rememorando lo soñado como errado y vil o trocando en el escarnio celestial del vocabulario
 espada por poemas, entregó la cuchilla rota del canto
 al soñador que arrastraría adentro del pecho universal muerto,
 el cadáver de un conductor de pueblos
 con su bastón de mariscal tronchado y echando llamas.

El "borracho, bestial, lascivo e iconoclasta" como el cílope de Eurípides,

queriendo y muriendo de amor, arrasándola
a la amada en temporal de besos, es ya nada ahora más
que un león herido y mordido de cóndores.

Caduco en "la República asesinada"
y como el dolor nacional es mío, el dolor popular me horada
la palabra, desgarrándome,
como si todos los niños hambrientos de Chile fueran mis pa-
rientes;
el trágico y dionisiaco naufragan en este enorme atado de lu-
juria en angustia, y la acometida agonal
se estrella la cabeza en las murallas enarboladas de sol caído,
trompetas botadas, botellas quebradas, banderas ajadas, ensan-
grentadas por el martirio del trabajo mal pagado;
escucho la muerte roncando por debajo del mundo
a la manera de las culebras, a la manera de las escopetas apun-
tándonos a la cabeza, a la manera
de Dios, que no existió nunca.

Hueso de estatua gritando en antiguos panteones, amarillo
y aterido como crucifijo de prostituta,
llorando estoy, botado, con el badajo de la campana del cora-
zón hecho pedazos,
entre cabezas destronadas, trompetas enlutadas y cataclismos,
como carreta de ajusticiamiento, como espada de batallas per-
didas en montañas, desiertos y desfiladeros, como zapato
loco.

Anduve todos los caminos preguntando por el camino,
e intuó mi estupor que una sola ruta, la muerte adentro de
la muerte edificaba su ámbito adentro de la muerte,
reintegrándose en oleaje oscuro a su epicentro;
he llegado a donde partiera, cansado y sudando sangre co-
mo el Jesucristo de los olivos, yo que soy su enemigo;
y sé perfectamente que no va a retornar ninguno
de los actos pasados o antepasados, que son el recuerdo de
un recuerdo como lloviendo años difuntos del agonizante
ciclópeo,
porque yo siendo el mismo soy distinto, soy lo distinto mismo
y lo mismo distinto;
todo lo mío ya es irreparable;
y la gran euforia alcohólica en la cual naufragaría el varón
conyugal de entonces,
conmemorando los desbordamientos felices,
es hoy por hoy un vino terrible despedazando las vasijas o cla-
vo ardiendo.

Tal como esos molos muertos del atardecer, los deseos y la
ambición catastrófica,
están rumiando verdad deshecha y humo en los sepulcros de
los estupendos panteones extranjeros, que son ríos malditos
a la orilla del mar de cenizas que llora abriendo su boca de
tromba.

El garañón desenfrenado y atrabiliario, cuyos altos y anchos
veinte años meaban las plazas públicas del mundo,
dueño del sexo de las doncellas más hermosas y de los lazos
trenzados de doce corrientes,
da la lástima humillatoria del cazador de leones decrepito
y dramático, al cual la tormenta de las pasiones acumuladas
como culebras en un torreón hundido,
lo azota;
me repugna la sexualidad pornográfica, y el cadáver de Pan
enamorado de la niña morena;
pero el viejo es de intuición y ensoñación e imaginación cí-
nica como el niño o el gran poeta a caballo en el espanto,
tremendamente amoroso y desesperado, y como es todo un hom-
bre a esas alturas, anda
levantándoles las polleras a las hembras chilenas e interna-
cionales y cayendo de derrota en derrota en la batalla entre
los hechos y los sueños;
es mentira la ancianidad agropecuaria y de égloga, porque
el anciano se está vengando, cuando el anciano se está
creando su pirámide;
como aquellos vinos añejos, con alcohol reconcentrado en
sus errores y ecos de esos que rugen como sables o como ca-
lles llenas de suburbio,
desgarraríamos los toneles si pudiese la dinamita adolorida del
espíritu arrasarlo su condensación épica, y sol caído, su con-
centración trágica,



pero los abuelos sonríen en equivalente frustrados, no porque
son ganchos enmohecidos, sino rol marchito, pero con
fuego adentro del ánimo.

Sabemos que tenemos el coraje de los asesinados y los cru-
cificados por ideas
la dignidad antigua y categórica de los guerreros de religión,
pero los huesos psíquicos flaquean, el espanto cruje de dolien-
te y se caen de bruces los riñones, los pulmones, los co-
jones de las médulas categóricas.

Agarrándonos a la tabla de salvación de la poesía, que es una
gran máquina negra,
somos los santos carajos y desocupados de aquella irreligiosi-
dad horrenda que da vergüenza porque desapareció cuando
desapareció el último "dios" de la tierra,
y la nacionalidad de la personalidad ilustre, se pudre de emi-
nente y de formidable como divino oro judío;
todo lo miramos en pasado, y el pasado, el pasado, el pasado
es el porvenir de los desengañados y los túmulos;
yo, en este instante, soy como un navío
que avanza mar afuera con todo lo remoto en las bodegas
y acordeones de navegaciones;
queríamos arañar la eternidad y a patadas, abofeteándolo,
agujerear su acerbo y colosal acero;
oloroso a tinajas y a tonelerías o a la esposa fiel, a lágrima
deshabitada,
a lo chileno postpretérito o como ruinoso y relampagueante,
nuestros viejos sueños de antaño ya ogaño son delirio, nues-
tros viejos sueños de antaño,
son llanto usado y candelabros de espantajos, valores de or-
den y categorías sin vivencias.

Envejeciendo con nosotros, la época en desintegración entra
en coma, entra en sombra, entra toda
la gran tiniebla de quien rodase periclitando, pero por adentro
le sacamos los nuevos estilos contra los viejos estilos arras-
trándolos del infierno de los cabellos
restableciendo lo inaudito de la juventud, el ser rebelde, insur-
gente, silvestre e iconoclasta.

La idolatrábamos, o idolatrándola, nos revolcábamos
en la clandestinidad de la mujer ajena y retornábamos como
sudando lo humano, chorreando lo humano, llorando lo
humano, o despavoridos
o acaso más humanos que lo más humano entre lo más humano,
más bestias humanas, más error, más dolor, más terror,
porque el hombre es precisamente aquello, lo que deviene
sublimidad en la gran caída, flor de victorias-derrotas lla-

mando, gritando, llorando por lo desaparecido, como grandes, tremendos mares-oceános degollándose en oleajes, criatura de aventura contra el destino, voz de los naufragios en los naufragios resplandeciendo, estrella de tinieblas, ahora no caemos porque no podemos y como no caemos, a la misma altura, morimos, porque el cuero del cuerpo, como los viejos veleros, se prueba en la tormenta; del dolor del error salió la poesía, del dolor del error y el hombre enorme, contradictorio, aforme, acumulado, el hombre es el eslabón perdido de una gran cadena de miserias, el hombre expoliado y azotado por el hombre, y hoy devuelvo a la especie la angustia individual; adentro del corazón ardiendo nosotros la amamantamos con fracasos que son batallas completamente ganadas en literatura, contra la literatura; la amamos y la amábamos con todo lo hondo del espíritu, furiosos con nosotros, hipnotizados, horrorizados, idiotizados, con el ser montañés que éramos, agrario-oceánicos de Chile, ahora es ceniza, ceniza y convicción materialista, ceniza y desesperación helada, lo trágico enigmático, paloma del mundo e historia del mundo y aquella belleza inmensa e idolatrada, Luisa Anabalón, como una gran águila negra, nos está mordiendo como recuerdo las entrañas

Ruge la muerte con la cabeza ensangrentada y sonríe pateándonos,
y yo estoy solo, terriblemente solo, medio a medio de la multitud que amo y canto, solo y funeral como en la adolescencia,
solo, solo entre los grandes murallones de las provincias despavoridas,
solo y vacío, solo y oscuro, solo y remoto, solo y extraño, solo y tremendo,
enfrentándome a la certidumbre de hundirme para siempre en las tinieblas sin haberla inmortalizado con barro llorado, y extraño como un lobo de mar en las lagunas.

Los años naufragos escarban, arañan, espantan son demoníacos y ardientes como serpientes de azufre, porque son besos rugiendo, pueblos blandiendo la contradicción, gestos mordiendo,

el pan candéal quemado del presente, esta cosa hueca y siniestra de saberse derrumbándose, cayendo al abismo abierto por nosotros mismos, adentro de nosotros mismos, con nosotros mismos que nos fuimos cavando y alimentando de vísceras.

Así se está rígido, en círculo, como en un ataúd redondo como de ida y vuelta, aserruchando sombra, hachando sombra, apuñalando sombra, viajando en un tren desorbitado y amargo que anda tronchado en tres mitades y llora inmóvil, sin itinerario ni línea, ni conducto, ni brújula, y es como si todo se hubiese cortado la lengua entera con un pedazo de andrajó.

Muertas las personas, las costumbres, las palabras, las ciudades en las que todas las murallas están caídas, como guitarras de desolación, y las hojas profundas, yertas, yo ando tronando, desorientado, y en gran cantidad melancólicamente uncido a antiguas cosas arcaicas que periclitaron, a maneras de ser que son yerbajos o lagartos de ruinas, y me parece que las vías públicas son versos añejos y traicionados o cirios llovidos; la emotividad épica se desgarrá universalmente en el asesinato general del mundo, planificado por los verdugos de los pueblos, a la espalda de los pueblos entre las grandes alcantarillas de dólares, o cuando miramos al mistificador, ahito de banquetes episcopales hartarse de condecoraciones y dinero con pelos, hincharse y doparse enmascarándose en una gran causa humana y refocilándose como un gran demonio y un gran podrido y un gran engendro de Judas condecorado



de bienestar burgués sobre el hambre gigante de las masas, relajándolas y humillándolas.

Encima de bancos de palo que resuenan como tabernas, como mítines, como iglesias o como sepulcros, como acordeones de ladrones de mar en las oceanías de las cárceles o como átomos en desintegración, sentados los ancianos me aguardan desde cinco siglos hace con los brazos cruzados a la espalda, a la espalda de las montañas huracanadas que les golpean los testículos, arrojándolos a la sensualidad de la ancianidad, que es terrible, arrojándolos a patadas de los hogares y de las ciudades, porque estos viejos lesos son todos trágicos, arrojándolos, como guiñapos o pingajos, a la nada quebrada de los apátridas a los que nadie quiere porque nadie teme.

Entiendo el infierno universal, y como no estoy viviendo en el techo del cielo, me ofende personalmente la agresión arcángelica de la Iglesia y del Estado, el "nido de ratas", y la clínica metafísica de "el arte por el arte", la puñalada oscuramente aceitada de flor y la cuchillada con serrucho de los contemporáneos, que son panteón de arañas, el ojo de lobo del culebrón literario, todo amarillo, elaborando con desacatos la bomba cargada de versiones horizontales, la manzana y la naranja envenenadas; contemplo los incendios lamiendo los penachos muertos, apuñalada la montaña en el estómago y el torreón de los extranjeros derrumbándose, veo como fuegos de gas formeno, veo como vientos huracanados los fenómenos, y desde adentro de las tinieblas a las que voy entrando por un portalón con intuición de desesperación y costillares de ataúdes, la antigua vida se me revuelve en las entrañas.

La miseria social me ofende personalmente, y al resonar en mi corazón las altas y anchas masas humanas, las altas y anchas masas de hoy, como una gran tormenta me va cruzando, apenas soy yo mismo íntegro porque soy mundo humano, soy el retrato bestial de la sociedad partida en clases,

y hoy por hoy trabajo mi estilo arando los descalabros.
 Las batallas ganadas son heridas marchitas, pétalos
 de una gran rosa sangrienta,
 por lo tanto combato de acuerdo con mi condición de insur-
 gente, dando al pueblo voz y estilo,
 sabiendo que perderé la guerra eterna,
 que como el todo me acosa y soy uno entero, mientras más
 persona del cosmos asuma,
 será más integral la última ruina;
 parece que encienden lámparas en otro siglo del siglo, en
 otro mundo del mundo ya caído, el olvido
 echa violetas muertas en las tumbas y todo lo oscuro
 se reúne en torno a mi sombra,
 mi sombra, mi sombra a edad remota comparable a batea de
 aldea en la montaña,
 y el porvenir es un sable de sangre.

No atardeciendo paz, sino el sino furioso de los crepúsculos
 guillotinado,
 la batalla campal de los agonizantes,
 y la guerra oscura del sol contra sí mismo, la matanza
 que ejecuta la naturaleza inmortal
 y asesina, como comadrona de fusilamientos.

Esculpí el mito del mundo en las metáforas,
 la imagen de los explotados y los azotados de mi época y di
 vocabulario

al ser corriente sometido al infinito,
 multitudes y muchedumbres al reflejar mi voz su poesía, la
 poesía se sublimó en expresión de todos los pueblos,
 el anónimo y el decrepito y el expósito hablaron su lengua
 y emergió desde las bases la mitología general de Chile y
 el dolor colonial enarbolando su ametralladora;
 militante del lenguaje nuevo, contra el lenguaje viejo enfilo
 mi caballo;

ahora las formas épicas que entraron en conflicto con los mons-
 truos usados como zapatos de tiburón muerto,
 o dieron batalla a los sirvientes de los verdugos de los sirvientes,
 transforman las derrotas en victorias, que son derrotas victo-
 riosas y son victorias derrotosas, el palo de llanto del fra-
 caso en una rosa negra,

pero yo estoy ansioso a la ribera del suceder dialéctico, que
 es instantáneamente pretérito

sollozando entre vinos viejos, otoños viejos, ritos viejos, de las
 viejas maletas de la apostasía universal, protestando y pa-
 teando,

y el pabellón de la juventud resplandece de huracanes
 despedazados, su canción vecinal y trágica como aquella pa-
 loma enferma, como un puñal de león enfurecido como una
 sepultura viuda o un antiguo difunto herido que se pusiera
 a llorar a gritos.

Ya no se trilla a yegua ni se traduce a Heráclito, y Demócrito
 es desconocido del gran artista, nadie ahora lee a Teognis
 de Megara, ni topea en la ramada coral amamantado con
 la guañaca rural de la República,

el subterráneo familiar es la sub-conciencia o la inconciencia
 que alumbran pálidas o negras lámparas,

y todos los viajeros de la edad estamos como acuchillados y
 andamos como ensangrentados de fantasmas y catástrofes,
 quemados, chorreados, apaleados del barro con llanto de la
 vida,

con la muleta de la soledad huracanando las veredas y las
 escuelas.

Avanza el temporal de los reumatismos

y las arterias endurecidas son látigos que azotan el musgoso
 y mohoso y lúgubre

caminar del sesentón, su cara de cadáver apaleado,
 porque se van haciendo los viejos piedras de sepulcros, tumba
 y respetuosidad,

es decir: la hoja caída y la lástima,
 el sexo del muerto que está boca-arriba adentro de la tierra,
 como vasija definitivamente vacía.

Como si fuera otro volveré a las aldeas de la adolescencia,
 y besaré la huella difunta de su pie florido y divino como el
 vuelo de un picaflor o un prendedor de brillantes,



pero su cintura de espiga melancólica ya no estará en mis
 brazos.

No bajando, sino subiendo al final secular, gravita la senectud
 despavorida,

son los dientes caídos como antiguos acantilados a la orilla
 del mar innumerable que deviene un panteón ardiendo,
 la calavera erosionada y la pelambrera
 como de choclo abandonado en las muertas bodegas, esas
 están heladas y telarañosas

en las que el tiempo aúlla como perro solo, y el velamen
 de los barcos sonando a antaño está botado en las alcantarillas
 del gusano;

es inútil ensillar la cabalgadura
 de otrora, y galopar por el camino real llorando y corcoveando
 con caballo y todo

o disparar un grito de revólver,
 los aperos crujen porque sufren como el costillar del jinete
 que no es la bestia chilena y desenfrenada
 con mujeres sentadas al anca, estremeciendo los potreros de
 sus capitanías.

La gran quimera de la vida humana
 como un lobo crucificado o aquella dulce estrella a la cual
 mataran todos los hijos
 yace como yacen yaciendo los muertos adentro del universo.

"Caín, Caín, ¿qué hiciste de tu hermano?"
 dice el héroe de la senectud cavando con ensangrentado es-
 tupo su sepulcro, la historia

le pate la cabeza como una vaca rubia derrumbándolo ba-
 rranca abajo, pero es leyenda él, categoría, sueño del viento
 acariciando los naranjos atrabiliarios de su juventud,
 don melancólico, y la última cana del alma
 se le derrama como la última hoja del álamo o la última gota
 de luz estremeciendo los desiertos.

Parten los trenes del destino, sin sentido, como navíos de fan-
 tasmas

Los victoriosos están muertos, los derrotados están muertos,
 cuando la ancianidad apunta la escopeta negra, estupenda,
 en los órganos desesperados como caballo de soldado deser-
 tor,

todos, no nosotros en lo agonal agonizante, todos están ago-
 nizando, todos

pero el agonizante soy yo, yo soy el agonizante entre bata-
 llas, entre congojas, entre banderas y fusiles, solo, comple-

tamente solo, y lúgubre, sin editor, plagiado y abandonado en el abismo,
 peleando con escombros azotados,
 peleando con el pretérito, por el pretérito, adentro del pretérito, en pretericiones horribles,
 peleando con el futuro, completamente desnudo hasta la cintura, peleando y peleando con todos vosotros, por la grandeza y la certeza de la pelea,
 peleando y contra-peleando a la siga maldita de la inmortalidad ajusticiada.

Entre colchones que ladran y buques náufragos con dentadura de prostitutas enfurecidas o sapos borrachos, ladrones y cabrones, empapelados con pedazos de escarnio, agarrándose a una muralla por la cual se arrastran enormes arañas con ojo viscoso
 o hermafroditas con cierto talento de caracol haciendo un arte mínimo con pedacitos de atardecer amarillo, nos batimos a espada con el oficio del estilo,
 cuando en los andamios de los transatlánticos como pequeños simios con chaleco despavorido, juegan a la ruleta los grandes poetas de ahora.

Cien puñales de mar me apuñalaron y la patada estrangulada de lo imponderable, fue la ley provincial del hombre pobre que se opone al pobre hombre y es maldito, vi morir, refluir a la materia enloquecida, llorando a la más amada de las mujeres, tronchado, funerario, estupefacto, mordido de abismos, baleado y pateado por los fusileros del horror, y en tales instantes espero los acerbos días de la calavera que adviene cruzando los relámpagos con la cuchilla entre los dientes.

Voy a estallar adentro del sepulcro suicidándome en cadáver.

Como si rugiera desde todo lo hondo de los departamentos y las provincias de pétalos y jergones de aldea o mediaguas descomunales, o por debajo de los barrios sobados como látigos de triste jinete, embadurnados con estiércol de ánimas o siúticos ajusticiados, con sinuosidades y bellaquerías de una gran mala persona, acomodado a las penumbras y las culebras, clínico, el complejo de inferioridad y resentimiento se asoma roncando en las amistosidades añejas, con el gran puñal-amistad chorreado de vino, chorreado de adulaciones, chorreado de sebo comunal, y al agarrar la misericordia, y azotar con afecto al fantasma, sonríe el diente de oro de la envidia, la joroba social, lo inhibidísimo, la discordia total, subterránea, en la problemática del fracasado, escupiéndonos los zapatos abandonados en las heroicas bravuras antiguas

Todos los ofidios hacen los estilos disminuidos de las alcobas e invaden la basura de la literatura, de la literatura universal, que es la pequeña cabeza tremenda del jibaro de la época, agarrándose del cogote del mundo, agarrándose de los calzoncillos de "Dios", agarrándose de los estropajos del sol, de la literatura del éxito, el aguardiente pálido y pornográfico de los académicos, o formalistas u onanistas o figuristas o asesinos descabezados o pervertidos sexuales con el vientre rugiente como una catedral o una diagonal entre Sodoma y Gomorra, la cama de baba con las orejas negras como huevo de difunto o un veneno letal administrado por carajos eclesiásticos, y el Arte Grande y Popular les araña la guata de murciélagos del infierno con fierros ardiendo, el abdomen de rana o de ramera para el día domingo. Aquestas personas horrendas, revolcándose en el pantano de los desclasados del idealismo o masturbándose o suicidándose a patadas ellos contra ellos, mientras el denominador común humano total se muere de hambre en las cavernas de la civilización, y "la cultura capitalista" desgarrar a dentelladas la desgracia de la infancia proletaria con el Imperialismo, o la tuberculosis es una gran señora que se divierte fotografiando los mori-



bundos estimulándose las hormonas con la caridad sádico-metafísica, especie de brebaje de degolladores, y la clase rectora, tan idiota como habilísima e imbécil, nos alarga un litro de vino envenenado o un gobierno de carabinas...

Medio a medio de este billete con heliotropos agusanados o demagogos de material plástico o borrachos, anti-dionisíacos simoníacos o demoníacos, nuestra heroicidad vieja de labriegos se afirma en los estribos huracanados y afila la cuchilla, pero pelea con la propia, terrible sombra enfrentándose al cosmopolita desde todo lo hondo de la nacionalidad a la universalidad lanzada y estrujándose el corazón se extrae el lenguaje.

La soledad heroica nos confronta con la ametralladora y el ajeno del inadaptado y nos enfrenta a la bohemia del piojo sublime del romanticismo, entonces, o ejecutamos como ejecutamos, la faena de la creación oscura y definitiva en el anonimato universal arrinconándonos, o caemos de rodillas en el éxito por el éxito, aclamados y coronados por pícaros y escandalosos, vivientes y sirvientes del banquete civil, acomodados a la naipada, comedores en panteones de panoplias y botellas metafísicas, porque el hombre ama la belleza y la mujer retratándose y retratándose como proceso y como complejo, en ese vórtice que sublima lo cotidiano en lo infinito.

Completamente ahitos como queridos de antiguos monarcas más o menos pelados, desintegrados y rabones, caminan por encima de la realidad gesticulando, creyendo que el sueño es el hecho, que disminuyendo se logran síntesis y categorías, que la maneja es la grandeza y aplaudidos por enemigos nos insultan, como cadáveres de certámenes enloquecidos que se pusiesen de pie de repente, rajando los pesados ganchos en los que estaban forrados y amortajados a la manera de antaño, llorando y pataleando, gritando y pataleando en mares de sangre inexorable, dopados con salarios robados en expoliaciones milenarias y cavernarias ejecuciones de cómplices.

El aullido general de la miseria imperialista da la tónica a mi rebelión, escribo con cuchillo

y pólvora, a la sombra de las pataguas de Curicó, anchas como vacas,
los padecimientos de mi corazón y del corazón de mi pueblo,
adentro del pueblo y los pueblos del mundo y el relincho
de los caballos desensillados o las bestias chúcaras.

Y como yo ando buscando los pasos perdidos de lo que no
existió nunca,
o el origen del hombre en el vocabulario, la raíz animal de
la Belleza con estupor y errores labrada, y la tónica de las
altas y anchas muchedumbres en las altas y anchas multitu-
des del país secular de Chile,
el sér heroico está rugiendo en nuestra épica nueva, condicio-
nado por el espanto nacional del contenido;
como seguramente lloro durmiendo a lágrimas piramidales
que estallan, las escrituras que son sueño sujeto a una ca-
dena inexorable e imagen que nadie deshace ni comprendió
jamás, arrastran las napas de sangre
que corren por debajo de la Humanidad y el autodegollarse
en el lenguaje, organizándolo, el lenguaje mío
me supera, y mi cabeza es un montón de escombros que se
incendian, una guitarra muerta, una gran casa de dolor
abandonada;
el junio o julio helado me abrigan de sollozos
y aunque estos viejos huesos de acero vegetal se oponen a la
invasión de la nada que avanza con su matraca espeluznante,
comprendo que transformó fuerzas por aniquilamiento y de-
vengo otro suceso en la naturaleza.

¡Oh! antiguo esplendor perdido entre monedas y maletas de
cementerio, ¡oh! pathos clásico,
¡oh! atrabiliario corazón enamorado de una gran bandera des-
pedazada, la desgracia total, definitiva está acechándonos
con su bandeja de cabezas degolladas en el desfiladero.

Retornan los vacunos del crepúsculo tranco a tranco,
a los establos lugareños, con heno tremendo, porque los ase-
sinarán a la madrugada,
y rumiando se creen felices al aguardar la caricia de la cu-
chilla, el hombre, como el toro o como el lobo se derrumba
en su lecho que es acaso su sepulcro,
contento como jumento de panadería.

Si todos los muertos se alzasen de adentro de todos los viejos,
entre matanzas y campanas,
se embanderaría de luz negra la tierra, e iría
como un ataúd cruzando lo oceánico con las alas quebradas
de las arboladuras.

A la agonía de la burguesía, le corresponde esta gran protes-
ta social de la poesía revolucionaria, y los ímpetus dio-
nisíacos tronchados o como bramando
por la victoria universal del comunismo,
o relampagueando a la manera de una gran espada o cantando
como el pan en la casa modesta
emergen de la sociedad en desintegración que reflejo
en acusaciones públicas, levantadas como barricadas en las en-
crucijadas del arte;
mis poemas son banderas y ametralladoras,
salen del hambre nacional hacia la entraña de la explotación
humana
y como rebota en Latinoamérica
el impacto mundial de la infinita energía socialista que aso-
ma en las auroras del proletariado rugiente,
saludo desde adentro del anocheciendo la calandria madu-
gadora;
y aunque me atore de adioses que son espigas y vendimias de
otoños muy maduros,
el levantamiento general de las colonias, los azotados y los
fusilados de la tierra encima del ocaso de los explotadores
y la caída de la esclavitud contra los propios escombros de
sus verdugos,
una gran euforia auroral satura mis padecimientos
y resuena la trompeta de la victoria en los quillayes y los
maitenes del sol licantenino.

Parezco un general caído en las trincheras,
ajusticiado y sin embargo acometedor en grande coraje: capaz
de matar por la libertad o la justicia,

dolorido y convencido de todo lo heroico del Arte Grande,
bañando de recuerdos tu sepulcro que se parece a una inmensa
religión atea,
a plena conciencia de la inutilidad de todos los lamentos,
porque ya queda apenas de la divina, peregrina, grecolatina
flor, la voz de las generaciones.

Indiscutiblemente soy pueblo ardiendo,
entraña de roto, y de huaso, y la masa humana me duele,
me arde, me ruge
en la médula envejecida como montura de inquilino del Ma-
taquito, por eso comprendo al proletariado no como pingajo
de oportunidades bárbaras,
sino como hijo y padre de esa gran fuerza concreta de todos
los pueblos,
que empuja la historia con sudor heroico y terrible
sacando del arcano universal la felicidad del hombre, sacando
del andrajo espigas y panales.

Los demonios enfurecidos con un pedazo de escopeta en el
hocico, o el antiguo y eximio
caimán de terror desensillándose, revolcándose, refocilándose,
entre escobas de fuego y muelas de piedra y auroras de hierro
gasificado
piden que me fusilen,
y mis plagarios que me ahorquen con un sapo de santo en
el cogote.

Luchando con endriagos y profetas
emboscados en grandes verdades, con mártires de títeres
hechos con zapatos viejos
en material peligrosísimo y de pólvora, usados por debajo del
cinturón reglamentario,
enfermó mi estupor cordillerano de civilización urbana;
en tristes, terribles sucesos, no siembro trigo como los abue-
los, siembro gritos de rebelión en los pueblos hambrientos,
la hospitalidad provincial empina la calabaza y nos embo-
rrachamos
como dioses que devienen pobres, se convierten en atardeceres
públicos y echan la pena afuera
dramáticamente, caballos de antaño,
y emerge el jinete de la épica social americana todo crean-
do solo;
recuerdo al amigo Rabelais y al compadre
Miguel de Cervantes, tomando mi cacho labrado en los meso-
nes de las tabernas antiquísimas, las bodegas y las chin-
ganas flor de invierno, y agarro
de la solapa de la chaqueta a la retórico-poética del siútico
edificado con escupitajos de cadáver,
comparto con proletarios, con marineros, con empleados, con
campesinos de "3a. clase", mi causeo y mi botella,
bebo con arrieros y desprecio a la intelectualidad podrida.

A la aldea departamental llegaron los desaforados, y un sigilo
de alpargatas
se agarró del caserón de los tatarabuelos,
entre las monturas y las coyundas sacratísimas del polvoso
antepasado remoto,
la culebra en muletas del clandestinaje habita,
el tinterillo y el asesino legal hacen sonar sus bastones de
ladrones y de camaleones de la gran chancleta
y la mala persona arrojó a las mandíbulas del can aventurero
la heredad desgarradoramente familiar de las montañas de
Licantén
y las vegas nativas de los costinos en donde impera la len-
teja real de Jacob y Esaú y la pregunta blanca de la ga-
viota.

Como billetes sucios en los bolsillos del pantalón del alma
el tiempo inútil va dejando su borra de toneles desocupados,
y echando claveles de acaeceres marchitos a la laguna de la
amargura;
buscamos lo rancio en las despensas y en la tristeza: el queso
viviendo muerto en los múltiplos de las oxidaciones que es-
tallan como palancas, las canciones
arcaicas y la penicilina de los hongos remotos, con sombrero
de catástrofes.

El nombre rugiente va botado, encadenado, ardiendo,



como revólver rojo a la cintura del olvido, como ramo de llanto, como hueso de viento, como saco de cantos o consigna ineluctable, como biblioteca sin bibliotecario, como gran botella oceánica, como bandera de quijadas de oro, y dicen las gentes por debajo del poncho; "renovó con 'Los Gemidos' la literatura castellana", como quien hablara de un muerto ilustre a la orilla del mar desaparecido.

Contra la garra bárbara de Yanquilandia que origina la poesía del colonialismo en los esclavos y los cipayos ensangrentados, contra la guerra, contra la bestia imperial, yo levanto el realismo popular constructivo, la epopeya embanderada de dolor insular, heroica y remota en las generaciones, sirvo al pueblo en poemas y si mis cantos son amargos y acumulados de horrores ácidos y trágicos o atrabiliarios como océanos en libertad, yo doy la forma épica al pantano de sangre caliente clamando por debajo de los temarios americanos; la caída fatal de los imperios económicos refleja en mí su panfleto de cuatrero vil, yo lo escupo transformándolo en imprecación y en acusación poética, que emplaza las masas en la batalla por la liberación humana, y tallando el escarnio bestial del imperialismo lo arrojo a la cara de la canalla explotadora, a la cara de la oligarquía mundial, a la cara de la aristocracia feudal de la República y de los poetas encadenados con hocico de rufianes intelectuales; gente de fuerte envergadura, opongo la bayoneta de la insurgencia colonial a la retórica capitalista, el canto del macho anciano, popular y autocrítico tanto al masturbador artempurista, como al embaucador populachista, que entretiene a las muchedumbres y frena las masas obreras, y al anunciar la sociedad nueva, al poema enrojecido de dolor nacional, le emergen por adentro de las rojas pólvoras, grandes guitarras dulces, y la sandía colosal de la alegría.

No ingresaremos al huracán de silencio con huesos de las jubilaciones públicas, a conquistar criadas y a calumniar los polvorosos ámbitos jamás, el corazón sabrá rajarse en el instante preciso y definitivo como la castaña muy madura haciendo retumbar los extramuros, haciendo

rodar, bramando, llorar la tierra inmensa de las sepulturas.

Si no fui más que un gran poeta con los brazos quebrados y el acordeón del emperador de los aventureros o el espanto del mar me llamaban al alma soy un guerrero del estilo como destino, apenas, un soñador acongojado de haber soñado y estar soñando, un "expósito" y un "apátrida" de mi época, y el arrepentimiento de lo que no hicimos, corazón, nos taladra las entrañas como polilla del espíritu, aserruchándonos.

A la luz secular de una niña muerta, madre de hombres y mujeres, voy andando y agonizando.

El cadáver del sol y mi cadáver con la materia horriblemente eterna, me azotan la cara desde todo lo hondo de los siglos, y escucho aquí llorando, así, la espantosa clarinada migratoria.

No fui dueño de fundo, ni marino, ni atorrante, ni contrabandista o arriero cordillerano, mi voluntad no tuvo caballos ni mujeres en la edad madura y a mi amor lo arrasó la muerte azotándolo con su aldañón tronchado, despedazado e inútil y su huracán oliendo a manzana asesinada.

Contemplándome o estrellándome en todos los espejos rotos de la nada, polvoso y ultrarremoto desde el origen.

El callejón de los ancianos muere donde mueren las últimas águilas...

Soy el abuelo y tú una inmensa sombra, el gran lenguaje de imágenes inexorables, nacional-internacional, inaudito y extraído del subterráneo universal, engendra la calumnia, la difamación, la mentira, rodeándome de chacales ensangrentados que me golpean la espalda, y cuando yo hablo ofendo el rencor anormal del pequeño; he llegado a esa altura irreparable en la que todos estamos solos, Luisa Anabalón, y como yo emerjo acumulando toda la soledad que me dejaste derrumbándote, destrozándote, desgarrándote contra la nada en un clamor de horror, me rodea la soledad definitiva; sé perfectamente que la opinión pública de Chile y todo lo humano están conmigo, que el pulso del mundo es mi pulso y por adentro de mi condición fatal galopa el potro del siglo la carretera de la existencia, que la desgarrada telaraña literaria está levantando un monumento a nuestra antigua heroicidad, pero no puedo superar lo insuperable.

Como los troncos añosos de la vieja alameda muerta, lleno de nidos y panales, voy amontonando inviernos sobre inviernos en las palabras ya cansadas con el peso tremendo de la eternidad...

Tranqueo los pueblos rugiendo libros, sudando libros, mordiendo libros y terrores contra un régimen que asesina niños, mujeres, viejos con macabro trabajo esclavo, arrinconando en su ataúd a la pequeña madre obrera en la flor de su ternura, ando y hablo entre mártires tristes y héroes de la espoliación, sacando mi clarinada a la vanguardia de las épocas, oscura e imprecatoria de adentro del espanto local que levanta su muralla de puñales y de fusiles.

El Díaz y el Loyola de los arcaicos genes ibero-vascos están muriendo en mí como murieron cuando agonizaba tu perfil colosal, marino, grecolatino, vikingo, las antiguas diosas mediterráneas de los Anabalones del Egeo y las walkirias de Winétt-hidromiel, adiós!... cae la noche herida en todo lo eterno por los balazos del sol decapitado que se derrumba gritando cielo abajo...

VASCONCELOS



Algo hubo siempre en el carácter de José Vasconcelos que le impidió ser dichoso, pactar con el mundo, dejar las alas del ángel rebelde. En su alma, las etapas de amargura correspondían a crisis emocionales, a desventuras eróticas, familiares, políticas.

Sonó políticamente con la Presidencia de la República y en pleno vigor físico, salvo sus ataques de artritis, el hombre que creyó dirigir intelectualmente a México con la posibilidad del poder presidencial y quien había afirmado que el ideólogo como el profeta debe morir por sus ideas colgado de un farol callejero, parecía rebelarse contra su confinamiento entre libros, en el ex templo de San Agustín, a donde lo visitamos por primera vez. Fue rebelde y reformador, como Tolstoi, a quien siguió especialmente al principio de su meteórica vida el filósofo mexicano.

En el nervio íntimo de José Vasconcelos latía algo de la vocación —de la crisis— y del ministerio tolstoiano, en cuanto a redimir, a educar, a levantar verdades contra la injusticia. En ambos hay negaciones inaceptables. Y un gran denuedo para juzgarse y publicar las propias debilidades. En ambos, a su manera, hay un cristianismo de fondo. El de Vasconcelos, aunque lo olvidó por etapas, fue base de las Misiones Culturales que ambularon por todo el país durante la etapa educativa vasconceliana. Hasta la inadaptación al hogar y las incidencias conyugales los identifican en una ruta de desesperación y no siempre de justicia para entenderse con los suyos.

Por lo demás, León Tolstoi era uno de los maestros de la generación mundial que lo vio vivir y morir tan dramáticamente —de crisis en crisis, de iluminación en iluminación— entre los finales del pasado siglo y la aurora del presente.

La estrella tolstoiana fulge en un hecho que no debe olvidarse: murió el domingo 20 de noviembre de 1910, el mismo día que en México se había señalado para el advenimiento de la Revolución preconizada por Madero. Y esa Revolución fue seguida por jóvenes escritores, José Vasconcelos entre ellos.

A Vasconcelos algo lo llamaba a la calle, a la plaza pública, foro de sus arengas cuando seguido por muchedumbres en 1929 se enfrentó al poder público. Sus libros autobiográficos, solía repetir cuando alguien los elogiaba como piezas literarias, no eran sino documentos políticos para denunciar lo sucedido en México. Pero (y un gesto de decepción ensombrecía su rostro) todo estaba perdido para un pueblo aletargado, en sueños y —concluía con frase rotunda— sin salvación. Desde siempre supimos, cuando él o sus antiguos partidarios hablaban del 29, que de haberlo permitido la edad no hubiéramos vacilado en seguir al maestro convertido en candidato presidencial.

Se lo dijimos alguna vez, acaso animados por un dedo más de

Oporto y su respuesta, cordial, estuvo acompañada por una mueca de pesimista. ¡De *pesimista alegre*! En su voz trataba de tomar forma una idea: México carecía de fuerza moral suficiente para un sacrificio popular. Agregaba que mientras no se le reconociera como político, no podía admitir honores de otra índole, ni elogios a su creación literaria o filosófica. Y la tajante advertencia de Gabriela Mistral —tan ligada al mejor tiempo, el del Ministro Vasconcelos— surge como una respuesta:

“Seguí al educador, no al político.”

La maestra, que se incorporó a las Misiones Culturales de aquella educación popular, dijo años después el mejor elogio de Vasconcelos en el Congreso del Bicentenario de la Universidad de Columbia, E.U. Pero, un largo tiempo estuvieron distanciados los dos maestros hasta que se reencontraron —creemos— en las fiestas del centenario del nacimiento de Martí, en La Habana.

■
¿Desesperanza más que amargura?

Vale la pena hacerse la pregunta en torno a la conducta de Vasconcelos, mas no para tratar de exculparlo. Conducta no sólo referida a la encrespada actitud que siguió al fallido intento electoral de 1929.

Sonaba un México regido por la enseñanza, una América fiel a su más alto destino, un mundo bajo el reinado de la estética, y de pronto llegaba la colisión con la realidad dentro y fuera del país. El traslado del sueño a la realidad lo encolerizaba y terminaba negando todo, hasta su gestión educativa de 1921. Esos reclamos llegaban a los que él se hacía, en una especie de autosacrificio, junto a un desafío, un alarde de retar al destino. Ese movimiento ondulante que encerró en parte en su tesis de *Pesimismo Alegre* lo investía de cierto humor que lo llevaba a afirmaciones tremendas.

Desaffo, dijimos, y dudamos que sea la palabra, pues puede llamarse ironía al afán de burlarse de sí y de la realidad, afirmando, fabulando (y sus Memorias son claro ejemplo) para después, como sucede, creer que ha sucedido. Es la fantasía creativa —no simple afán de mito— que mueve a inventar para hacer más llevadero el tránsito por el planeta.

Si el interlocutor que escuchaba a Vasconcelos no sopesaba estas categorías de una difusa contradicción interna —resuelta en alegría pesimista— estaba en riesgo de tomar al pie de la letra todas las afirmaciones de quien se desplazaba entre grandes amores, odios y perdones. Es decir, una ondulación permanente.

Su pasión se volcaba igual para construir que para caer en el camino opuesto, embarrancándose entonces en argumentos, por ejemplo, que lo llevaron a atacar lo esencial del país, la Independencia, la Reforma, la Revolución y a muchos de los héroes nacionales. Esa intención —que a veces cumple como terapéutica

histórica— revela a quien se medía al medir. Amargura o desesperanza juntas por no poder realizar un gran destino individual y colectivo.

En el fondo latía en Vasconcelos un profundo amor por la tierra mexicana. De ese amor, truncadas las esperanzas, surgieron las actitudes negativas y furiosas. De ese amor, extendido a la latitud continental, fue su campaña latinoamericanista y sus profecías de una Raza Cósmica.

Su exigencia para mejorar la realidad resalta en un pensamiento que citamos sin revisar el texto: El cariño a la patria se diferencia del que se tiene a la madre en que éste no anhela, como el otro, que la patria mejore.

El orbe en que le tocó actuar políticamente, desde sus años de maderista hasta 1929, fue el más convulsionado. El educador, el filósofo, tuvo que conjugar su pasión con la que reinaba en el ambiente, en años de torbellino revolucionario.

Saberlo al lado de caudillos elementales es interpretar la magnitud y el contrapunto de aquella hora y las bifurcaciones del destino impuesto a Vasconcelos. Fue la primera vez un Ministro de Educación que tuvo que correr la legua acompañando al Presidente Eulalio Gutiérrez, electo en la Convención de Aguascalientes. Después, su magna obra educativa la hizo apoyado por un caudillo, Alvaro Obregón. Estuvo con Zapata y Villa, entre otros. Hay una fotografía de Vasconcelos en Palacio Nacional, en un banquete entre los generales más famosos. Sufrió persecuciones, supo de crímenes políticos, vio más tarde la muerte de amigos y partidarios, la intervención de próconsules extranjeros.

De ese orbe en incandescencia salió desencantado —más desencantado— como lo estuvo desde la Decena Trágica cuando el sacrificio del más puro de los presidentes, Francisco I. Madero, y de su acompañante, Pino Suárez.

Como historiador, como cronista, fulminó con juicios sumarios a la mayoría de hombres de la Revolución, casi como, de hecho, se estilaba sanguinariamente en los campos de batalla. (Muestra de los claroscuros de aquellas horas dramáticas es la fotografía del "Centauro del Norte", héroe inmovible, mojando con lágrimas un pañuelo multicolor sobre la tumba de Madero).

■

Desesperanza más que amargura, preguntábamos, frente a un México calcinado por la lucha fratricida que llena tantas páginas dolorosas de la Revolución. El resultado final es el mismo: el sentido de frustración se impuso a José Vasconcelos, mucho antes del año de su campaña para llegar a la Presidencia de la República.

Acaso sea justo añadir que en la desesperanza del que soñó con regenerar por la educación hay más nobleza que en el simple ambicioso que no pudo escalar el puesto más alto.

En esa desesperanza —o amargura, como se quiera— anterior a 1929 se repara poco. Porque Vasconcelos no había escrito libros políticos y porque su gestión en Educación Pública y como candidato presidencial acapararon favorablemente su figura. El dato deseamos subrayarlo porque estamos contra la idea, casi aceptada, que sitúa a dos Vasconcelos. Uno antes y otro después de 1929. Uno bueno y otro malo. Esto es fantasía, maniqueísmo. Si hubiéramos de recurrir a estas pinceladas de psicología popular la fórmula sería: no hubo dos, sino cien José Vasconcelos. No fue jamás "hombre de una sola pieza", sino todo un enredado mecanismo en acción y pasión como para desesperar al más diligente experto relojero de la sacra, civilizada y metódica Suiza.

■

Nada pinta mejor su carácter y las coordenadas opuestas de su destino, que la anécdota que pareció alucinación tropical a más de un pensador europeo de los que buscan la soledad para escribir o levantar muros de corcho, como Proust, para erigirse en robinsones artificiales. Según esa anécdota, mientras hacía su campaña presidencial entre discursos y reuniones multitudinarias, donde había estado a punto de perder la vida, de vuelta al hotel de la villa o ciudad que visitaba, aún con confeti en la solapa, aún en los oídos el clamor de quienes lo alentaban, cerraba la puerta y se sentaba a escribir uno de sus temas favoritos. O para decirlo con más propiedad, el que más le atraía siempre: filosofía. Ordenaba, así, como en acto de taumaturgia, la separación de dos aguas para dar paso a la búsqueda de la tierra prometida.

El Apolo de la creación y el Dionysos de las tempestades humanas, colocados cada cual en su sitio y hora, como cortando a tajo la disparidad de dos mundos aparentemente irreconciliables que, sin embargo, comunicaban al pensador corrientes de una misma humanidad.

No se necesita sino meditar lo anterior para tener una imagen del ilustre escritor mexicano. Quien era capaz, como Vasconcelos, de pasar de la arenga política que electrizaba por la temeridad del discurso, a la meditación del himno filosófico, que supone el mayor reposo para la concentración, debía constituir un ser henchido por fuerzas tan opuestas como complementarias. Al filósofo lo alimentaban el hombre de acción, que bajaba a confundir su aliento con el de la calle, y al político lo irrigaba el pensador, el esteta, en una comunicación amorosa donde ideología, idealismo y dinámica se confundían. Esto explica por qué en la realidad Vasconcelos no era un político hábil que es diferente, en México, a un buen funcionario.

Cuando más tarde escribió que en el fondo le importaba más el libro que preparaba ese año de 1929 —su Tratado de Metafísica— que el anhelado sillón presidencial, no quiso solamente señalar un



hecho con intemporal ironía, sino acaso, sin proponérselo, se pintó un poco a sí propio, denunciando la vocación de un hombre creador que a veces interrumpía su tarea para sentirse asido a la tierra, con preocupación por mejorarla, aunque en el fondo imperase el Vasconcelos intelectual, artista y filósofo.

En la anécdota comentada es admirable la capacidad de autoexpulsión, entrar en el gabinete de sus meditaciones mientras de la plaza pública ascendían voces, reflejos y estallidos hondamente populares. El meditante cerraba la ventana, se sentaba a escribir, abría sus folios filosóficos y parecía otro. Sin embargo, de su ser trascendía la vitalidad arrancada a la lucha callejera. Y en el ideal del filósofo Vasconcelos, sobre todo en sus proposiciones educativas, sociológicas, resonaba ese clamor por mejorar una vida, que lleva a los mejores hombres a la plaza pública, donde a veces se escribe la historia.

Volvamos al tema del cambio radical de José Vasconcelos.

De años anteriores a nuestro reencuentro con él en la Biblioteca Nacional, corría la versión de la feroz metamorfosis del escritor atribuida a su fracaso político de 1929. Desde ese año su conducta declinó, mas no así su obra de creación. Los libros autobiográficos —cuatro grandes tomos donde los títulos denuncian ira: *La tormenta*, *El desastre*...— habían abierto fumarolas por doquier. Tales obras se escribieron en el extranjero en años posteriores al 29. La *Autobiografía* contribuyó a encender la polémica abierta después de lo sucedido con el fracaso electoral. Las discusiones alcanzaron el barómetro de la moral, al contar Vasconcelos recuerdos demasiados íntimos. Esos capítulos, por mal consejo de alguien, fueron suprimidos en ediciones que andan por ahí.

El Eros vasconceliano es parte de su personalidad. No es ni puede ser moral o inmoral. Narra lo que vivió o quiso vivir y se advierte su figura quemada por pasiones intensamente expuestas con grandeza artística que sublima el lance erótico. El torbellino de la sensualidad —como en una época de Tolstoi— aunque de diversa manera y tiempo, acercaba después a Vasconcelos al misticismo y más tarde a la religiosidad, reencontrando una ruta de sus primeros años.

Otros libros contribuyeron a inflamar la hoguera polémica en torno al cambio del escritor-político. Especialmente el más inaceptable de todos, su *Breve historia de México*. Ahí recogió un bisturí manejado por otros historiadores que no siempre anduvieron en la buena orilla. A veces Pereyra, o Alamán. Y sobre todo, Bulnes. Esa línea de historiadores y críticos cuenta con hombres con sotana que han analizado, a su modo, a México.

Ciertamente, Vasconcelos dice verdades, pero sus juicios revelan a quien vivía una de sus peores crisis, marcado por el destierro, pobre, atacado por antiguos partidarios. Sin temperamento para escribir historia entró al panteón de los héroes con un alfanje en la mano y algo en su actitud delata, no sólo al escéptico de siempre, sino a quien reclamaba lo sucedido aquel hirviente 1929. Eso contribuyó a que descabezara, en juicios dogmáticos, a muchos mexicanos fundamentales.

El escéptico, el pesimista alegre fue descendiendo hacia las aguas malvas del nihilismo. A libros como su *Breve historia* siguió una actitud que fue acentuando el tono destructor, revelada en actitudes, artículos, entrevistas de prensa. Esa ruta hizo pensar a muchos que José Vasconcelos había cambiado. Convirtiéndose, de pronto, de bueno en malo. Fue el principio de su declinación, indudablemente: mas como hombre público, no como creador literario y filosófico.

Dudamos de ese cambio de Vasconcelos, tan radical, porque antes de 1929 no hubo una congruencia en sus juicios (baste señalar que



negaba la Independencia, la Reforma y la Revolución). Creemos que la confusión está al comparar el capitán de la campaña educativa con el Vasconcelos posterior, olvidándose que tanto en esa campaña como en la candidatura presidencial afloraron los matices contradictorios del filósofo. Fue un ilustre Ministro apoyado por el Presidente Obregón hasta que hizo crisis definitiva la posición vasconcelista.

La versión del cambio sufrido después de 1929 tiene razón en un punto: se acentuó el pesimismo de Vasconcelos. Hay que dudar de afirmaciones tan absolutas que quieren simplificar un enigma de siempre, el de la conducta. Si la amargura fue ingrediente del carácter del filósofo mexicano, no lo asaltó súbitamente, de la noche a la mañana, como se habla de quienes al impacto de una tragedia encanecen de pronto.

La tesis deja en el tintero que el hecho de que el carácter es producido por una lenta maceración del tiempo, que quita esto, agrega lo otro, en un proceso que proviene de los primeros días, como afirman los estudiosos del tema.

Las metamorfosis repentinas caen de perlas a la fantasía que mora en calles, cafés y salas de rutinarias tertulias y que culmina en recurso de falsos novelistas. El hombre puede no ser el mismo de un instante a otro, de un día al siguiente, pues cambian hasta sus células. Pero el diagnóstico popularizado en casos como el de Vasconcelos, al hablar de un hombre bueno que se torna malo, borra de un plumazo otro hecho categórico: por encima de todas las fluctuaciones de cada destino hay una constante que marca los límites generales de cada carácter. Los cambios bruscos caen en los cuadros clínicos donde se estudia la anormalidad de la conducta.

En la amargura de Vasconcelos —se señaló— acrecentada después de los sucesos de 1929 hay desilusión por haberse frustrado la que pudo ser una obra de redención popular. Lo encolerizaba ver sin castigo a quienes creía culpables de su fracaso electoral: los generales de México y el embajador de E. U. De ahí el odio implacable contra Plutarco Elías Calles y contra el embajador Morrow.

¿Fue su vanidad la que contribuyó a ofuscarlo después del año de su derrota electoral? Creemos que la vanidad del poder, como regodeo de los sentidos, no era el mayor blanco vasconceliano. Así se trataba de alcanzar el que parece ideal supremo de la mayoría de mexicanos: ser huésped máximo de Palacio Nacional, ¡foro de tantas venturas y desdichas!

José Vasconcelos, al contrario del vanidoso de salón, que es víctima de un temperamento exhibicionista, era en el fondo un hombre inadaptado a los usos de la sociabilidad y al pasajero brillo personal; al oleaje de la fama pública prefería el mensaje que sólo lanza quien sabe amar la soledad creadora. En una parte de la carta a Romain Rolland, cuando el filósofo mexicano era Ministro de Educación Pública, dice: *Solitario por temperamento, solitario*

aun en medio de la sociedad... Su orgullo, su vanidad estaban en otra parte: en la conciencia de saberse capaz de hacer grandes cosas. Quienes lo conocieron como alto funcionario podrán corroborar este aserto, pues su entrega casi mística a las tareas educativas sobrepasa lo hecho antes y después de él.

Para los que han llegado a exagerar el cambio de personalidad del gran escritor y burla burlando han hablado de que Vasconcelos, el maestro, murió en 29 y que otro usurpó el nombre del excandidato presidencial (un poco como en *El gesticulador* de Usigli), hay que recordarles que la crisis del año citado fue la más definitiva pero no la primera ni la última, y que lo más importante de su obra lo escribió después del citado año: sus *Memorias* y su *Estética* sobre todo. Fue hombre de grandes ondulaciones —decíamos— como el admirable León Tolstoi.

Esa versión del cambio súbito también se aplicó al novelista y patriarca de las letras universales. Leamos lo que a propósito escribió Rolland en el estudio que fue publicado a la muerte del autor de "La guerra y la paz":

No digamos como otros tantos críticos de ahora: Hay dos Tolstoi, el de antes de la crisis y el de después de la crisis: uno es bueno y otro no lo es"; para nosotros no ha habido más que uno y lo hemos amado todo entero, porque sentimos por instinto que en almas como la suya todo cabe y todo se une.

De su imagen de candidato supuestamente triunfador en las elecciones (aunque nadie duda de la popularidad suscitada por su campaña) pasó a ser un hombre inerte ante la fuerza del poder público, refugiado con algunos amigos en el puerto de Guaymas, Sonora.

Desde entonces es la polémica que no termina: la que atribuye el cambio de conducta de Vasconcelos y la acusación de haber abandonado la lucha al marcharse a territorio norteamericano.

El tiempo se encargará de decir las palabras finales. Apuntemos de paso, empero, que así como sostenemos que las crisis del ilustre escritor fueron de siempre —más tarde iba a tornarse sumamente religioso, en otra mutación íntima—, también nos cuesta trabajo imaginar a José Vasconcelos amedrentado, según la conocida acusación de algunos de sus partidarios, después de 1929.

Su historia personal lo presenta como hombre resuelto. Los episodios de la campaña presidencial lo confirman. Desafió a la muerte y a veces —sus discursos contra Calles lo atestiguan— supo ser valiente hasta la temeridad en un México donde la vida valía casi nada. Al temido general Calles, Vasconcelos lo nombraba públicamente con los peores calificativos y la voz popular hacía eco —imaginamos que en corrillos— repitiendo una alusión relacionada con el origen sirio libanés atribuido al caudillo sonoreense.

E L BAILE

La luz roja. Inmediatamente después de la amarilla y presiono el pedal del freno al ras del crucero.

Un segundo más tarde, se detiene un taxi a mi izquierda.

El atardecer es extremadamente perfecto. Enormes trazos rojos y azules. Como al óleo.

A través de los cristales de las ventanillas del taxi, tres individuos: dos adelante y uno atrás.

Es fácil advertir que el auto no está de servicio y el trío anda de juerga. Los cristales son de color sepia intenso y dentro, los tres, riéndose, semejan *personajes de la bohemia*.

Uno de ellos baja el cristal y se escucha bruscamente un atropello de risotadas, bromas y una rumba en la radio encendida. Los dos de adelante dan ánimos al tercero y éste ríe y enrojece:

—“Andale, ahora, ahora, a que no te atreves. ¡Eres...!”

Crece la rumba en la radio y las risas. El hombre del asiento trasero entreabre la puerta para bajar. Reclina el par de objetos largos —de madera— que lleva en las manos, sobre el asiento del frente.

La luz verde.

Reinicio la marcha y el cojo, a un lado del taxi, queda bailando a mitad de la calle.

Por el espejo retrovisor lo miro aún dando brincos sobre el solo pie, bailando la rumba; allí empequeñece más y más esa figura cuya pierna derecha del pantalón vuela de un lado a otro, vacía. En mi espejo se esfuma esa alocada figura que salta como un pelele.

Desemboco en una enorme plaza sin nadie.



¿POR QUE ACALI?

I

TRES POEMAS Y UNA CASA EN EL AGUA

Es una región sola, ya he hablado
de esta región tan sola,
donde la tierra está llena de océano,
y no hay nadie sino unas huellas de caballo,
no hay nadie sino el viento, no hay nadie
sino la lluvia que cae sobre las aguas del mar,
nadie sino la lluvia que crece sobre el mar.

Pablo Neruda

Obispos buhoneros:
volved las baratijas a su sitio,
los ídolos al polvo
y la esperanza al mar.

León Felipe

En una pequeña balsa vamos a estar tres meses en esa *soledad*, hombres y mujeres. Pero con la *esperanza* de aprender, fundamentalmente, cómo convivir en grupo, y cuáles son los orígenes de nuestras fricciones. ¿Debemos atribuirlos, en primera instancia, a aspectos sociales o culturales (religión, política, nacionalidad, idioma, etcétera) o tienen relación con la fuente racial de cada uno? ¿Qué sucede estando aislados pero en grupo: aumentan las tensiones o disminuyen en relación a la ciudad? ¿Qué ocurre desde el punto de vista sexual? ¿Está el Caribe tan contaminado como el Atlántico? Quisiéramos poder vivir algún día en paz.

No lo estamos logrando en la tierra. Bien podemos ensayar en el mar, del que, después de todo, salimos hace unos milenios.

Hemos construido una balsa de 12 metros de largo pero no llega a 7 de ancho, hecha de un pontón de acero con espuma de poliuretano expandido inyectado dentro. Llevamos sólo una pequeña vela y una cabina-pirámide de cuatro metros de largo por 3.70 de ancho. Justo el espacio para el cuerpo de cada uno, acostados. No se puede estar de pie. No llevamos motor ni electricidad. Sobre ella trataremos de cruzar el Atlántico desde las Islas Canarias hasta Yucatán.

Aprendí en las dos expediciones RA, a través del Atlántico en balsas de papyrus, que el mar constituye el mejor medio de aislamiento total para un experimento de comportamiento, y también de cooperación humana. Nadie nos puede ayudar, nadie

nos puede ver, no podemos ver a nadie, no hay salida posible, no hay vuelta atrás. Todo ello sin estar confinados en una prisión ni poder, en última instancia, abrir una puerta y decir: "Ya me aburrí, no puedo más, me voy a mi casa".

Hombres y mujeres, adultos, porque el mundo está hecho de hombres y mujeres.

No vamos pues a hablar desde esta balsa, pequeño verdadero laboratorio de comportamiento humano, de tiburones, ballenas, cachalotes, serpientes de mar, eléctricas o no, ni tampoco de sirenas, la Atlántida o los fenicios. Veremos muchos de los primeros y nos acordaremos de los segundos, pero nuestra ocupación, nuestro interés, nuestro estudio, es otro.

El Atlántico es un mar difícil, de olas altas y picudas que vienen de todas partes, sobre todo a lo largo de la ruta que seguiremos empujados por la corriente ecuatorial del norte y los vientos alisios. En principio, la balsa no puede hundirse. Es un pedazo de tierra sobre el que experimentaremos.

Abajo se escapa el mar
en la misma luz que entrega,
y aunque se escapa, no sale
de las manos de la tierra.

Alfonso Reyes

Aunque los recordaremos, y viviremos parte de sus hazañas y aventuras, estamos lejos de Chichester, Bombard, el Kon-Tiki, Ra I o Ra II, o de "El Relato de un Náufrago" de García Márquez o del relato de la balsa en la que, en 1816 de manera dramática, se salvaron algunos de los que viajaban en la fragata "La Medusa".

Algo tenemos que ver con los grupos de hombres y mujeres, hoy tan de moda, que se reúnen en Cuernavaca, o en cualquier otra parte del mundo para, por razones de administración industrial, de frustraciones personales, de diversión a veces, o simplemente de desequilibrio mental en diverso grado, mejorar su situación o su grado de adaptación, encerrándose durante un día o dos con un psiquiatra. Algo también, con los experimentos (Tektita II) en los que, con fines de observación oceanográfica, mujeres solas viven unos días bajo el mar, en una estación sumergida, pero bajo la observancia intermitente, desde la superficie, por televisión, de un Big Brother. Algo que ver con los experimentos en submarinos sumergidos durante largo tiempo, hombres solos en la Antártida, estudios de dinámica de grupos en Tavistock, Inglaterra o en cualquier otra parte (sobre todo en Estados Unidos), o con vasta experimentación con el propósito de saber cuál sería el comportamiento de hombres, y cuáles sus reacciones y necesidades en posibles futuros largos viajes interplanetarios. Pero, insistimos, en



unos casos son sicópatas, en otros hombres solos o mujeres solas únicamente por unos días y en otros casos existe la jerarquización militar. Ninguno se ajusta a nuestros deseos e intereses.

Nuestro experimento constituye un riesgo humano y científico; un riesgo calculado. La balsa no es de papyrus ni de troncos, sino que es una balsa que podríamos denominar moderna.

No vamos en busca del pasado sino en busca de respuestas para hoy y para el futuro.

El riesgo es voluntario.

Si por fuerza o por mandato, más o menos una vez por cada generación en la breve historia de la humanidad, casi todo hombre se ve obligado a arriesgar su vida en guerras o situaciones sin sentido, ¿por qué no entonces participar en este riesgo calculado, voluntariamente, en busca de ideas y medios que nos conduzcan hacia la paz y la convivencia? ¿Y por qué no hombres y mujeres adultos, normales, fuera de regímenes militares y de opiniones preconcebidas y tradicionales, muchas de ellas, naturalmente, ya no vigentes, de lo que deben ser las relaciones humanas? Sócrates decía "Conócete a ti mismo". Píndaro nos aconseja "llegar a ser lo que somos", Karl Jaspers piensa que "lo que un hombre es aparece sólo a través de aquella causa a la que ha dirigido su vida".

Ni "el deseo del placer", ni la "búsqueda de la felicidad" (como tanto insiste la Constitución norteamericana) constituyen sustitutos válidos a la necesidad humana de estar constantemente dirigiéndose fuera de uno mismo, hacia algo o alguien ajeno a nuestra persona. Bien sea hacia algo cuyo significado queremos alcanzar o entender, bien sea hacia otro ser humano a quien entender y con quien comunicar. Son éstas, y no las primeras búsquedas, las que nos llevan a la felicidad, fuera o dentro de la ciencia, fuera o dentro del estudio. En otras palabras, la felicidad es la resultante colateral de un significado, humano o no, que se colma.

La alocución final de Walter Orr Roberts, Presidente saliente de la Asociación Americana para el Progreso de la Ciencia, versó sobre "Después de la Luna, la Tierra". Esto es: sobre la necesidad de la ciencia, (sin que ello sea crítica a los proyectos de investigación del espacio exterior), de dirigir de lleno sus ojos, por todos los medios a su alcance, a hacer nuestro planeta más habitable (*Science*: 2 de enero de 1970, vol. 167, Núm. 5914, p.p. 11-16). La realidad es que ante los insultos ambientales causados por la tecnología humana, estamos rápidamente alcanzando los límites terrestres de posibilidad de supervivencia.

Tan ocupados estamos en ser, a través de la acción, que nos olvidamos de la enorme potencia generadora que el pensamiento constituye para la evolución de la humanidad. Es más bien *faber* que *sapiens* la verdadera designación de la especie actual del hombre. Como expresa Anaïs Nin (*Journal*, 1931-34, Stock; 1969) todo hombre normal se encuentra constantemente atormentado por la imagen que producen sus múltiples *yos*. En el hombre



normal de hoy estos *yos* se multiplican casi sólo a través de la acción. Si esta acción es científica y se ubica dentro del campo de las ciencias naturales, por ejemplo, realizamos investigación científica en dicho campo. Pero dado el necesario campo de *acción general* constante en que actualmente nos movemos, el pensamiento, la teoría, la meditación, la integración de los datos del investigador científico, se realiza en función *sólo o casi sólo* del campo limitado en que científicamente nos movemos.

El pensamiento formal, tan productivo, en la exacta aceptación de la palabra, casi no tiene cabida. En una expedición-experimento de metodología tan heterodoxamente sana como Acali, los otros *yos* que quedan fuera de la acción científica dirigida hacia la normal experimentación ortodoxa, afloran, perciben sus límites, y nos enriquecen. Claro que habrá quien califique lo anterior de locura, o con más benevolencia, de desequilibrio científico. Pienso, no obstante, *que si en otros campos, apartarse con pasión y claridad de intento de las normas ya conocidas y experimentadas produce resultados (pintura, poesía, música), ¿por qué, con nuestro espíritu de investigación científica, negarnos esta venturosa posibilidad?* ¿Porque tiene riesgos? ¿Qué aventura grande del pensamiento o de la integración científica no los tiene? ¿Qué vamos a encontrar exactamente? No lo sé. El gran biólogo Szent-Györgyi entiende la investigación como un ir hacia lo desconocido con la esperanza de hallar algo nuevo y valioso. Si de antemano sabemos lo que vamos a hacer o lo que vamos a hallar, entonces no estamos haciendo para nada investigación, sino sólo realizando una especie de honorable trabajo, más o menos burocrático. El hombre de ciencia no está hecho para deambular por anchas calles o por senderos ya trillados. Su afán lo lleva —debe llevarlo— a hurgar en la noche de lo desconocido, de lo dudoso.

Su quehacer le hace —debe hacerle— experimentar desde hipótesis distintas a las del ayer, sin menospreciar la posible vigencia de experimentos del pasado concebidos para situaciones o mundos válidos, aunque anteriores.

No teniendo —no debiendo— caminar por calles conocidas, (o nadar en piscinas de aguas controladas), el científico puede —debe— abocarse a todos aquellos aspectos de la investigación alrededor de los que el adocenamiento, la convención, la rutina, la imitación, el gregarismo, la fatiga, la facilidad, la comodidad, la conveniencia política, el sectarismo, la inercia, etcétera, han levantado una muralla circular, aparentemente infranqueable. Ello, tanto dentro del campo estricto de la investigación científica, como del más ancho de la vida.

Nuestro experimento no es ni una orgía sexual, ni una locura, ni va en contra de la familia, ni pretende solucionar todo. Pero la paz no es estar sentado a la derecha de Dios Padre, ni en zapatillas, en casa, con los niños jugando, la chimenea prendida, la

mujer hilando, el gato jugando con las madejas, y fuera, en el campo, el pastorcillo cuidando las ovejas y tocando la flauta. No. La paz, como he dicho en alguna otra parte, no supone inmovilidad y estancamiento, sino al contrario: búsqueda, esfuerzo e incluso audacia. Nos atrevemos constantemente en ciencias naturales a toda clase de experimentación con átomos y protones, y a nombre de la tecnología se llevan a cabo explosiones atómicas u otros experimentos de diverso género. Pero en ciencias humanas, nos vemos cohibidos al querer experimentar con nosotros mismos. Nos entremetemos constantemente, pero somos reacios a experimentar cuando las condiciones se acercan a la verdadera realidad. Así, la ciencia y la investigación científica siguen su camino, y la vida —o la muerte—, el suyo propio, sin, a veces, relación alguna.

La guerra es una invención humana. ¿Es que acaso no será posible que el mismo ser que inventó la guerra, pueda inventar la paz?

Espero que este experimento, humilde, sencillo, pero válido y real, aporte algunos datos al respecto.

II

ACALI Y LA INVESTIGACION CIENTIFICA

Como hombre de ciencia, creo poder afirmar que la investigación científica está un tanto desintegrada en casi todo el mundo. Para buen número de los que laboran en ciencias humanas, los investigadores en ciencias naturales son sólo útiles en el terreno tecnológico que nos lleva a concebir la utilidad del médico cuando estamos enfermos; de la química para la industria; de la física e ingeniería, sobre todo en problemas de comunicación: hablar por teléfono, oír la radio, ver la “tele”, ir a París, de la genética si tenemos un hijo con alguna malformación congénita, etcétera.

Así, en general, el pensamiento les parece a muchos de los que cultivan las ciencias humanas, y en particular a algunos escritores, como un atributo casi exclusivo de ellos. Los que se ocupan de amibas, protones, sales o reactores no piensan. Son sólo una especie de “mono desnudo” de D. Morris o de “mono demente” de A. Szent-Györgyi.

Algunos de los hombres de ciencia más valiosos en el mundo, a los que me he acercado buscando asesoramiento científico para el proyecto Acali, se entusiasman: “es lo que se debe hacer, Dr. Genovés”. Otros: “es una locura, un riesgo. ¿Qué pretende usted encontrar?” Contesto de nuevo con Szent-Györgyi: la investigación es como un ir hacia lo desconocido con la esperanza de hallar, entonces no estamos haciendo para nada investigación, sino sólo realizando una especie de honorable trabajo, más o menos burocrático. Tres ejemplos más:



La Fundación Nobel acaba de publicar el discurso que hubiese pronunciado A. Solzhenitsyn si se le hubiese permitido acudir en 1970 a recibir el Nobel de Literatura. El autor ruso señala que el mundo civilizado "no ha encontrado más que concesiones y sonrisas que oponer al repentino y renovado asalto de desnuda barbarie". Para él existen dos foros de oposición que nos han fallado: las Naciones Unidas y los *hombres de ciencia*.

Solzhenitsyn, quien cursó la carrera de matemáticas, se refiere a los hombres de ciencia en estos términos:

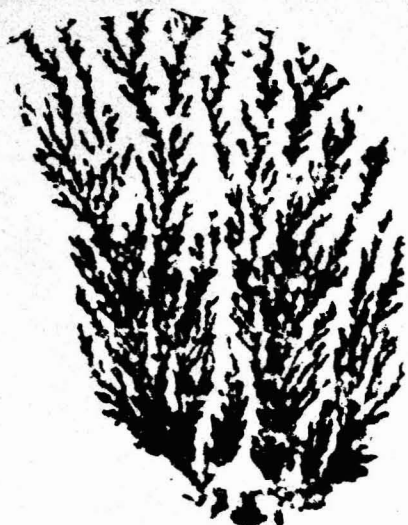
"Parecería que el aspecto del mundo contemporáneo depende únicamente de lo que hagan los hombres de ciencia, ya que son ellos quienes determinan todos los pasos técnicos de la humanidad. Parecería que la dirección que tome el mundo dependerá precisamente de la buena voluntad de los hombres de ciencia, en vez de la de los políticos. Ello todavía más cierto dado que el ejemplo de unos pocos muestra lo mucho que se podría hacer si todos trabajasen al unísono. Pero no: los hombres de ciencia no han dado prueba patente alguna que los lleve a constituir una fuerza importante, e independientemente activa, de la humanidad. Transcurren congresos enteros en los que los hombres de ciencia no hacen más que alejarse de los sufrimientos de los demás. Es mejor cobijarse dentro de la seguridad de los presuntos científicos. El mismo espíritu de Munich los ha cubierto con sus enfermizas alas". Esto es: Solzhenitsyn creía en los hombres de ciencia y piensa que hemos fallado.

Hace un par de años hubo una gran reunión, al más alto nivel, de hombres de ciencia sobre el tema "Ciencia para la Humanidad"; y en ella un simposio sobre "Amenazas y Promesas de la Ciencia". El simposio fue coordinado por A. Koestler, estando presentes varios Premios Nobel. Transcribo lo que la seria revista *Science Journal* de Inglaterra dice de dicha reunión: Los hombres de ciencia... "lo hicieron asombrosamente mal... lo que dijeron constituye una jerga confusa e ilógica de premiosa retórica, como pocas veces se ha oído en una comunidad de científicos".

"La ciencia requiere, por lo tanto, nuevas miras, nuevas formas de expresión, que no se conformen con pasar la retórica tradicional y arrogante, que no tiene, en el mejor de los casos, ningún interés para los problemas vitales que se tocan, y en el peor de los casos, no es más que una sarta de mentiras engañosas e irracionales."

Por último, concuerdo con Lerner (1970) en que la "preocupación primaria de los biólogos en 1970 no radica en la curiosidad de descubrir homúnculos bajo modernos microscopios, o intereses semejantes, sino más bien en la evaluación responsable de los descubrimientos... en predicciones calificadas de las consecuencias de los mismos; en la acción política individual, tendientes y de interés todos, no a la satisfacción de la curiosidad o vanidad humanas, sino a lo que es más importante, al bienestar humano."

Esto no es demagogia. Es la verdad. O nos ocupamos de



nosotros mismos o vamos a acabar muy pronto con esta nave insólita y solitaria llamada Tierra y con el mono inquisitivo que la habita. Escribía Schweitzer hace unos años: "Nuestra era ha logrado separar el conocimiento del pensamiento, de tal forma, que hoy poseemos una ciencia libre, pero apenas si ciencia alguna que reflexione". Lo que escribía Schweitzer hace unos años, continúa siendo cierto. Necesitamos una mayor humanización del científico, una mayor humanización de la ciencia, por arriba y por abajo de teorías políticas y económicas más o menos de modo, y más o menos válidas.

En un libro reciente sobre la guerra de Vietnam, escribía Berstan el año pasado que "no se conoce en la historia de la humanidad una serie de pasos tan intrincados como desastrosos supervisados por tanto talento y entrenamiento".

Los políticos poseen asesores científicos, pero los asesores científicos metemos la pata con frecuencia, por carencia de datos de dimensión sociológica y psicológica. El dinero, la industria y la economía no son todo.

Necesitamos en la América Latina en vías de desarrollo, más investigación básica y aplicada sobre comportamiento humano. Ello por arriba y por abajo del estudio de dictadores, gorilas, intervencionismos, planes de desarrollo, o golpes de estado. Y esto a niveles tan científicos, como las investigaciones sobre genes, electrones o geofísica, pero con metodología y técnica muy diferente. Es tan importante la investigación de los protones como la del hombre que, en el fondo, es el que los crea y los piensa. No cabe duda que sobre el Acali vivimos, de hecho, una verdadera aventura. Pero una aventura humana. Seguramente alcanzaremos nuestro límite de ballenas, medusas, delfines, tormentas, olas, tiburones, y mar. Pero ello no es nuestro tema ni nuestro interés. Para esto sobran aventureros.

Nos asesoran, en diferente grado en el proyecto: Donald B. Lindsley, Profesor de Psiquiatría, Psicología y Fisiología y Director del Departamento de Psicología de la Universidad de California, Los Angeles, Director también del estudio sobre "Misiones de larga duración"; Louis T. West, Director del Instituto de Neuropsiquiatría de la Universidad de California, Los Angeles; Pierre Simón, fundador del Movimiento francés para la Planeación Familiar, sexólogo y ginecólogo, París; Gaston Bouthoul, Director del Instituto de Polemología de París, F. H. M. Reveau, Director del Centro de Psicología Social de París; E. Echeverría, Director de la Subsecretaría para el Estudio del Ambiente, México; Dr. Roberto Derbez, Consultor en Terapia Familiar del Hospital Infantil de México; Doctora Nelly H. de Díaz, Doctora en Psicología Clínica; Doctora Marisa F. de Valdés, Profesora de Psicología de la Universidad Iberoamericana, México; Doctor Leopoldo Chagoya, Profesor de Psicología de la Universidad Iberoamericana, México; Profesor Héctor Borbolla, antropólogo social, México; Doctora

Denise de Castillo, Grafóloga Agregada a la Suprema Corte de la Ciudad de Caen, Francia; Doctor Paul Hare, Director del Centro para la Resolución No Violenta de Conflictos, Filadelfia; Doctora Françoise Morin, Directora de Investigación de la Escuela Práctica de Altos Estudios, París; Doctor Lucien Mironer, Psicosociólogo, Director del ARCMC, París; Profesor Solomon Katz, director del W. M. Krogman, Centro para Estudios del Crecimiento, Filadelfia; Doctor Emiliano de Aguirre, Subdirector del Instituto de Paleontología Lucas Mallada, Universidad de Madrid; Profesor Jacques Ruffie, Director del Centro de Hematología, CNRS, Toulouse, y Presidente del Consejo para el Estudio Científico del Ambiente, París; Doctor M. Aubert, Director del Centro de Investigaciones de Biología y de Oceanografía Médica, Niza.

Durante la primera expedición RA parte de la población francesa residente en Safi, le dio, al parecer, un significado particular a que fuéramos siete. Al número siete. Siendo siete, esto es, un número impar, se impediría, según me dieron a entender, la formación de parejas homosexuales sobre la balsa... Es cómico, triste, pero real, y por lo tanto interesante, que algunos de los que aparentemente estuvieron en mayor contacto con nosotros, ayudándonos u observando de cerca los preparativos y en fin, viéndonos partir, concibiesen una tesis tan disparatada. El problema radica ahí: el hijo propio y el ajeno; el que está dentro y el que está afuera; el sordo y el que oye; el blanco y el negro. Nos falta esa zona intermedia, la penumbra. Esa zona de identificación que se produce en el foot-ball entre el espectador y el jugador, y en el cine entre el protagonista y el espectador. Nos falta humanizar y extender esa zona de comunicación que identifica y hace que entendamos. Extender no sólo a breves niveles de acción (foot-ball), heroicidad o romanticismo (cine), ¡sino a los amplios y reales campos humanos! ¡Qué lejos estamos de ser tan humanos como creemos que somos! ¡Qué lejos estamos de lograr ni siquiera un mediano entendimiento y comunicación entre nosotros!

En fin, este es para mi el tema de Acali, aunque posee tantas variaciones y tantos niveles que es fácil perderse. Para no hacerlo demasiado hago punto aquí.

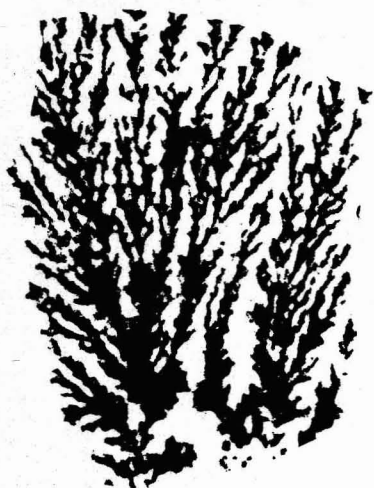
Debido al esfuerzo que por naturaleza se hace para simplificar, para llegar a conclusiones y a resultados concretos, el análisis científico "normal", constriñe la expansión de la personalidad. Se empobrece así tanto el investigador como, en última instancia, la ciencia. *Es necesaria una actitud creadora, desde un estado semejante al del artista, para extraer al hombre y a la ciencia de los límites analíticos que no analizan, por desgracia casi nunca, los significados que le dan sentido a la ciencia, y la llevan a integrarse con la historia, el mito, la filosofía, el arte y la religión.* Creo que es cierto, que al menos parte de la ciencia, está dislocada. Como cualquier otra actividad humana, la investigación científica la



realizamos hombres pequeños, medianos y grandes. Todos, grandes, pequeños y medianos, nos venimos, desde hace años, desligando de la vida, apartándonos por lo tanto, del significado humano y transcendente de la investigación científica. Con excepciones, claro está, de algunos pocos hombres de mayor o menor estatura en la investigación. Este alejamiento es más notable en las ciencias naturales que en las humanas, tanto por el carácter intrínseco de las primeras, como por el mucho mayor adelanto que éstas han experimentado, comparativamente.

Algunas personas de gran valía y prestigio en la ciencia ven en el experimento Acali lo que es: un experimento de valor científico y de significado humano. Otros, no obstante, lo ven como un juego más o menos peligroso, y aún otros me han comentado, con cierto toque de reproche, que un hombre de ciencia cuesta y vale demasiado como para que tome semejante riesgo. Pienso que aunque la experimentación, en condiciones reales nunca es fácil, el experimento vivo y vivido posee un valor único: Ni basta la palabra para explicar la vida, ni la experimentación e integración científica abarca el sentido humano de la ciencia. Siguiendo lo que anota Johan Galtung en su trabajo "Programas Internacionales de Investigación de Ciencias del Comportamiento sobre Supervivencia Humana", nuestro proyecto se inscribe, un tanto, dentro de terrenos prohibidos.

Toda proporción guardada, y comentando a Galtung, "Colón, Cajal, Leewenhoek, Galileo, Pasteur, Kinsey, tenían eso mismo en contra: adentrarse en territorio prohibido. Así un renombrado etólogo, al saber de nuestro proyecto, no lo aprueba del todo porque cree que "plantea serias implicaciones de carácter ético". "Que estamos llevando a personas hacia relaciones extra-maritales", "¿qué clase de hombres y mujeres va usted a obtener, que se prestan a semejante experimento?", etcétera. Nuestra contestación fue que los que vamos, incluyéndome a mí, nos consideramos personas normales, bien integradas en tierra, suficientemente bien integradas como para darle valor real al experimento. En investigaciones de todo género sobre la paz, sobre comportamiento humano, nos encontramos continuamente ante aspectos humanos que por convención no deben tocarse: la religión, la acción política, los problemas sexuales, la familia, los militares, la sociedad, el comportamiento de los intelectuales, etcétera. Y por no tocarlos, así estamos (Vietnam, España, los Kennedy, el jet libio, Corea, las favelas, negros contra blancos, Biafra, Tlatelolco, Munich, asaltos aéreos, Israel, Palestina, Siria, Egipto, Guerra Europea I, los tupamaros, Irlanda, Apartheid, Guerra Europea II, Pakistán del Este, la India, israelitas en la Unión Soviética, comunistas en Brasil, Argel, Bahía de Cochinos, etcétera.)



III

EL ACALI Y LA AVENTURA DEL PENSAMIENTO UNICA AVENTURA HUMANA

¿Por qué el mundo presta tanta atención a expediciones o a experimentos de este género? Chichester, las RA, Bombard, Acali. Creo que es porque representan y constituyen una gran aventura, de las que en el mundo de hoy ya apenas si existen. Con el advenimiento de los medios de comunicación, ir hoy desde México a Irán o desde la Ciudad del Cabo a New York, ya no es aventura. Ya no hay enfrentamientos con la naturaleza, y el enfrentamiento con la naturaleza, la aventura, ha constituido un elemento fundamental en la evaluación biológica y anímica del hombre. Hoy en día la aventura física, esto es, la aventura como se concebía hasta hace 30 o 40 años, ha sido brutalmente cortada como parte de las experiencias normales del hombre. Nos queda sólo la aventura del pensamiento, y no estamos suficientemente bien condicionados y educados para darnos cuenta que es precisamente esta la única aventura ilimitada que nos queda. Nos atreveríamos a postular que se aprecia hoy claramente esta carencia de aventura en la forma de vestir de los jóvenes y aun de los no ya tan jóvenes. En New York, en México, en Londres sobre el pavimento, con botas altas, cinturones gruesos, chalecos de cuero y aun con una especie de sarakof, parecen estar vestidos no para el paseo matinal o nocturno por Greenwich Village, Chelsea o la Zona Rosa, sino listos para una dura expedición en la selva o en el desierto. ¡Afán de aventura física que ya no existe!

Acali, en la superficie, constituye una aventura física, pero en realidad nos va a servir para adentrarnos en la verdadera aventura, la del pensamiento, la de la total involucración.

Escribía Anaïs Nin hace algunos años: "Es tan raro, tan insólito, todo contacto con un ser humano, que deberíamos encontrar la forma de preservarlo."

Y este mismo año Françoise Giroux nos dice: "No hay nada más raro que una relación humana lograda."

El mundo posee, cada día, mayor número y centros urbanos más complejos. Pero en el interior de cada uno el individuo permanece, también cada día, más aislado dentro de las aparentes facilidades que existen para comunicarse. El hombre es el verbo que se plasma en la cultura, que debe ser comunicación, transmisión vivida. Los electrones, los átomos, la doble hélice, los aviones, la radio, la televisión, el teléfono, etcétera, a nivel técnico; o la física, la antropología, la psicología, la filosofía, la bioquímica, la cibernética, la genética, a nivel científico, no han logrado, aparentemente, que la verdadera comunicación entre los hombres haya avanzado un ápice. Si consideramos la falta de espacio cada día mayor en las urbes, se hace todavía más dramática e inconcebible la falta de comunicación humana a nivel individual.

Aquí, en medio del mar, totalmente aislados volveremos a constituir una tribu cuyos miembros se conocen entre sí como pocos seres se llegan a conocer en toda una vida en el mundo actual.

Escribía Sartre en alguna parte, que los hombres que tienen que vivir juntos, en un espacio cerrado, o se quieren o se matan entre sí. Creemos que no sucederá lo último, pero no sin dificultad. Dificultad que estudiaremos.

En el fondo, la cosa es simple para nuestro estudio: conocerse sin posibilidad de aislarse. Nos hace buena falta una epidemia de simplicidad. Y el Acali, "la casa en el agua" con hombres y mujeres, sin motores ni electricidad, es algo bien simple. Nos ocurre en tierra, con frecuencia, que estamos tan metidos en la línea de producción, en lo que se tiene que hacer, en lo ortodoxo, en lo convencional, que cuando alguien se sale de esta rutina preconcebida, el hecho parece extraño. ¿Es que no tenemos el derecho y aun la obligación de ser nosotros mismos? Para serlo, tenemos que conocernos y conocerse. En el fondo, como decía Alain, la verdadera cultura no se hereda, no se transmite; ser culto significa en cada aspecto, llegar hasta las fuentes y beber en el hueco de las manos y no en una copa que nos presten para el caso; a lo que añade Ionesco que "la verdadera cultura viva es creación, ruptura, cambio, evolución e inclusive, revolución". Bebiendo en el hueco de las manos, y con la ruptura de muchos patrones sin sentido, esperamos entendernos en Acali, y que ello tenga valor y significado para otros.

Se hereda una parte de lo que somos y tenemos que aprender lo demás solos, a través de nosotros mismos, filtrando los conocimientos hacia la vida y dándoles nuestra propia personalidad. De lo contrario nada somos. Y entre *nada*s no hay comunicación. He ahí el problema. En Acali, unos pegados a otros, cada quien es quien es, pero hay comunicación, verbal y no-verbal, pero entendimiento de quién es quién en todo su volumen, y no sólo de una parte menor, como en los ratos convencionales de oficina o de cocktail party. Estamos cerca, al menos de una parte, de la verdad, ya que cada uno es algo y comunica. No hay cosificación. Ello proporciona una gran felicidad, a pesar de que hemos perdido una gran parte de una de las fuentes de confort que más nos importan: la de los hábitos. Con toda humildad, creo que estamos logrando, con riesgo y con esfuerzo, una de las cosas de las que más se carece en nuestra civilización, como dijo el gran escritor E. Berl; una de las cosas de las que tenemos más urgente necesidad; una de las cosas a las que la civilización, en el fondo, aspira: la fraternidad. Fraternidad que no es todos cogidos de la mano subiendo una colina y cantando La Internacional o La Marsellesa, sino la comprensión de que cada uno de nosotros en nuestro devenir constituimos, fatalmente, una constante y viva contradicción, una constante y viva aventura única del pensamiento. Y esto igual para hombres que para mujeres.

FERNANDA

Ser amada quiere decir consumirse
en la llama. Amar es brillar con
una luz inextinguible. Ser amado es
pasar, amar es permanecer.

Rainer María Rilke, *Los cuadernos
de Malte Laurids Brigge*

1926

Corrió la cortina unos centímetros a la derecha para mirar la bahía. Poco antes de que lograra fijar la vista en el conjunto de las embarcaciones, su mano interfirió el espectáculo de aquella marina nocturna, encuadrada en el fino biselado de uno de los cristales, de tal suerte que los faros de los buques se encendieron en sus dedos: "Woo Fook Lung"... "Beulah"... los remolcadores y, más allá, el guardacostas. Súbitamente, así como aparece el rubor en la cara, su sonrisa quedó reflejada en el cristal —convertido en espejo humeante al adoptar como fondo ya no la luminosidad de la bahía sino el negror del cielo surcado de nubes diluidas y parpadeante de lejanos resplandores—, hasta el momento en que se abrió la puerta que estaba a sus espaldas y la luz del pasillo se estrelló en la ventana, reduciendo su pequeño mirador a sólo una mancha triangular y blanquecina: la mancha que vería en uno de los muros de la habitación, al mover la cabeza; en el vientre de Fernanda, después de girar sobre los talones, y en sus propios ojos cerrados, rehaciéndose en su macilenta geometría. Esa mancha le recordaría su presencia más extraordinaria: la de aquel día en que Fernanda tuvo un presentimiento, el día en que él programó el itinerario del largo viaje que, meses más tarde, realizaría a bordo de un barco parecido a los que contemplaba cuando ella apareció en el marco de la puerta y le dijo que la cena estaba lista.

Recordó el quitasol que Fernanda llevaba aquella ocasión en que él abandonó la barca y la vio desde el muelle. Parecía alejarse, empequeñecerse cada vez que la estremecía la marea y que su mirada la aislaba, despojándola de sus elementos más circunstanciales. Pero la cuerda que la sujetaba a uno de los amarraderos del muelle y que emergía tensa del agua, se la devolvía a una realidad cada vez más trepidante, a una sensación de continuidad sin solución. Revivió la escena en que Fernanda cerró el quitasol y se tendió boca arriba —adoptando la pose de una de las mujeres de Ingres— para escudriñar su mirada, hasta que el paso de una nube derramó el sol sobre su cara y él desapareció de su horizonte unos instantes. Fue como una premonición, el ensayo de una vivencia que poco tiempo después experimentaría dolorosamente. Tuvo que entornar los ojos para capturar nuevamente su imagen; estaba confundida, tenía el mismo gesto que en cierta fotografía impresa en color sepia.

Se trataba de una fotografía en la que ambos aparecen viendo

hacia el mismo sitio, hacia la izquierda. Si las hubiesen hecho con un poco más de alejamiento saldrían sus manos enlazadas; pero de él sólo se ve una parte de sus brazos, y de ella únicamente los senos, pequeños bajo sus hombros frágiles. La sonrisa de David parece responder a una broma del amigo que estaba tras la cámara; es una sonrisa de circunstancia, ligeramente mortificada por la simpleza de retratarse para perpetuar el recuerdo de un día de campo. Por el contrario, a ella la cámara la sorprendió con una expresión más compleja, con un gesto de angustiosa dicha. Su sonrisa recuerda las de aquellas jóvenes que gozan alegrías pasajeras y que hasta en sus instantes amorosos de mayor esplendor añaden al rictus del placer la sensación de una nostalgia anticipada. Parece preguntarse si esa fotografía era a la que habría de caligrafiarle en el reverso la frase que siempre se negó a pensar que llegaría a escribir: "En el día de su partida." Pero no fue a ésta, ni a otra, a la que le correspondería la bondad de ser el testimonio de su último paseo con él.

Poco hablaron durante la cena. Cuando se sirvió el café, Fernanda pidió que le llevaran el abanico que había dejado en el recibidor. Era un abanico de cartón, obsequio de la mercería que comenzaba a frecuentar, adornado con la fotografía de Francesca Bertini que distribuyó la casa Camus. La actriz, tocada con un velo negro, parecía salir de su pecho cada vez que dejaba de abanicarse. David la vio y no pensó en una mujer hermosa, pensó en todas las mujeres que Fernanda lo condenaba a no conocer.

Fue por esos días cuando ella desconoció el timbre de su voz, en que dejó de asociar su gravedad con la expresión de su rostro: entre su boca y su voz ya no existía una relación inmediata; parecía que era otro el que decía tal o cual cosa mientras que él ensayaba un burdo doblaje. Esa falta de correspondencia se anticipó apenas a la que se daría entre su cara y su carácter. Sus cambiantes estados de ánimo repetían el juego azaroso de las luces, cada una de distinto brillo e intensidad, a pesar de que los prismas del candil guardaban entre sí las proporciones más exactas. Estaba por demás que Fernanda consultara su expresión para adivinar la forma en que David respondería a su presencia, sobre todo cuando permanecía callado y, durante largo tiempo, de pie frente a la ventana que daba a la bahía. Le resultaba más sencillo buscar a su alrededor algún indicio que verle la cara para saber cuál era el motivo de su silencio: la extensión con que se había corrido la cortina, la posición de los objetos que estaban al alcance de su mano, todo aquello que establecen las reglas secretas de la comunicación silente; la misma comunicación que parece existir entre las cosas y de la cual a nosotros sólo nos llega un sordo rumor, un murmullo que a menudo se traduce en un crujido de maderas o en el discreto asentimiento de un espejo que ya recoge la claridad del techo, ya las sombras que proyectan sobre el piso los demás muebles de la habitación.

En un principio, Fernanda lo atribuyó a las cartas que su hermana le escribía, refiriéndole las andanzas de Vinicio. La suerte de su hermano, ciertamente, le preocupaba. Pero eso no era todo. A solas les daba menos importancia a esas quejas. Con ello, Fernanda le suministró un buen pretexto. Cuando le preguntaba si se fastidiaba a su lado, David no se veía en el trance de decirle que sí, que estando con ella no hacía más que pensar en la ocasión en que iría solo, en el lugar en donde buscaría emociones de las que nadie que permaneciera toda su vida en el puerto, podría hablar; no se veía en el trance de decirle que no, que no se trataba de eso, e inventar inmediatamente una historia. Le bastaba con hablar de Vinicio. A fuerza de tanto valerse de ese pretexto, David terminó por creer que lo que lo separaba cada vez más de Fernanda, era la paulatina desintegración de su hermano.

Roto el diálogo superfluo, se despedía de ella sin proponerle una cita para los días siguientes. Fernanda sabía muy bien que en nada cambiarían las cosas con pedírsela: iría a verla, sin duda, pero le leería las cartas de su hermana ("...Le mandé quince pesos y una caja con ropa y le escribí diciéndole que esto no puede continuar así, que hasta las familias que verdaderamente tienen recursos dejan de procurar a sus parientes cuando ven que éstos no hacen nada por sí mismos". "...No es justo que por semejante hombre yo me esté mortificando; cada semana tengo que darle hasta para cigarros y planillas". "...La dirección a donde le escribí es un lugar de mala muerte que se llama 'Salón Noche Buena'; está en la calle del mercado de San Jorge. Ya te imaginarás por qué lugares andan mis cartas y mi nombre"); le pediría, al igual que en las fiestas familiares, que tocara el piano, y se marcharía tan pronto como le fuera posible. Entonces Fernanda analizaba sus intervenciones; un error pesaba más que todos sus aciertos. Después comparaba el resultado de la entrevista con los de las anteriores.

La víspera de la separación, David le leyó otra carta, fechada en San Jorge:

—Le mandé un telegrama el día 22 pero lo regresaron por no estar bien el domicilio; en él le avisaba de la muerte de Vinicio. Ese día murió a las seis de la mañana, murió a consecuencia de una borrachera. Antes fui a verlo; me dijo que si moría que ahí yo sabía lo que hacía con él. Ahora estoy sin trabajo; le ruego me haga favor de mandarme algo pues la caja la estoy debiendo... Luis Polvo.

Pasaron los días y David se fue. Sólo la evidencia de su partida a San Francisco convenció a Fernanda de su abandono, pues a pesar de que se habían distanciado, lo sabía cerca, sentía su presencia en las calles que recorría con el único propósito de encontrarlo. Cuando fueron a decirle que se había ido, no pudo



fingirse indiferente como lo hizo cada vez que le hablaron de él durante los días que permaneció en el puerto sin verla: esa tarde se encerró en su recámara con la decisión de nunca más salir de ella. Repitió sus palabras, refiriéndolas a las más variadas situaciones en que las pronunció, imitando para sí el timbre de su voz, representándose sus ademanes con los ojos cerrados para que ningún objeto de los que había a su alrededor distrajera su reconstrucción. Luego descartó toda posibilidad para ella. Por un momento llegó a pensar, relejendo una de sus cartas, que las actitudes tan desconcertantes que adoptó no significaban necesariamente una negativa a la entrega, sino que más bien se trataba de una posposición, del miedo a tomar una decisión sin antes pensarla "fríamente", o de la necesidad que tiene todo amante de separarse de su amada para convencerse de la magnitud de su pasión. "Si la ausencia le hace recapacitar, se dijo, volverá conmigo; entonces sólo habrá que esperar una carta en la que me diga que vaya a reunirme o que él vendrá por mí". Pero esa idea fue desvaneciéndose a medida que otros recuerdos hicieron su aparición a través de las fotografías, la correspondencia y los objetos con que se había enclaustrado. Si unas palabras de David le hicieron abrigar esperanzas, otras que no pronunció, sentimientos que no confió ni a los amigos con quienes se emborrachaba por esos días en que dejó de verla, le sonarían sordamente, como los adioses que se envían desde la cubierta de un barco que no cesa de tocar su

sirena, silenciando el estallido de las olas y el chillar de las gaviotas. Le bastó traer a la memoria el recuerdo de ese mutismo a que se entregaba en el curso de los paseos que hacían por las huertas, para imaginarlo lejos, a una infinita distancia del puerto. Corrió los visillos de la cortina para mirar hacia la calle y dijo con afectación estas palabras de él: "Si yo encontrara tranquilidad para mi alma, si tuviera la seguridad..." Apoyó la frente en el vidrio de la ventana; las lágrimas empezaron a tiritar en sus pestañas; pero el vaho con que se había empañado el cristal impidió a quien pasara frente a ella, verla llorar.

1927-1928

Para ir al río, Fernanda tomaba por el camino más largo; un camino apenas transitado, desigual, que la yerba, crecida de cualquier modo, ocultaba a trechos. Caminaba despacio —los brazos cruzados, la mirada en el paso—, como si esperara que alguien la alcanzara. Al llegar al Puente Quebrado, la evocación de su leyenda interrumpía sus meditaciones: "Debajo de este puente, se decía en el puerto, enterraron vivas a dos niñas; por eso no lo han derribado los temblores". Seguía hasta el sitio en donde los pescadores echaban sus redes; los observaba mientras se reponía del cansancio, luego regresaba a casa, a ordenar el desayuno.

Regresaba por el muelle. Las gaviotas, atraídas por su presencia, llegaban a posarse sobre los amarraderos. Fernanda oía el agua que, trepando por la pared musgosa, caía, esparcida, haciendo un ruido como de piedras arrojadas a un pozo; oía chocar unas barcas con otras; oía voces provenientes del faro; oía el chirriar, todavía incipiente, de cables y poleas, y oía la resonancia de su propia marcha, más apretada mientras más ganaba el día en claridad.

También paseaba en tren. En carros ruidosos de soldados, recorría el litoral en tranquila somnolencia. El aire que afilaba los acantilados llegaba hasta ella y le cerraba los ojos, como el médico que une los párpados de la joven paciente que tuvo que sufrir mucho antes de merecer la muerte. Si iba a Santa Elena, esperaba el tren de regreso contemplando la fuente techada. Aunque seca, era una fuente bellísima; su arqueta remataba en una corona, réplica de la de Isabel la Católica. En la estación compraba un ramo de aves del paraíso, las perdurables flores con que siempre adornaba el recibidor de su casa. En una ocasión se quedó dormida; las flores que humedecieron su pecho le hicieron soñar que de la fuente brotaba el agua.

Otra tarde soñó que el mar desaparecía, que la playa se perdía en el horizonte. A lo lejos, veía a David hundir los puños en la arena, esforzándose por incorporarse, torpe, como si fuera la primera criatura de una especie que se expulsaba a tierra. Pasado un rato, David lograba ponerse de pie y caminar hacia donde

estaba ella, esperándolo. Iba con la cabeza inclinada; llevaba el sol a cuestas. De pronto, el mar aparecía de nuevo. Tirada por la espuma, el agua lo seguía de cerca; le cubría los pies, las rodillas, la cintura. Finalmente, todo era una gran ola que primero empujaba con furia, y que después se debilitaba a medida que se extendía, hasta humedecer apenas la arena que Fernanda podía recoger con la mano sin necesidad de levantarse de su silla. En ese punto, se repetía la escena: el mar desaparecía; David se aferraba a la arena; la inercia le tiraba de los cabellos y de la piel; David vencía; se encaminaba en dirección de la tienda de Fernanda; el sol le quemaba; el agua volvía; una ola lo sepultaba; Fernanda subía los pies a la mesita para no mojar los zapatos; con la resaca, el mar desaparecía; al precipitarse, descubría a David, arrodillado; David se paraba, desfalleciente; era un guerrero herido que reanudaba el combate; el sol, una vejiga luminosa, botaba sobre su cabeza; la línea azul del mar pasaba como una segadora; le cortaba las piernas, el pecho, lo degollaba; en la cresta de una ola flotaba una toalla; Fernanda pedía que la instalaran en otro sitio... Y así todo, hasta que el revisor la despertó indicándole que el tren había llegado.

A Fernanda le entregaron las pertenencias de Vinicio que Luis Polvo mandó al puerto con un agente viajero: un maletín de madera, una gorra, un abrigo y unos anteojos rotos. El maletín contenía una docena de cartas, un sobre con fotografías —algunas de ellas coloreadas—, una gramática francesa y un cuaderno de notas. Entre las fotografías había una de David dedicada a su hermano; la dedicatoria hacía alusión a una broma familiar: "Vinicio: conserva éste, mi parecido, como testimonio del cariño que te profeso. David". Otra pertenecía a su madre: fue tomada contra un espejo redondo enmarcado en madera tallada. Semejaba un camafeo olvidado sobre un almohadón de terciopelo. En el cuaderno de Vinicio había una nota sobre esa fotografía. "La guardo conmigo porque es la que más recuerdos me trae de ella. Parece buscar su memoria en la fría superficie del espejo. Sin duda después se llevó las manos a la cabeza para arreglar su peinado".

De las cartas, sólo una era de David. Hablaba de *Ella*, Fernanda la leyó sin reconocerse en esas líneas que le eran desfavorables. David confesaba quererla, pero no en el puerto ("...no aquí"), y sin embargo, aseguraba que no habría de llevarla consigo. "Únicamente a ti te lo digo, Vinicio, a ti que eres todo hermetismo..." Al terminar transcribía un texto de un amigo con el que en otro tiempo se reunía a conversar sobre sitios conocidos y por conocer:

Cuando llegue la tarde, esa tarde, haré mi valija: algunas poesías, ningún poema, sólo los recuerdos más transparentes, una pipa y, tal vez, la navaja con que te rasuras las axilas cuando no estoy en casa. Una valija de piel, de mi piel, curtida con el ácido de tu transpiración medida, con tus manos y tus lentos orgas-

mos. Una valija ligera, transportable, que quepa en el hueco que mi cuerpo deje si reposa o si muere, que quepa en lo imprevisto de un viaje largo y entre mi cabeza y el suelo, cuando duerma solo en la intemperie sola. Un viaje largo, una travesía, un lugar a donde no te lleve, a donde no me estorbes —no creas que me olvido de tu brevedad, al contrario: te pareces a la coma que une y separa las palabras de las frases dictadas sobre un cuaderno de caligrafía cerrada—, un lugar, pues, a donde no me alcance el alambre de tus quejas. Un viaje al Sumidero que acintura el caudal del río o al recorrido de una bala que da tumbos sobre circunvoluciones de cerebro. Un lugar para extrañarte, para no tenerte y, entonces, amarte.

Todos esos objetos alimentaban la promesa de una dicha que Fernanda nunca llegó a conocer. Las cosas que de alguna manera pertenecían a David, le eran inestimables. Sentía una intensa devoción por todo cuanto le concernía. “Momentos hay en que me figuro que sería capaz de servir sumisamente a quien tú amaras”, escribió secretamente, como si trazara los símbolos de un extraño tatuaje condenado a contemplarse a sí mismo bajo las ropas, olvidándose de que ya antes había dicho esas palabras en voz alta, cuando creía que sólo sus voces existían; esas voces que al juntarse se aumentaban, se reproducían en ecos que hacían salir a las gentes de quién sabe qué lugares, para verlos o imaginarlos.

En su ausencia, a ella le entregaron también la segunda y última carta de Luis Polvo. De tarde en tarde, la tomaba entre sus manos, leía y releía el nombre de David, su domicilio. Luego fijaba su atención en el reverso del sobre: “Remite Luis Polvo...” Se preguntó si habría algún contratiempo con relación al sepelio de Vinicio. ¿El dinero, no era suficiente? ¿Le notificaba que todo se había hecho conforme a sus deseos? Apenas la guardaba entre las páginas de un libro y ya volvía a tomarla. Caminaba por el recibidor abanicándose con la carta; la veía a contraluz, repasaba sus bordes con las yemas de los dedos, le destinaba otra página, otro libro, un voluminoso diccionario... Todo eso ¿durante cuánto tiempo? El papel se ensuciaba; apareció un pequeño resquicio, más tarde, una llaga que su mano dispuso en una caricia. Pasaban los días y otra vez pensaba en ella. El resquicio ¿estaría más grande? Tal vez ya eran dos los tramos desprendidos... Un día abriría el libro y con él se levantaría la parte engomada del sobre, como se levanta un párpado después de un sueño profundo. En vano intentó volverlo a su estado original; al humedecerlo, su dedo quedó cubierto con una arenilla delgada. Arrojó la carta sobre la mesa. Un temor se apoderó de ella. Volvería a depositarla entre las últimas páginas del enciclopédico, apoyando todo su peso sobre ella para que recuperara su forma, para que se sellara nuevamente gracias a la acción lentísima del tiempo. ¿Cuántos meses la conservó allí? ¿En qué momento sacó la hojita, renun-





ciando así a la esperanza de saber de él para enviársela, o de ponerla, despreocupadamente, en sus propias manos, después de que David cruzara la puerta del recibidor y se sentara a platicar con ella?

Muchas veces imaginó ese instante. David estaba sentado en el lugar de costumbre, en el confidente. Su sombrero color de trigo contrastaba con el rojo obispo de los cojines. No acertaba a mirarla de frente; intentaba, inútilmente, emitir una frase espontánea. Fernanda se veía a sí misma iluminada por la luz que caía desde la ventana. Sus labios se movían exageradamente, a la manera de los actores del cine, como si fuera consciente de la mudez de su sueño. Al cabo de un rato, se levantaba con ademán de haber recordado algo y se dirigía a la mesa para abrir el libro y sacar de entre sus páginas la carta. La tomaba acercándosela al pecho; luego volvía la cara hacia él y sonreía. Atravesaba nuevamente el espacio de luz, agitando un enjambre de partículas inasibles, y le tendía el sobre. David lo golpeaba con un dedo para alojar su contenido en el fondo, lo abría, desdoblaba la hojita y la leía extrañado, moviendo la cabeza como si se lamentara de una falta irreparable:

—No se forma una idea de lo caros que se pusieron aquí los sepelios, desde que cambiaron el panteón hasta cerca de la hacienda. Todo es a base de carroza y caro por lo lejos... La cruz que le puse es únicamente para poco tiempo; pero vi a un carpintero de esos baratos, y me hace una con zanco de corazón. De modo que usted me avisa de esto...

En el curso de su viaje, Fernanda desapareció de su conciencia, no de su memoria, como desaparecen con el tiempo los viejos sentimientos de culpa. ¿Pertenece ella sólo a ese mundo que él había dejado en el puerto? Nada tuvo que ver con su paludismo o con el trabajo que hacía para aquel griego que recorría las carreteras contratando vagabundos para la cosecha. Nada significó tampoco en aquellos días espléndidos que pasó en Fruit Valley, en compañía de una muchacha italiana. Sólo la fotografía que conservaba junto con sus documentos de migración, de los que la separaba cuidadosamente cada vez que la policía le pedía que se identificara, quedó como hilo conductor de su recuerdo. Y ese recuerdo, persistente no obstante su fragilidad, se fue deteriorando, sin acabarse, a la par que la fotografía. Las líneas y las manchas con que se fue cubriendo la copia, desdibujaron casi por completo a David y endurecieron las facciones de Fernanda. No se trataba de algo fortuito; David estaba convencido de que nuestros actos, cuando afectan a otra persona, pese a todo lo que hagamos por evitarlo, se registran por sí solos en alguna parte.

Así, una remota experiencia, en la que nunca antes reparó, vino a revelársele a través de una maltrecha reproducción del *San Juan*

Bautista de Leonardo. La tela, único ornato que había en el comedor del barco, estaba quebrada; una línea le restaba profundidad a la penumbrosa arboleda; otra cruzaba los ojos del Bautista dándole la apariencia de un ciego. Su sonrisa, aislada del rostro, le hizo pensar en las mujeres con quienes se bañó, cuando niño, en el río. Desde las texturas en que se levanta el largo cuello de San Juan, partió su reconstrucción hacia la espalda, deslizándose sobre una cabellera tersa, adherida a la carne, cuyas terminaciones daban vuelta en dirección de la pelvis e iban a confundirse con el nacimiento del vello en aquel montículo oculto tras una mano áspera, hecha de una piel distinta a la que, una y otra vez, aproximó su cuerpo. Pensó en aquel momento en que caminaba contra la corriente, apoyándose en las piernas de las bañistas cada vez que sentía caerse, tratando de reconocer entre ellas a la tía que lo había llevado consigo; pero todos esos rostros se le ofrecían como uno solo, como distintas versiones de un mismo ejemplar utilizado en un manual de antropometría, donde una página nos lo muestra de frente y la siguiente permite apreciar la dimensión de la mandíbula o la forma de su cráneo. Se recordó envuelto en un clima sofocante; elevándose por encima de los brazos que lo sujetaban, para llenar sus pulmones de aire; apartando con sus manos extendidas la cabeza de la mujer que lo estrechaba contra su pecho, e hincando los dedos de su pie en el sexo de una muchacha esbelta cuyos visajes lo mortificaban. Se recordó nuevamente libre; localizando la cara de su tía, esa cara que se parecía a todas: a la mujer que se sumergió en el agua y a quien no volvió a ver sino muchos años después, de cantinera en el burdel del puerto; a aquella otra que había besado su vientre; parecida a la que, puestas las manos en la cintura, inclinaba la frente para ver pasar las hojas por entre sus tobillos; a la que, con los dedos trabados por detrás de la nuca, le decía cosas, como desde la copa de un árbol.

Un sábado se alojó en un hotelucho de la frontera. La prostituta y el marino con quienes había coincidido en el mostrador de la administración, se quedaron con la habitación de junto; desde la cama oía cómo su respiración se sumaba a la densidad del ambiente del hotel; enfrente alguien escribía un informe apresurado; el tecleo irregular del mecanógrafo perforaba el prolongado jadeo de la pareja; las moscas entraban en su cuarto por los agujerillos de la malla... Pensó en la cantinera del burdel. Pensó en la muerte de Vinicio.

Vinicio le pedía con frecuencia dinero y consejos. Los consejos se los solicitaba en tal forma, que David terminaba dándoselos como él quería que se los diera. David fue su incondicional; no pocas veces, su cómplice. Esa amistad nació un día de la infancia en que Vinicio, dos años mayor que David, fue hacia su hermano en busca de protección. Estaban en la playa. David, de espaldas al mar, observaba a Vinicio desenredar el hilo de una cometa, cuando



un ruido, un retumbar sobre la arena inmovilizó a los dos niños. El ruido se asoció a una polvareda que avanzaba en dirección de ellos. Vinicio corrió a abrazarse de David. La cometa sobrevoló la polvareda y se clavó en el agua. Al despejar el viento la playa, los hermanos vieron a un potro salvaje que corría tras su manada.

David se reprochó haber utilizado a su hermano ante Fernanda y ante sí mismo. Pensar en él, con independencia de su amante, era para David algo nuevo que le permitía adentrarse en su infancia y en su primera juventud. ¡Cómo lo ahogaba la nostalgia al recordar aquella mañana en que Vinicio lo llevó a ver a unas mujeres que cargaban de azúcar un barco que había llegado al puerto todo envuelto en misterio! Eran ellas mujeres altas, fuertes, de tez blanca, mejillas sonrosadas y carnosos labios. Como hacían el trabajo de los hombres, y sólo llevaban por atuendo una pañoleta amarrada a la cabeza y un calzón corto, se impuso la creencia de que se trataba de un barco ruso.

Pero las imágenes de un sueño terrible habrían de venir a ocupar el sitio de esos recuerdos. Vinicio, custodiado por elementos de la policía montada, se dirigía a sus jueces: "... Me colgaron por el pecho... La cuerda penetraba en mis carnes... Me suspendieron de los pulgares... Se abrazaban a mí para aumentar la presión del cordel... Me picaron con alfileres... Me quemaron la cara con cerillos... Se cansaba uno y seguía otro..." Comido por la fiebre, David había soñado a su hermano en la situación en que se vio el dibujante que por ese tiempo fue procesado y condenado a muerte por haber asesinado al presidente Obregón.

En Santa Rosalía, David convaleció largamente. Los mineros y los empresarios franceses abandonaban el lugar durante el día; sólo sus mujeres merodeaban, dispersas, por los muelles. Ocultos en su propia herrumbre, los escasos buques se mecían no tanto en el mar como en su conciencia. Las cápsulas de quinina; los soliloquios de la anciana que le alquiló una cama, junto a la suya; la lectura del folletín que encontró sobre la cómoda; el sucio mosquitero que lo atrapaba en sus momentos de delirio; las sombras que se congregaban por las tardes para rezar y pedir el advenimiento del reino de Cristo y el fin de la persecución religiosa; todo ese universo obstinado que se había dado cita con él en la única habitación de la casa, venía a confirmar el ineluctable destino de los que son amados, a cuyo alrededor no hay más que penalidades.

1929

David regresó. La buscó sin saber qué iba a decirle cuando se encontrara frente a ella. Su regreso fue como un rumor; nadie se atrevió a mencionar su nombre, nadie se acercó a la casa de Fernanda, todos evitaron cruzar una mirada con su esposo por temor a delatarla, delatándose. La buscó sabiendo que se había casado y que tenía un hijo. El chofer que contrató el día de su llegada y que lo recogía en su hotel por las mañanas, le preguntó si era amigo del dueño de esa casa cubierta de enredaderas y bugambilias frente a la cual se detenían durante el día y por la tarde, una vez hasta muy entrada la noche. Y el esposo de Fernanda llegó a comentar en la mesa el regreso de "ese individuo" a quien todos conocían en el puerto y que se negaba a hablar con sus viejos amigos; no ocultó su malestar por el alud de murmullos que levantaba al pasar por los portales o rondar por los jardines sin bajarse del automóvil. Pero ese viernes David se fue y nunca supo más de ella. La recordó, la recuerda todavía sobre una pequeña barca, tendida como en un lecho, con un quitasol desteñido.

Con los años, Fernanda llegó a sentir afecto por su esposo. Era un hombre bueno. Permaneció a su lado porque había comprendido que esa era la mejor manera de estar consigo. La vida con él no hacía sino aumentar su soledad y eso le agradaba. Sin quererlo, y sin impedirlo, se fue haciendo a su imagen. Sólo en la oscuridad era por completo diferente.

También su esposo se hizo a su imagen, pero no poco a poco: su conversión fue de golpe. Jugaba con el portarretratos que tenían sobre el piano cuando resbaló el vidrio y se rompió sobre el piso; tomó el retrato de bodas y se quedó mirándolo detenidamente; luego descubrió que entre el retrato y el cartón que lo reforzaba, Fernanda había escondido otro, impreso en color sepia, en el que ella aparecía con David sonriendo... No dijo nada; desde entonces se pareció a su mujer.

JOSE GAOS Y EL SIGNIFICADO DE LA FILOSOFIA

"En el fondo de cada uno de ustedes ¿verdad que se levanta una mental polvareda de divergencias? ¿Que se levanta aunque no sea más que alguna 'observación' de detalle o de matiz? Es un hecho. El hecho de que ustedes son filósofos."

José Gaos

"El filósofo debe superar su quehacer filosófico mediante el conocimiento de lo que está haciendo y la formulación de su propia filosofía... con el frío escrutinio que hace de cualquier otro sistema filosófico. Debe superar su romanticismo mediante, y en, el clasicismo."

Robert S. Hartman

Mi intención fue en principio hacer una reseña del libro póstumo de José Gaos *Historia de nuestra idea del mundo*, obra de 750 densas páginas pensadas y escritas para ser leídas en clase, y cuya edición se debió a Andrés Lira, de El Colegio de México. Fue, dice el editor, "el mayor y más erudito de los cursos impartidos por Gaos". La comprobación la podrá hacer el lector. Por mi parte, la lectura de notas inéditas escritas hace algún tiempo en torno al pensamiento del autor me decidió a reestructurarlas en un trabajo más libre y personal sobre la influencia y significado de su obra en general.

En cierto sentido, creo continuar con aquel "primer análisis, severo e irreverente" de su labor que iniciara Alejandro Rossi en número dedicado de la *Revista de la Universidad de México*, o de aquella crítica que califican de "despiadada" de Emilio Uranga en *Cuadernos Americanos*. Me considero como los que el primero calificó de alumnos disidentes y tardíos, tan tardío y disidente que para el último curso que impartiera en nuestra Universidad, después de haber sido aceptado en uno de sus particulares exámenes de admisión, me fue imposible seguirlo y deserté. Justifiqué mi actitud por intereses más fuertes y convicciones opuestas. Antes había leído sus libros y le había escuchado el curso de "filosofía de las ciencias humanas" en El Colegio de México el año de 1965. No podía, por poco que fuese, sentirme ajeno a su pensamiento y personalidad filosófica. Es más, reconozco una afección profunda e inevitable. Lo que sigue, pues, son mis divergencias.

Para José Gaos, la actividad filosófica se reducía prácticamente al absurdo; en forma paradójica, vivió y murió ejerciéndola. Las contradicciones que emanan de su obra y personalidad nos resultan, a más de insolubles, difíciles de comprender. Analizarlas nos coloca frente a la cuestión candente y tan debatida hoy día, de la legitimidad de la filosofía. Curiosamente, ésta fue su preocupación capital; con ella y sus reflexiones, Gaos representó, según una opinión, la conciencia de la crisis y del fin de la filosofía misma, "al menos en su forma tradicional".

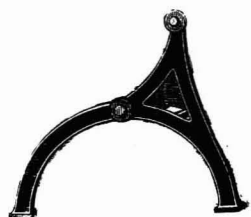
Hay en él una contradicción que podemos llamar de la profesión. La filosofía es una actividad absurda en cuanto profesión

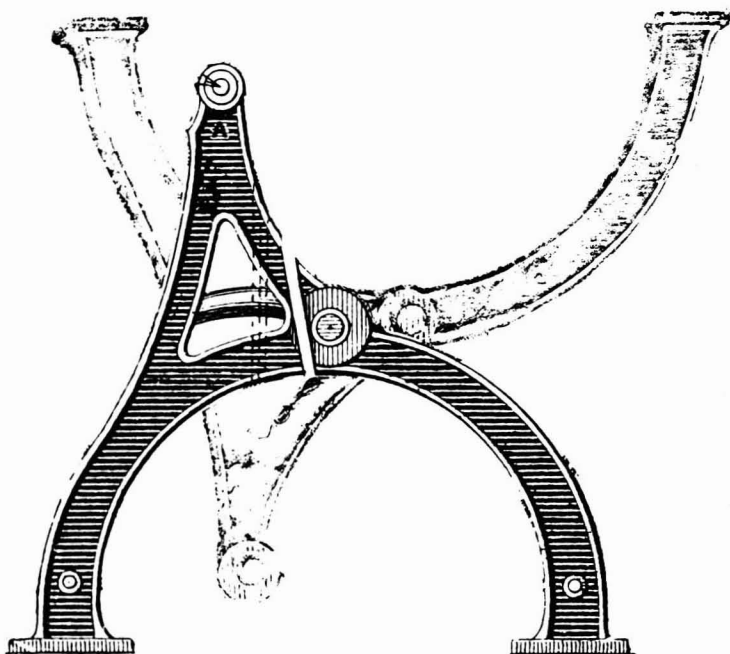
porque es, en último término, "confesión personal", subjetiva, nunca una actividad cognoscitiva; no ofrece verdades o conocimientos para todos los hombres. Esta, una de las ideas básicas de Gaos, expresa a mi entender una falacia: la de no poder separarse a sí mismo para estudiarse, para estudiar su actividad. Gaos no pudo distinguir entre sujeto que estudia y objeto estudiado por un prejuicio de que en las disciplinas en que el sujeto está como objeto de estudio nunca se puede —por la relación contaminada— efectuar una separación entre los dos, un completo desprendimiento, produciéndose así un conocimiento afectado inevitablemente de subjetividad. En forma equívoca, esto se ha creído hasta esencial en las llamadas disciplinas sociales o humanísticas. Gaos llegó a esta convicción y así lo enseñó. El resultado ha sido una falta de verdadera sistematicidad en las mismas.

Si la filosofía fuese, al decir de Gaos, una actividad que no puede proporcionarnos conocimiento objetivo acerca de ninguna cosa, me temo que habría que aceptar las palabras de Rossi: "la filosofía —dicho descaradamente— no sirve para nada". Pero se advierte de inmediato contradicción. ¿Cómo la filosofía, actividad "que no sirve para nada", puede ser motivo de dedicación profesional, de ser enseñada y reconocida al ser subvencionada? ¿Cómo el mismo Gaos vivió toda una vida ejerciendo esa actividad que consideraba inservible y absurda? ¿Habrá un "error en las premisas"? Acaso un mal supuesto, un prejuicio psicológico de base, una falsa convicción. Desde la mfa, siento al autor equivocado, y nefasta esa enseñanza. Sencillamente sostengo que para que haya conocimiento debe existir separación entre el sujeto y el objeto que se intenta estudiar o conocer; que todas las cosas pueden y deben ser estudiadas, incluso el hombre; que la filosofía, aun siendo filosofía de la filosofía (se lo advertía ya Larroyo en aquella vieja disputa), debe seguir este principio, debe ofrecer planteamientos y soluciones teóricas y, sobre todo, objetivas, con poder explicativo. Si la actividad filosófica, en suma, puede ofrecernos investigaciones concretas sobre problemas objetivos, entonces es legítima.

Debemos alejarnos de ciertas confusiones. No se estudia filosofía para llegar a escribir libros sobre lo que uno más o menos piensa y se le ocurre sobre las cosas. El sabio, a su nivel, ofrece reflexiones insustituibles para cualquier comunidad, pero éstas y el ensayo propiamente dicho representan, ante la actividad filosófica profesional, un género diferente. Otra cosa es la investigación instituida a través de una organización académica y especializada; en sus publicaciones deben distinguirse. El investigador en filosofía debe diferenciarse del filósofo a secas, el cual podría ejemplificarse con el tipo de individuo soñador que aunque no haya pasado por una escuela de filosofía podría meditar, según Melville, en la cofa de un barco ballenero.

Es importante distinguir entre el planteamiento y solución de





un problema concreto donde las pasiones y sentimientos deben eliminarse, y la "confesión personal" o la "exposición" de tal o cual "perspectiva". Si se sigue con estas últimas ideas en filosofía, no es de sorprender el escepticismo total. Si la filosofía es válida solamente para el sujeto que la hace, y puesto que, cada sujeto tiene más o menos sus creencias o convicciones personales sobre la vida y el mundo, todo sujeto es un filósofo y toda filosofía es propia y personal de cada sujeto. Gaos, como profesional en una actividad del pensamiento, llega a producir, mediante esa misma actividad, reflexiones que destruyen la posibilidad de dedicarse a tal actividad. Según sus ideas, la filosofía nace y muere con él. La verdadera y única filosofía sería la que dice que dedicarse a la filosofía es inútil y absurdo porque lo que de ella aprendemos es que no hay comunicación ni enseñanza posible. En estos términos, la cuestión es tajante, definitiva. Si Gaos creía tener la razón, para ser consecuente debió haber renunciado a enseñar, pero nunca lo hizo. Hasta qué punto Gaos era sincero en sus convicciones, dentro de estas contradicciones entre su vida y su pensamiento, es algo que podemos preguntarnos. Pero si no lo fue, podría aparecernos como un gran bromista, cosa inaceptable también por el innegable profesionalismo y seriedad con que trataba todos los asuntos.

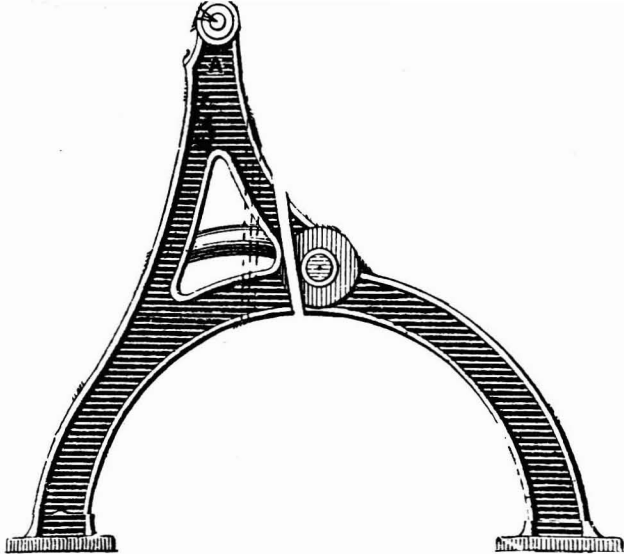
No haré una "hemipalinodia" de compromiso, como lo hacía nuestro autor, en busca de salvación. Creo, sin embargo, haber obtenido experiencias sobre la filosofía: recapacitar sobre su enseñanza. Solamente debería existir un centro de cultivo e

investigación, una escuela superior para todos aquellos graduados en carreras especiales que se interesaran por cuestiones abstractas, por la investigación pura, por los fundamentos teóricos de sus ciencias. No debería recibirse estudiantes salidos de la Preparatoria sin ser especialistas en nada —sin saber, porque no pueden saberlo, qué es lo que realmente van a estudiar— para tratar de ser especialistas en algo que tampoco se sabe qué es.

Se entrañan otros problemas. De acuerdo con Gaos, si la esencia de la filosofía es subjetiva y no cognoscitiva, si afirmamos que toda actividad cognoscitiva es científica (en sentido kantiano), y si afirmamos que cierto tipo de filosofía actual (analítica) es "científica", ¿por qué llamarla filosofía? ¿Por qué no sencillamente ciencia? Yo creo que todavía no sabemos con exactitud cuáles son sus diferencias. Cuando lo sepamos sabremos por qué existen en una misma Universidad institutos de investigaciones científicas e institutos de investigaciones filosóficas, donde se presume que se investiga también científicamente. Parecería absurdo llamar a la filosofía ciencia. Si la filosofía fuese *esencialmente* subjetiva, y si la ciencia se caracteriza *esencialmente* por su objetividad, entonces lo que se hace es ciencia o es filosofía, pero no podemos, sin contradicción, juntar las dos. Presumir de una "Filosofía científica" resulta desconcertante.

La crítica se puede dirigir, entonces, hacia la filosofía misma como un modo y una actividad distinta que la de la ciencia, como una actividad demostrada históricamente ineficaz al lado de la ciencia. Gaos nos parece su mejor representante; expresó muy bien el filosofar en su ser aporético, en su deleite por cuestiones sin solución. Wittgenstein, el primer Wittgenstein, extrañamente lo entendió: si hay pregunta, debe haber respuesta. Pero he aquí el argumento que puede molestar —o justificar si es el caso— al filósofo, pues si se da respuesta se hace ciencia, no filosofía.

Analizaré formalmente ahora la mayor contradicción. En apariencia sagaz, un aparato mental de los que Gaos se servía para pertrecharse contra toda crítica fue su falso tropo de Agripa de la filosofía. A mediados del siglo XX la filosofía en Gaos no había logrado avanzar —ni lo haría— desde su perspectiva. Habían existido muchos sistemas filosóficos, todos independientes y verdaderos sólo para sus creadores. Lo que desconoció o no aceptó, fue un progreso real en lógica que echa por tierra su tesis. Recordemos sus palabras: *La filosofía de la filosofía del curso es una teoría del tropo de Agripa, de la discrepancia de los filósofos: quien discrepe de ella la confirma; quien asintiere a ella la invalidaría —pero, con arreglo a ella misma, asentir a ella no puede nadie, más que yo.* ¿Por qué? Porque *"la filosofía de la filosofía del curso ha concluido que toda filosofía es en conjunto subjetiva —o válida únicamente para su sujeto o su autor. Así que no se empeñen ustedes en asentir a ella porque si lo hacen están de acuerdo con algo que se supone sólo es válido para un individuo, produciendo*

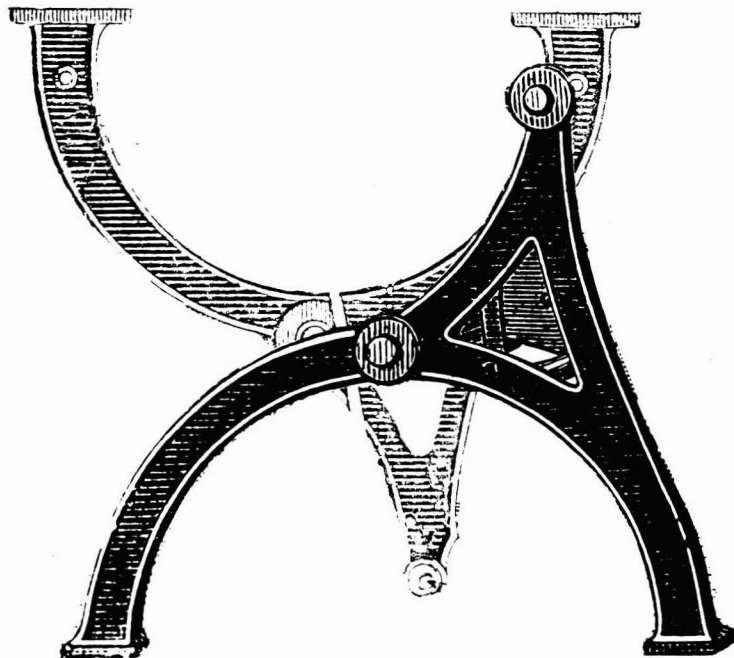


con su asentimiento la objetividad que negaría la tesis. Entonces discrepemos, pero, ¡alto!, entonces se la confirma, y si se la confirma se produce la objetividad para la tesis, lo cual la contradiría. No hay salida. Es la clásica antinomia del subjetivismo ya superada y rechazada tiempo atrás; de la misma familia de la del cretense mentiroso y de las clases de clases que son miembros y no miembros de sí mismas.

Pero ocurre que al crear una paradoja tal vez para salvarse, Gaos queda, por el contrario, inserto en ella. *Afirmación*: todas las afirmaciones filosóficas son subjetivas. El que emite tal afirmación es un filósofo. Luego, la afirmación es subjetiva. Luego, la proposición “todas las afirmaciones filosóficas son subjetivas” es falsa, esto es, no es ella misma objetiva; por consiguiente, hay filosofías objetivas. La propia tesis de Gaos lo contradice. Sé cómo se podría salvar esta paradoja —él hubiera permanecido inmune, pero nunca lo advirtió—: con la “teoría de los tipos” que Russell hubiera utilizado hábilmente. El sujeto que afirma no es del mismo tipo lógico que el de la afirmación. Pero esto implicaría la separación o transcendencia de la Filosofía de la filosofía, que Gaos nunca admitió. Me parece extraño que su poderoso intelecto no lo hubiese percatado de que lo que hacía era una paradoja como otras, no preocupándose siquiera de averiguar si acaso lo era, y por qué. Russell, ejemplarmente, fue lo primero que puso en cuestión.

En síntesis, su afirmación de la subjetividad parece volverse una verdad de carácter objetivo o se enuncia como tal; pero al contener una contradicción en sí misma, sólo se concluye que es una afirmación falsa; luego, no demuestra que las afirmaciones filosóficas sean subjetivas. (Quizá no intentaba demostrar nada. Pienso una respuesta: “De lo que no se puede hablar, mejor es callarse.”) De aquí desprendemos que, muy a su pesar, hay de cierto filosofías objetivas o afirmaciones filosóficas válidas objetivamente. Probó lo que pensó negar.

Terminadas estas reflexiones, me hostigó la duda. Si éstas son disidentes, no escapo al “tropo” y, desde su nivel, tal vez Gaos siga teniendo la razón póstumamente. Pero estas son, en parte y como contraste, la ejemplificación intencionada del subjetivismo. No me interesa pensar más en ello. Siento, de todas formas, que a las nuevas generaciones no les alcanzará este tropo, pues no tendrán que asentir ni discrepar. Para ellos, que no participaron de su verdadera cualidad: su palabra oral, su virtuosismo en la conferencia, su obra escrita, me temo, será letra muerta. Su filosofía se ha muerto con él porque no era Filosofía, sino él. La verdadera Filosofía (que con mayúscula la denoto como ciencia), la que según Kant podríamos denominar filosofía en la cabal acepción de la palabra y que refiere todo a la sabiduría por el camino de la ciencia (*Kritik*, B 878), debe ser sólo símbolos negros sobre papel blanco, puro intelecto y significado. Debe hablar por sí misma, no necesitar de una persona a su lado para hacerse válida



o interpretarse. Debe ser pura tesis, sin necesidad del que la enuncia. Desde luego, esto implica una actitud distinta en filosofía, una mentalidad distinta. La idea de que cada individuo puede hacer su sistema es hoy definitivamente anacrónica y obsoleta. A Gaos no se le podía cambiar una línea de su escrito —traducir lo que dijo en otros términos— porque todo lo que decía era de un tono personal y único, y esto lo caracterizó, hasta tal punto que fue sólo el *modo* Gaos de decir las cosas que tal vez otros han dicho o pueden decir. No nos ofreció conocimientos, y su única tesis —no original por cierto— fue la del mencionado subjetivismo de la filosofía. En aquel curso de “Filosofía de las ciencias humanas”, recuerdo haberle escuchado que la filosofía estaba al nivel de la poesía. Pero no dijo, aunque está supuesto, que era su filosofía. Mi crítica se dirige contra la confusión y desea aclarar el lugar que corresponde al tipo de filosofía de Gaos. Es así sólo un tipo de filosofía la que resulta aquí funesta: Gaos representó la conciencia de su crisis y su fin.

Las palabras que me restan me las ofrece cabalmente Ludwig Wittgenstein (*Tractatus Logico-Philosophicus*, 6. 54): mis proposiciones deben ser esclarecedoras en el sentido de que quien las comprenda acabe por reconocer que carecen de sentido, siempre que, al mismo tiempo, salga a través de ellas y fuera de ellas (“Debe, pues, por así decirlo, tirar la escalera después de haber subido”), superando estas proposiciones: entonces tendrá la justa visión.



ARCHIVO DEL FONDO



**PLANTEAMIENTO Y ANALISIS OBJETIVO DE LAS
CUESTIONES DE COMUN E INMEDIATO INTERES PARA
NUESTRO CONTINENTE**



UNA COLECCION VIVA



**DE VENTA EN NUESTRAS LIBRERIAS Y SUCURSALES,
TIENDAS DE AUTOSERVICIO Y TODAS LAS BUENAS
LIBRERIAS AL PRECIO DE \$5.00 VOLUMEN
PARA COMODIDAD DE USTED EN LAS LIBRERIAS
FONDO DE CULTURA ECONOMICA TENEMOS A SU
DISPOSICION UN NUMERO LIMITADO DE SUSCRIPCIONES
30 TITULOS \$ 150.00**

DIALOGOS

artes / letras / ciencias humanas

Número 56 (marzo-abril 1974)

Fernando Salmerón
Esther Seligson
Víctor L. Urquidí
Philip H. Phenix
Alfonso Chase
B.F. Skinner
Manuel Durán

Director:
Ramón Xirau

Venta y suscripciones: El Colegio de México
Librería: Guanajuato 131, México 7, D. F.
Tel. 574-65-17

UNAM / DIFUSION CULTURAL



SALVADOR NOVO

VOZ VIVA DE MEXICO

Antología poética
Voz del autor

Texto de la grabación presentado por
José Emilio Pacheco

De venta en Difusión Cultural, Torre de la Rectoría 10o. piso, Ciudad Universitaria, y en todas las librerías de prestigio.



NOVEDADES

GARCÉS, J.
El estado y los problemas tácticos en el gobierno de Allende
312 pp. \$ 32.00

BAUDRILLARD, J.
Crítica de la economía política del signo
264 pp. \$ 48.00

ARROM, J.
Relación acerca de las antigüedades de los indios
128 pp. \$ 22.00

FAVRE, H.
Cambio y continuidad entre los Mayas de México
400 pp. \$ 56.00

HEUSCH, L.
Estructura y praxis
Ensayos de Antropología teórica
384 pp. \$ 56.00

CASTRO, F.
...Hoy somos un pueblo entero conquistando el porvenir
176 pp. \$ 14.00

BENITEZ, C. R.
Las clases sociales en América Latina
476 pp. \$ 80.00

GALLAS, H.
Teoría marxista de la literatura
192 pp. \$ 40.00

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS O EN:
SIGLO XXI EDITORES, S. A. - GABRIEL MANCERA No. 65
MEXICO 12, D. F. - TELEFONO 543-93-92



Agradecemos el patrocinio de:

Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A.
Unión Nacional de Productores de Azúcar, S. A.
Financiera Nacional Azucarera, S. A.
Ingenieros Civiles Asociados (ICA)
Nacional Financiera, S. A.
Instituto Mexicano del Seguro Social
Centro de Estudios Mexicanos A. C.
Asociación Artística Cultural
Sra. Blanca Guerrero
Sra. Elena Medel
Sra. Zulema Krayner
Sra. Marta Bueno
Sra. Luisa Velázquez
Sra. Male Boestuly
Sra. Elia del Carmen Poo
Sra. Dolores Estrada de Torres
Sra. Francesca de Saldívar
Sra. Antonieta Figueroa
Sr. Manuel Sánchez Mejorada
Sra. Dolores C. de Madrazo

Carlos Marx

Cuadernos de París

[Notas de lectura de 1844]

Estudio previo de
Adolfo Sánchez Vázquez

NOVEDAD



Un inédito de Marx

EDICIONES ERA/AVENA 102/MEXICO 13, D.F. ☎ 582-03-44

DOS LIBROS RECIENTES DE OCTAVIO PAZ

EL SIGNO Y EL GARABATO

La modernidad y sus desenlaces
Acercamiento al este
Teoría y práctica de la traducción
Fundación y disidencia
214 páginas, \$ 32.00

VERSIONES Y DIVERSIONES

Versiones y diversiones
Poemas de Fernando Pessoa
Cuatro poetas suecos
Algunos orientes extremos
256 páginas, \$ 42.00

En todas las librerías y en
Tabasco 106, México 7, D.F.
Teléfonos 533-12-50 y 533-12-51

Lázaro Cárdenas

OBRAS

I- Apuntes 1957/1966

Tomo III



COORDINADORES: por la Universidad Nacional Autónoma de México, Gastón García Cantú; por el Instituto Lázaro Cárdenas de Estudios de la Revolución Mexicana, A. C., Cuauhtémoc Cárdenas.

plural
Crítica / Arte / Literatura

Número 30 — marzo 1974 — Número extraordinario

Octavio Paz: *Aunque es de noche*
Roy Medvedev: *Sobre "Archipiélago Gulag"*
Irving Howe: *Lo recto y lo torcido*
Octavio Paz: *Polvos de aquellos lodos*
Haroldo de Campos: *Macunaíma la imaginación estructural*
Mário de Andrade: *Macunaíma*
Yese Amory: *Bronce*
Julio Cortázar: *Neruda entre nosotros*
Jeans-Clarence Lambert: *Neruda ante nosotros*
SUPLEMENTO ARTISTICO / Marta Traba: *Los espacios del hombre, Ana Mercedes Hoyos*
SUPLEMENTO LITERARIO / Kazuya Sakai: *El libro de la almohada de Sei Shonagōn*
Jorge Ruffinelli: *Onetti: Creación y muerte de Santa María*
Ramón Xirau: *¿Poética? ¿Poéticas? ¿Poesías?*
Daniel Cosío Villegas: *Compuerta, Abierta toda ella*
Gabriel Zaid: *Cinta de moebio: Empleos ¿para hacer qué?*
Alejandro Rossi: *Manual del distraído: La defensa inútil*

Director: Octavio Paz

Jefe de redacción: Kazuya Sakai

Reforma 12-505, México 1, D. F.